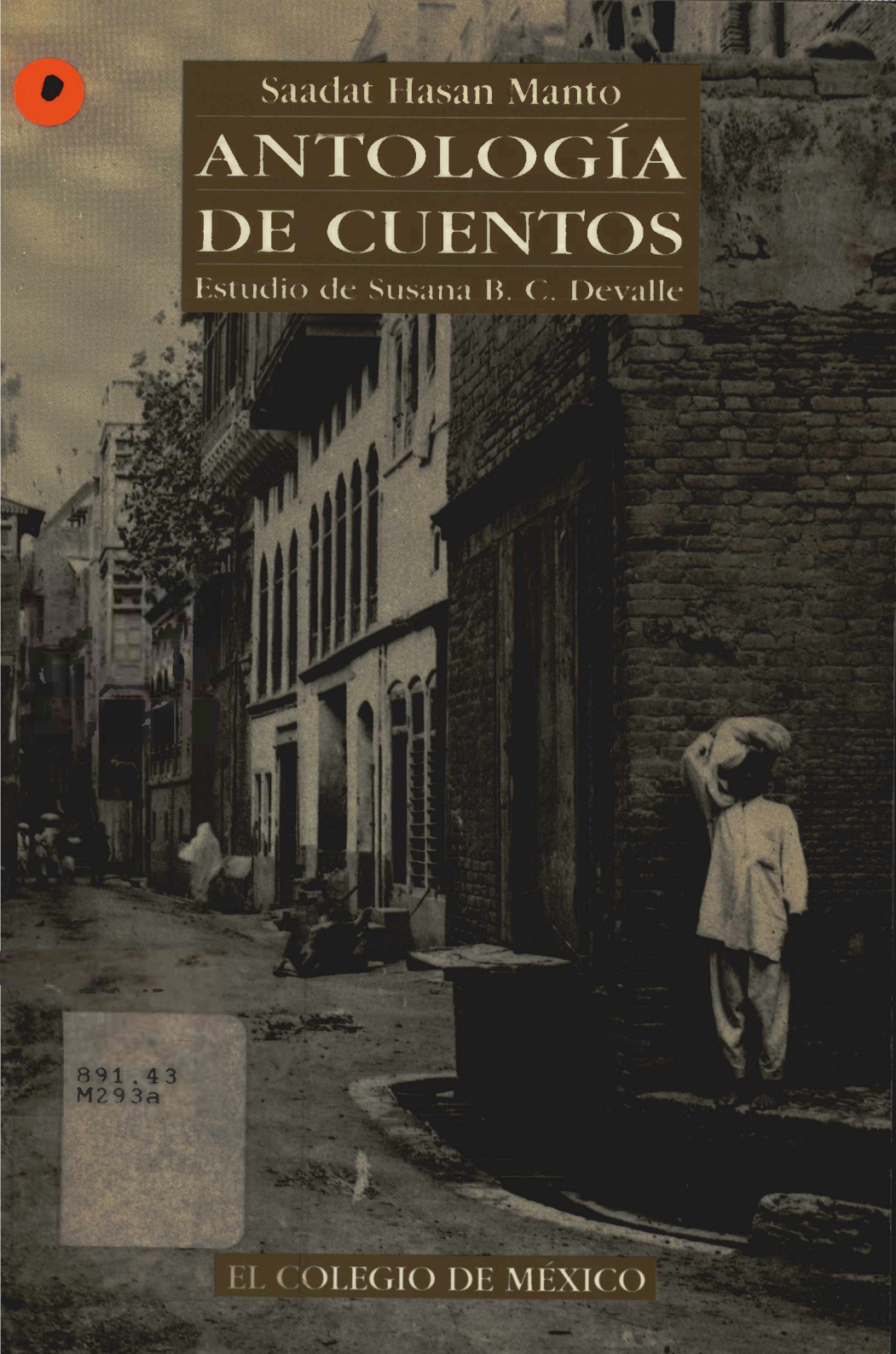




Saadat Hasan Manto

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

Estudio de Susana B. C. Devalle

891.43
M293a

EL COLEGIO DE MÉXICO

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

Saadat Hasan Manto

Estudio, selección de textos y fotografías

Susana B. C. Devalle

Traducción del urdu

Daniel de Palma



EL COLEGIO DE MÉXICO

891.43
M293a

Manto, Saadat Hasan, 1912-1955

Antología de cuentos / Saadat Hasan Manto. Estudio, selección de textos y fotos Susana B. C. Devalle. Traducción del urdu al español Daniel de Palma. — México : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 1996.

190 p. : il. ; 21 cm

ISBN 968-12-0692-4

1. Cuentos urdus-Traducciones al español. 2 Manto, Saadat Hasan. 1912-1955-Traducciones al español. 3. Manto, Saadat Hassan, 1912-1955-Crítica e interpretación.

Portada de Mónica Díez-Martínez

Fotografía de R. Furneaux: Lugar donde la misionera Marcella Sherwood fue atacada por segunda vez, 1919
(cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).

Primera edición, 1996

Dibujos originales de Jarmila Dostálová, 1995.

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0692-4

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	9
Saadat Hasan Manto: escritor comprometido, <i>Susana B. C. Devalle</i>	11

CUENTOS

Sucedió en 1919	51
Mozel	61
¡Abre!	85
Toba Tek Singh	91
Carne fría	101
El <i>salwār</i> negro	109
El perro de Tithwal	125
La ofensa	135
La nueva Constitución	153
Bābū Gopī Nāth	165
Olor	181
Glosario	189

PRÓLOGO

Este pequeño volumen constituye un significativo esfuerzo por dar a conocer por primera vez en español al gran cuentista indopakistaní Saadat Hasan Manto y su obra, escrita originalmente en urdu. Se ha querido presentar al autor y su literatura en contexto, desde el temprano 1919 hasta el tiempo denso y terrible de la División de la India en 1947, así como las marcas que estos acontecimientos dejaron en el subcontinente. Los cuentos, así como los dibujos que ilustran algunos de ellos, son en más de un sentido metáforas sobre la división y la violación de un pueblo, el de la India. Las experiencias de Manto constituyen también motivo de reflexión hoy, mirando a India y hacia afuera de ella, cuando vuelven a repetirse cruentos enfrentamientos en el presente, a finales del siglo.

Obtener los materiales básicos para este trabajo desde Latinoamérica no ha sido un proceso fácil ni rápido, tanto por lo que toca a los escritos de S. H. Manto como al material fotográfico, seleccionado éste personalmente en los archivos de la India Office Library. Agradecemos la colaboración de la British Library, Oriental and India Office Collections, especialmente a Patricia Kattenhorn (Prints and Drawings Department), a los encargados de obtener el material de la Biblioteca "Daniel Cosío Villegas" de El Colegio de México, a Wilda Western al ayudar a corregir las pruebas de imprenta, y a los colegas especialistas en literatura que nos han brindado sus comentarios.

Leerán ustedes de y sobre Saadat Hasan Manto, escritor testigo, hijo herido de la División.

SUSANA B. C. DEVALLE

SAADAT HASAN MANTO: ESCRITOR COMPROMETIDO

SUSANA B. C. DEVALLE

Dios [...], recuerda a Saadat Hasan Manto [...],
[quien es] el mismo ángel caído que una vez
te desobedeció....

S. H. MANTO, *La oración de Manto*

EL ABSURDO CAOS DE LA VIOLENCIA

De tiempo en tiempo, tormentas de polvo rojo traían el mensaje de algún acontecimiento sangriento que se avecinaba. El patrullar de la policía armada en los bazares desiertos daba una imagen extraña y atemorizante... Un silencio misterioso se había apoderado de la atmósfera de la ciudad, un miedo amenazante la gobernaba....

S. H. MANTO, "Entretenimiento"

La misma dificultad para encontrar explicaciones claras —reconfortantes en cuanto ordenadoras de la realidad— que enfrentó el escritor Saadat Hasan Manto hace cincuenta años, preocupa hoy a quienes se asoman, aunque siempre guardando distancia del "horror lejano", a las tragedias humanas que han estado marcando la historia del mundo en los últimos

años. Desplazamientos forzados de población, violencia desbordada en guerras civiles, pérdida y reconstrucción apresurada de identidades colectivas, miradas a pasados ideales que justifiquen las exclusiones, se suceden al margen de las explicaciones intelectuales que se quieran dar y de los deseos de imaginar futuros de coexistencia humana. Estos acontecimientos nos sorprenden como rupturas en el devenir aparentemente lineal, pero frágil y construido, del mundo de las modernidades, la tecnología deshumanizadora,¹ y de una globalización que profundiza las desigualdades. Allí están, en el trasfondo cercano, los últimos tres años de repetidas confrontaciones “comunales” violentas en India en aras de un *Hindutva* exclusivista; y en otras latitudes, tendencias alimentadas por intenciones genocidas, como las llamadas, irónica y tristemente, “limpiezas étnicas” en el corazón de Europa, así como las nuevas confrontaciones “étnicas” en Ruanda. Ésta es también una época de éxodos que no sería extraña a Manto. Esos desarraigos nos llegan a tocar de cerca, basta pensar en Chiapas y Guatemala.

La percepción y la sensibilidad del escritor Saadat Hasan Manto frente a la manera como la gente común vive las crisis sociales profundas, y la violencia carente de contención y explicaciones inmediatas, se traduce en sus cuentos. Aquellos que tocan las vivencias del genocidio que marcó la División de la India en 1947 y su acceso al mundo de los Estados independientes provocan resonancias hoy, casi cinco décadas después de haber sido escritos.

¹ Véase, por ejemplo, los comentarios recientes de R. Barucha (1994: 1390): “No sólo han sido afectados ‘nuestros’ valores culturales tradicionales [...], sino que la misma percepción de la cultura está siendo determinada por la hegemonía creciente de las fuerzas del mercado nacionales y globales [...]. Esta valoración impuesta y fundamentalmente acrítica del mercado y del Estado [...] por los representantes de los medios de comunicación [...] constituye, según mi parecer, una forma de fascismo cultural...”

Manto escritor es —como diría S. Rushdie— uno de los “hijos de la medianoche”, de las independencias acompañadas por separaciones forzadas, desarraigo, incertidumbre y muerte que marcaron a pueblos enteros, en gran medida legado de políticas coloniales de reorganizaciones territoriales de población y de su fijación de adscripciones sociales. La vida de Manto corre paralela a la época turbulenta de lucha anticolonial y de acciones de desobediencia civil en India —que se condensó en la memoria histórica en el recuerdo de la matanza de Jallianwala Bagh el 13 de abril de 1919, en Amritsar. Con la fuerza de haber sido un símbolo de la humillación y la represión, Jallianwala Bagh sería el golpe final al régimen colonial británico. A ese peso simbólico, la mentalidad colonial respondió con una “paranoia imperial”, que insistía nerviosamente en la continuidad del Raj, el centro del imperio.

A la situación de inestabilidad política reinante en 1917 y 1918 se agregó la promulgación de las Leyes Rowlatt que permitían a los jueces juzgar los casos políticos sin la intervención de un jurado, y al centro y a los gobiernos provinciales realizar los arrestos sin juicio. Estas leyes nunca llegaron a ponerse en práctica, pero cuando fueron promulgadas causaron indignación y rechazo general en la colonia. Para ese entonces, Gandhi comenzaba a hacer sentir su presencia en la escena política. Frente a la promulgación de las Leyes Rowlatt, Gandhi organiza la protesta en forma de *hartal* (paro de actividades durante un día). Los *hartals* se suceden en las grandes ciudades, y se desatan oleadas de disturbios que adquieren fuerza en Punjab, especialmente en Amritsar, alimentando los temores de la administración colonial. La respuesta de la administración es la represión, que culmina en un ataque sorpresivo a una multitud de entre diez y veinte mil civiles desarmados en Jallianwala Bagh. El ataque ordenado por el tristemente célebre general Reginald Dyer dejó, según cifras oficiales, 379 muertos y más de 1 200 heridos,

atrapados en un espacio sin resguardos posibles y con las salidas clausuradas, excepto una que usaron las tropas (fotografías 3 y 5).

La represión del 13 de abril fue precedida por incidentes violentos desde el 10, cuando se suscitaron los disturbios a raíz del arresto de dos médicos indios que apoyaban la campaña de desobediencia civil de Gandhi, lo que resultó en la muerte de cinco hombres y una mujer herida, todos europeos (fotografía 2). La respuesta del general Dyer fue castigar con latigazos, hasta dejarlos inconscientes, a seis indios supuestamente implicados en el ataque. La misma actitud respecto del uso de la fuerza, que defendieron muchos miembros del Civil Service británico en India, caracterizó a Dyer en las acciones que tomó en Amritsar.

Seis días después de la masacre, el general Dyer dictó órdenes con el fin de castigar y humillar a *toda* la comunidad india por el ataque realizado dos días antes contra la misionera Marcella Sherwood. Se ordenó que todos los indios que pasaran por la calle en donde había tenido lugar el ataque lo hicieran arrastrándose sobre sus manos y rodillas (fotografía 1). Si bien el gobierno de Punjab revocó la orden una semana después, para entonces, una cincuentena de indios ya había tenido que arrastrarse por esa calle (notas de Stallybrass en Forster, 1978: 325). Dentro de esta línea, F. Yeats-Brown (1934, citado por Chakravarty, 1991: 41 y ss.) sostuvo que "...el imperio era una misión que en un país salvaje [...] tenía que ser realizada con dosis adecuadas de fuerza y brutalidad". Al defender la acción de Dyer,² Yeats-Brown la sitúa en un clima hostil, con el fin de resaltar la supuesta heroicidad de la acción: "¿Cómo podía Dyer, cómo podría cualquier hombre, siempre acertar [en la elección de] un medio justo, lograr el equilibrio correcto entre la severidad

² Censurada por el Comité Hunter de 1920, establecido por el Parlamento británico.

y el compromiso en medio del polvo y del calor asfixiante de India?” (Chakravarty, 1991: 42).

Manto, quien vivió su niñez y primera juventud en Amritsar, tenía siete años cuando ocurrió la matanza de 1919. Sin embargo, los hechos que habían marcado profundamente la historia reciente de Punjab lo llevaron a escribir su primer cuento alrededor de lo sucedido en Jallianwala Bagh. “Tamasha” (Entretenimiento) se publicó bajo seudónimo en el periódico *Khalq* (Creación). El cuento se centra —no por casualidad— en la confusión y las dudas de un niño de siete años frente a un episodio de castigo excesivo, e incluye una crítica indirecta a la manera reproachable como actuaron los británicos. La imagen de Jallianwala Bagh retorna mucho más tarde en la evocación de “Amritsar [...] en cuyo pecho Jallianwala Bagh es como una herida gloriosa”, en su cuento “Sucedió en 1919”, una historia de miedo, venganza de los poderosos y amarga subordinación. “Fueron días terribles y tumultuosos” —dice el protagonista a Manto, interlocutor en el cuento, durante un viaje en tren—: “El monstruo que llaman ley marcial se apropió de las calles y callejuelas de la ciudad.”

Luego se sucedieron dos décadas durante las cuales no sólo se fortaleció el movimiento por la independencia, sino en las que también se fueron gestando tendencias comunistas que alimentarían, en algunos sectores, la idea de dividir India. Al respecto, se ha intentado determinar los tiempos y formas en que las identidades religiosas y comunitarias se fueron politizando, llevando primero a confrontaciones localizadas y, más tarde, a una guerra civil violenta.³

Por razones diferentes, tanto los británicos como el Congreso apoyaban la independencia de una India unida, pero

³ Unas interpretaciones remontan el fenómeno a la negativa del Congreso a admitir representantes de la Liga Musulmana para compartir el poder ministerial en Uttar Pradesh en 1937, y a la reacción de la Liga en 1940, apoyando la idea de la creación de Paquistán. Otros análisis apuntan a la política británica de establecer representaciones por comunidades definidas por su adscripción religiosa.

mientras se desarrollaba el juego político-diplomático, las confrontaciones comunales terminaron desbordándose. A mediados de abril de 1947, el almirante Mountbatten, último virrey de India (marzo-agosto de 1947), llegó a la conclusión de que la División era inevitable. El proceso administrativo para realizarla, así como el de la transferencia del poder, se aceleró. Las razones de la prisa por abandonar India se explicitan en la comunicación que sir Archibald Wavell (virrey de India entre 1943 y 1947) le envió al rey Jorge VI el 24 de febrero de 1947:

Debemos evitar [...] responsabilizarnos por o involucrarnos en cualquier quebrantamiento importante de la ley y el orden que pueda resultar de la situación comunal [...] El peor peligro para nosotros es un movimiento antieuropeo que pueda derivar en la muerte de algunos de nuestros nacionales, y que tengamos que retirarnos por la fuerza de manera ignominiosa, en lugar de irnos según nuestros propios tiempos y por nuestra voluntad (Wavell al rey Jorge VI, cit. en Singh, 1987: 214).

Durante el verano de 1947, la tarea apresurada de dividir India con trazos sobre un mapa recayó sobre un brillante abogado, sir Cyril Radcliffe. Éste fue expresamente elegido *por no tener ningún conocimiento de India*. Si bien la idea que guió esta elección fue la de contar con alguien absolutamente neutral —por su ignorancia—, en la práctica produjo el brutal desmembramiento de India.

Una vez en India, Radcliffe tomó conciencia de las consecuencias que su trazado de fronteras sobre el papel traería sobre el terreno social y económico concreto del subcontinente. La guerra civil en Punjab ya había comenzado. Ni los británicos ni los líderes Nehru y Jinnah parecerían haber imaginado la magnitud de los acontecimientos que desencadenaría la División. Sin embargo, en julio, ante la posibilidad de disturbios en Calcuta, Mountbatten le planteó el problema a Gandhi de esta manera: “No puedo hacer nada [...] Si

Calcuta se incendia, bueno, se incendia.” Gandhi respondió: “Sí, mi amigo. Este es el fruto de su plan de división” (Collins y Lapierre, 1975: 225).

La División “dibujada” por Radcliffe, quien ignoró las características sociales, económicas, políticas y hasta geográficas de India, ha sido calificada como “vivisección”.⁴ Las decisiones tomadas sobre el papel desencadenarían la migración desesperada de diez millones de sikhs, hindúes y musulmanes, en ambos sentidos a través de la nueva frontera en Punjab, avivando tensiones sociales y temores que se expresarían en la violencia de los genocidios del verano de 1947 (véase el mapa). Es desde esa realidad que escribe Manto, tratando de descifrar el horror creado por los hombres, y despertar las conciencias.

SAADAT HASAN MANTO: HUMANISTA SENSIBLE

El cuentista: es el hombre que puede dejar que el pabito de su vida sea consumido por la suave llama de su historia....

WALTER BENJAMIN, *The Storyteller*

La vida de Manto, escritor sensible, irónico, a veces cínico, estuvo marcada por la búsqueda constante, y no pocas veces frustrada, de libertad; por su valiente enfrentamiento a los prejuicios, y por una rebeldía desgastante que lo arrastraría finalmente a la autodestrucción. Su muerte, acaecida en

⁴ Las fronteras trazadas por Radcliffe en Punjab y Bengala siguieron las de la adscripción religiosa de la mayoría de la población en las áreas consideradas, ignorando realidades económicas que afectarían, por ejemplo, la industria del yute, así como realidades sociales, como en Punjab con los sikhs, y políticas, como en el caso de Cachemira. Radcliffe se percató de las implicaciones que tendría su tarea. Al terminarla, conoció las críticas de Nehru y Jinnah. Finalmente, en un gesto para entonces inútil, no aceptó el pago que le asignó el gobierno británico por su trabajo.

1955, cuando aún era joven, en Lahore —localidad que para entonces ya era parte de Paquistán—, cierra su ciclo de vida en momentos de una intensa creatividad que desarrolló en medio de dificultades económicas. Esta creatividad se alimentó de esa angustia —nunca resuelta en él—, producida al enfrentar los dramas humanos concretos de su tiempo, y de un sentimiento de pérdida de su “lugar-hogar” en la vorágine de la División del 47.

Manto deja Bombay en enero de 1948 con destino a Karachi, en Paquistán, en un desplazamiento que lo arrastra a la deriva. Manto decide su éxodo luego de las amenazas recibidas en Bombay Talkies, donde trabajaba, de que si éste no despedía a todos los empleados musulmanes (Manto era musulmán), se prendería fuego a los estudios. En ese entonces escribió:

Ahora ese pedazo de tierra que una vez conocí como India tenía un nuevo nombre [Paquistán...] Me era imposible decidir cuál de estos dos países era ahora mi tierra —¿India o Paquistán? ¿Quién había sido responsable por la sangre que había sido derramada sin misericordia cada día? [...] Ahora que éramos libres, ¿dejó de existir la dominación? ¿Quiénes serían nuestros esclavos? Cuando éramos súbditos coloniales podíamos soñar con la libertad, pero cuando fuimos libres, ¿cuáles serían nuestros sueños? [...] India era libre. Paquistán era libre desde el momento de su nacimiento. Pero en ambos países el ser humano era esclavo del prejuicio, del fanatismo religioso, de la bestialidad, de la crueldad... (S. H. Manto, “Memorias sobre Bombay dedicadas a su amigo el actor Shyam”, 1948, cit. por Khalid Hasan en Manto, 1989: 5-6).

Nacido en 1912 en Sambrala, en el distrito de Ludhiana, Punjab, Manto pasó la primera parte de su vida en Amritsar, ciudad que luego de la División quedó contenida en el Punjab indio. Descendiente de una familia de abogados de Punjab, insistió siempre en su ascendencia cachemira (no

comprobada). Manto vivió como un hijo de la tierra convulsionada y dividida, deambulando frecuentemente por el subcontinente, sin establecerse en forma definitiva, excepto durante dos largos periodos en Bombay, el lugar de sus afectos. Los años que pasó en Amritsar fueron de una gran actividad popular de protesta en el marco del naciente movimiento por la independencia, y estuvieron jalonados por huelgas, las llamadas “actividades terroristas en el Punjab”, y por las acciones de represión inauguradas en Jallianwala Bagh. En ese ambiente, el juicio a Bhagat Singh, en 1929, por el asesinato de un oficial de policía de Lahore y los ideales revolucionarios de éste, exaltaron la imaginación del joven Manto y de otros de su generación. Si bien llegó a instalar una estatuilla de Bhagat Singh en un lugar visible de su casa, y planear un viaje por tierra a la Unión Soviética, nunca participó en las acciones de protesta. Su crítica social, su rebeldía y su humanismo se expresarían en sus escritos y también, a veces de manera trágica, en su vida personal.

Por esas inconsistencias del destino, Manto, que fracasó dos veces en su ingreso al Hindu Sabha College por sus deficiencias en el conocimiento del urdu —su lengua era el punjabi—, tradujo al urdu, y en sólo dos semanas, *Los últimos días de un condenado* de Víctor Hugo, la declaración del escritor francés contra la pena de muerte (1933), y *Vera* de Oscar Wilde (1934). Para entonces, entró a la Aligarh Muslim University, donde reinaba un ambiente favorable a la actividad literaria y de donde provendrían muchos de los que luego integrarían el Movimiento de Escritores Progresistas, de gran influencia, y con el cual eventualmente Manto entraría en grandes desacuerdos.

Manto trabajó como editor, periodista y escritor para la industria fílmica en Bombay y para la radio, continuando al mismo tiempo con su producción literaria. Entre sus escritos se encuentran por lo menos 200 cuentos que hacen destacar a Manto como uno de los escritores modernos más originales

del sur de Asia. El periodo en Bombay (1937-1941) probó ser fructífero. Publicó entonces unos cincuenta cuentos en revistas literarias y en dos colecciones: *Manto ke afsane* (Cuentos de Manto, 1940) y *Dhuan* (Humo, 1941).

Problemas de salud y dificultades económicas recurrentes lo llevan a Delhi. Allí se hace cargo del servicio radiofónico en urdu en All India Radio, en 1941, cuando el ambiente literario estimulante del momento hace que los escritores se acerquen a los programas de radio con el fin de mejorarlos. Manto se rodea entonces de los escritores más conocidos de esa época.⁵

Leslie A. Flemming (1985) señala que éste se considera el "periodo de oro" de Manto. Cita al escritor Krishan Chander, quien lo frecuentó en ese tiempo:

Escribía mucho, y todo lo que escribía lo hacía con frescura y con fuerza, y no con desconsuelo. En esos días Manto escribió las mejores piezas teatrales y cuentos de su vida literaria. En esos días, la pluma de Manto estaba en constante movimiento, y cada día producía algo nuevo, sea una pieza teatral o un cuento (Flemming, p. 13, cit. en Chander, 1948: 19-20).

Así, en sólo un año y medio, Manto publica cuatro colecciones de sus obras para radio: *Ven*, *Obras teatrales de Manto*, *Funerales* y *Tres mujeres*, mientras continúa publicando colecciones de sus cuentos. Toda esta actividad la realizó mientras su salud se deterioraba, sus problemas económicos aumentaban y se encontraba sumido en la tristeza por la muerte de su único hijo, Arif. Orgulloso e impaciente, en reacción airada a las modificaciones no autorizadas de una obra radial de su autoría, Manto abandonó All India Radio en 1942, sin siquiera dar aviso, y regresó a Bombay con su esposa Safiyah. Allí

⁵ Chirah Hasan Hasrat, Akhtar Husain Raipuri, Ansar Nasiri, Mahmud Nizami, Krishan Chander, Miraji y Upendranath Ashk, entre otros.

comienza una relación de trabajo muy satisfactoria con Filmistan —una compañía cinematográfica recientemente creada— para la cual escribió numerosos guiones, entre los que se cuentan los que hizo para películas con Ashok Kumar en el papel central. Esa fue una época interesante de trabajo en la industria del cine, de estimulantes amistades literarias, de creación, pero también de su separación del Movimiento de Escritores Progresistas, y aparentemente, el comienzo de su dependencia del alcohol.

Para 1947, casi coincidiendo con la independencia y la División de India de Paquistán (14 de agosto de 1947) y el estallido de una guerra civil que dejaría por lo menos medio millón de muertos y unos diez millones de desplazados —considerada como “la migración más grande de la historia”—, Manto cambia de trabajo y se une al viejo Bombay Talkies. Él, explícitamente opuesto a las posiciones comunistas, se vería forzado a abandonar esa compañía justamente por presiones comunistas. Al dejar el trabajo abandona Bombay, envuelta entonces en una creciente tensión comunalista que comenzaba a perfilarse como abiertamente violenta. Finalmente, a principios de 1948, se instaló en Lahore, Paquistán. Pocos años más tarde escribiría:

[En Bombay] pasé los días más difíciles, más felices y más memorables de mi vida. Ese pedazo de tierra que es Bombay me acogió, a mí, un vagabundo rechazado por mi familia, en su amplio regazo y me dijo, “Puedes ser feliz aquí con dos centavos al día o con cientos de miles de rupias. También puedes ser la persona más miserable, no importa lo que ganes. Todo depende de ti. Aquí puedes hacer lo que quieras; nadie hablará mal de ti. Y nadie te dará consejos morales...”. Viví en Bombay doce años. Y soy lo que soy debido a esos años. Hoy me encuentro viviendo en Paquistán [...] Pero dondequiera que vaya, siempre seré lo que Bombay ha hecho de mí. Dondequiera que viva, llevaré a Bombay conmigo... (Manto, *Yazid*, cit. por Khalid Hasan en Manto, 1991: xi).

En las memorias sobre Bombay dedicadas a su amigo el actor Shyam, Manto recuerda con tristeza las circunstancias que lo llevaron a tener que dejar esa ciudad. Más que una travesía en busca de raíces artificialmente creadas por decisiones burocrático-políticas para dividir a un pueblo, este es un exilio en un lugar que no llega a ser totalmente suyo. Esas memorias descubren, en el sencillo —y terrible— diálogo con su amigo, sus sentimientos ante una violencia y unos antagonismos inexplicables, ante lo absurdo de las confrontaciones:

Musulmanes e hindúes estaban envueltos en una guerra fratricida sangrienta. Miles de ambos morían cada día. Un día Shyam y yo estábamos con una familia de refugiados sikh recién llegada de Rawalpindi [...] y escuchando en silencio, conmocionados, el relato de horror de lo que había ocurrido. Me di cuenta que Shyam estaba conmovido [...]. Cuando salimos le dije: “Soy musulmán. ¿No me quieres matar?” “Ahora no”, respondió gravemente, “pero mientras los escuchaba y me enteraba de las atrocidades que cometieron los musulmanes, pude haberte matado”. Sus palabras me golpearon profundamente [...]. Repentinamente entendí el trasfondo psicológico del baño de sangre comunal de la India. Shyam dijo que pudo haberme matado “entonces” pero no “ahora”. Ahí está la clave del holocausto comunal de la División... (cit. por Khalid Hasan en Manto, 1989, p. 5).

Sin embargo, estas explicaciones pueden fácilmente tener “ausencias”, descripciones de “lo extraño sin definición” posible, marcando así la diferencia insalvable con un “otro” incomprensible.⁶ Si bien Manto nos puede dar una “clave psicológica” y “desde dentro”, quizás por un empeño en las certezas se continúan buscando las *explicaciones* —históricas,

⁶ Este ha sido un recurso frecuente en el discurso colonial. Spurr (1993: 102), por ejemplo, refiriéndose a la novela de Forster, *A Passage to India*, dice: “la esencia

económicas, sociales, políticas— de los fenómenos de violencia colectiva, con una justificación étnica, religiosa, “nacionalista”, pero finalmente social, que vuelven hoy a confrontarnos. En parte, explicar conforta porque (im)pone un cierto orden —racional, asible— al absurdo y al horror. De esta manera, la tragedia humana logra mantenerse a distancia. No fue así con Manto. Hizo tangibles las circunstancias que se estaban viviendo en su relación escritor-lector. Al buscar explicaciones se sumió en una peligrosa depresión que lo llevó en sus últimos años a refugiarse en el alcohol:

¿Qué hago? Ustedes los llaman cuentos, pero para mí la amarga realidad es que en mi país, que se llama Paquistán y que quiero mucho, hasta ahora no he encontrado mi lugar. Por eso mi alma está inquieta. Es por esto que una vez estuve en un asilo psiquiátrico y una vez en el hospital... (Manto, “Do garhe”, *Pagdandi*, *Manto Number*, 3, Amritsar, 1955: 23, cit. por Fleming, 1985: 17).

En Lahore, Manto experimenta una profunda sensación de desarraigo, aumentada por su búsqueda infructuosa de trabajo. Su inútil fuga en el alcohol se intensifica. En medio de constantes dificultades económicas, se ve orillado a escribir cuentos de manera improvisada y rápida en los momentos en que se detiene en las oficinas de las editoriales, a cambio de lo necesario para poder comprar alcohol o de la botella con que lo aguardan para “pagarle”.

Aun así, y luego de un periodo inicial inactivo, Manto empieza a escribir nuevamente con regularidad dejando gran

de India se representa como abarcando esos espacios interiores misteriosos [el vacío aterradorante de las cuevas y sus ecos] que pueden ser descritos pero no interpretados [...], se presentan como la total ausencia de significado”. En el caso de los genocidios de 1947, son otros los “vacíos” que una perspectiva occidentalocéntrica podría señalar apoyándose en la oposición “civilización/barbarie”, en la cual la “barbarie” es del “otro”.

cantidad de cuentos, tres colecciones de ensayos y dos de retratos de personalidades. En esta producción de los últimos años se encuentra *Siyah Hashiye* —cortas viñetas de humor negro (Manto, 1991)—, colección criticada duramente por el Movimiento de Escritores Progresistas por razones ideológicas. También de entonces data el cuento “Toba Tek Singh” —quizás uno de los más famosos de Manto—, incluido en esta colección. Igual que éste, muchos de los cuentos de Manto del último periodo tratan de cómo se experimentó la División. Algunos comentaristas consideran que la producción realizada por Manto en Lahore es de calidad literaria desigual,

...sin la universalidad de los primeros cuentos, sea porque sustituyen el retrato de emociones humanas genuinas con la violencia gratuita, sea porque evitan hasta el comentario implícito sobre los grandes problemas sociales [...] y [porque] no se centran intensamente en un solo personaje de la sociedad, [elementos] que caracterizaban muchos de los primeros cuentos... (Flemming, 1985: 110).

Desafortunadamente, Flemming, quien hace esta crítica, olvida situar los cuentos de Manto en el contexto cambiante en que fueron escritos. Sacrifica así la estrecha referencia contextual en aras de una formalidad literaria que, al parecer, se piensa fija en el “estilo” de un escritor. A pesar de esta crítica, por ejemplo “Toba Tek Singh” y “Bābū Gopī Nāth” —del periodo de Lahore— han sido reconocidos entre los mejores cuentos de Manto.

Flemming señala los factores que incidieron en la calidad literaria desigual de la producción de Manto durante el último periodo de su vida: las presiones económicas que lo forzaron a escribir en poco tiempo; la dificultad para tratar temas en profundidad debido a la situación emocional que experimentaba entonces; sus nuevos contactos literarios, y la

influencia de un ambiente general de desilusión en el subcontinente, luego de las independencias. Sin embargo, Flemming llega a afirmar que una de las razones de ese cambio fue que "Manto tenía un *interés perverso* en la violencia" (Flemming, 1985, mis cursivas). Ésta es una acusación inmerecida, falsa y sesgada, hecha por quien no ha experimentado ni sentido la violencia, sino que la ha observado, si acaso, como un hecho lejano, por lo tanto, abstracto e inocuo. Lamentablemente, esta actitud obstaculiza y daña la comprensión de una literatura tan comprometida con la realidad social como la de Manto.

¿Guiaba un "interés perverso en la violencia" a Gandhi cuando vaticinó:

¡Si pudiéramos separarnos como hermanos! Pero no ocurrirá así. Habrá una orgía de sangre. ¿Nos destrozaremos en el vientre de la madre que nos hizo nacer? ¿O al capitán R. E. Atkins, de los gurkhas, cuando comprobó horrorizado que por los desagües de Lahore corría sangre? ¿O al oficial de policía británico en Lahore, cuando frente a los incendios y asesinatos sin sentido, pensó en Lahore como "una ciudad que se suicida"? (Collins y Lapierre, 1975: 294, 295, 221).

¿Fueron las propias vivencias de Manto de la violencia —en sus diversas formas, como en su propio desarraigo no deseado— y su búsqueda infructuosa de las razones de ésta, las que hicieron que Manto "nunca pudiera superar la violencia y *ver* los cambios *reales* que trajo la División"? (Flemming, 1985: 110; mis cursivas). Por el contrario, Manto percibió estos cambios de la manera más dolorosa. Los cambios como también la violencia fueron claramente "reales" para quienes los vivieron. Quizás lo que Manto escribió en 1951, en defensa de su colección *Siyah Hashye*, ilumine su trágica y realista preocupación por esa violencia no imaginada, sino presente en el pasado cercano:

Por mucho tiempo no quise aceptar las consecuencias de la revolución que se desencadenó al dividirse el país [...]; supongo que al fin he llegado a aceptar esta realidad de pesadilla sin autocompasión ni desesperanza. En ese proceso he tratado de recuperar, de este mar de sangre creado por el hombre, perlas de un extraño color al escribir sobre la determinación incansable con que se han matado los hombres, sobre el remordimiento de algunos de ellos, sobre las lágrimas de asesinos que no podían entender cómo tenían todavía algunos sentimientos humanos... (Manto, 1991: xii).

De alguna manera, estas palabras hacen eco de aquellas que pronunció años antes, en 1944, ante un grupo de estudiantes. Entonces sus palabras fueron un llamado a tomar conciencia de lo que ocurría con la realidad social circundante: "Si no pueden soportar estos cuentos, quiere decir que estos son tiempos insoportables. El mal que hay en mí es el de esta era". Como señala Mahnaz Ispahani:

Manto muestra la desorientación, la mistificación, la mortaja de absurdo que cayó sobre el subcontinente en 1947, como ningún historiador podría hacerlo, como ningún político lo haría. Y en ese mundo enloquecido, sus cuentos preguntan, ¿quién se atrevería a juzgar? (Ispahani, 1988: 190).

Rebelde y orgulloso hasta el momento de su muerte, como relata su sobrino Hamid Jalal ("Uncle Manto's death", Manto, 1989: 249-253), que ocurrió el 18 de enero de 1955, Manto dejó escrito un año antes su propio epitafio —casi un desafío—:

Aquí yace Saadat Hasan Manto. En su pecho están enterrados todos los secretos y los matices del arte de escribir cuentos. Aún ahora, bajo el peso de la tierra, se pregunta si él es el gran escritor de cuentos o lo es Dios...

En realidad, su arrogancia y su orgullo fueron escudos para resguardar su inseguridad y evitar ser herido. "Siempre

tengo miedo —escribió en 1937— de que estas debilidades [que hay] en mí hagan que surja el odio hacia mí en los corazones de los otros”. Y más tarde diría: “Me considero incompleto. Nunca estoy en paz conmigo mismo” (Manto, *Khutut*, mayo, 1937: 26; enero, 1939: 61, cit. por Flemming, 1985: 20). Su arrogancia desplegada en público desaparecía en su vida íntima, desplazada por su sensibilidad y humanismo, las fuerzas vitales que lo llevaban a escribir.

El sentimiento de desarraigo que persiguió a Manto, agudizado luego de la División con su traslado a Lahore, y ese constante intento por resguardar su identidad social amenazada por las contradicciones del proceso de las independencias entre los años treinta y cincuenta, se reflejan en ese cuento impregnado de tristeza y sentimiento de impotencia, titulado “El perro de Tithwal”. La historia ocurre durante el conflicto indopaquistaní en Cachemira, y su personaje principal es un perro sin dueño que se acerca amigablemente a uno y otro campamento hasta que se convierte en blanco de un juego estúpido y mortal entre ambos bandos. Esa muerte (*como un perro*) en tierra de nadie, tiene resonancias en la muerte del anciano sikh desarraigado de “Toba Tek Singh”, y en más de un modo, en la suya. “Para mí era imposible decidir cuál de los dos países era ahora mi tierra...”, diría, hundido en la fuga del alcohol, en su exilio/búsqueda de hogar final de Lahore.

LOS CUENTOS DE MANTO: GRANDES ACONTECIMIENTOS
Y GENTE COMÚN

La literatura nunca puede estar adormecida.
El letargo que le atribuimos es en realidad el
nuestro....

Nosotros, los escritores, no somos profetas [...] lo que sea que entendamos lo presentamos al mundo, y nunca forzamos a éste a aceptarlo...

S. H. MANTO

Como dato básico en relación con el manejo del urdu, la lengua en la que escribió Manto, hay que recordar que ésta no era su lengua materna, sino el punjabi. Las raíces del urdu se encuentran en el persa, el árabe, el antiguo hindi y el antiguo punjabi. De ser lengua popular a principios del siglo XIX, el urdu se transformó en la lengua literaria musulmana de la élite, produciéndose entonces una literatura muy al estilo persa y con ornamentos tanto en temas como en forma. Un siglo después, Manto profundiza la ruptura con esta literatura preciosista y alejada de la realidad cotidiana —ruptura que ya había iniciado Premchand, con su escritura didáctica y realista. A las imágenes placenteras e idealizadas de un “tapiz persa”, desplegadas por la literatura urdu clásica, Manto opone el color y el aroma de la tierra mojada por la lluvia, como en “Olor” (*Bu*), la imagen escueta de los trenes que llegaron a lugares y horas precisos y que antes como recientemente —en 1947 como en 1984— aparecen como el símbolo sintético de la muerte consumada, como en el cuadro que inicia “¡Abre!” (*Khol Do*), y la soledad de Sultana, la prostituta, en su balcón frente a la estación de ferrocarril en “El *salwār* negro” (*Kali salwār*). Así, en “Olor”:

En el desvanecido perfume de *henna*, él seguía buscando el olor de la muchacha *ghāṭna*, el olor que había inhalado del cuer-

po sin lavar en esos mismos días de los monsoones, cuando las hojas de *pīpal* se bañaban en la lluvia...

Y en El *salwār* negro:

[Sultana] A veces veía un vagón recién desenganchado de la locomotora, al que enviaban solo rodando por los rieles, y no podía evitar pensar en sí misma. Pensaba que también ella había sido empujada fuera de los carriles de la vida y se mantenía en movimiento sola. Otra gente la controlaba, pero ella seguía moviéndose sin saber hacia dónde, pero llegaría un día en que poco a poco su fuerza se acabaría y ella se detendría sin tener quien la cuidara...

Claro, en cuanto a la intención que guiaba sus narraciones —retratar lo más fielmente posible a personas en un mundo real, inmediato, sentido— Manto coloca sus cuentos en el centro de la corriente realista, influido como otros escritores de su época por los realistas franceses y rusos. La cuidadosa elaboración y el equilibrio de la trama de sus cuentos, así como el giro inesperado de sus finales, parecen heredados de Guy de Maupassant, con quien a menudo se le ha comparado. Hay que hacer notar, sin embargo, que como señala con sensibilidad M. Ispahani (1988: 184): “La historia rompe [...] la comparación entre Maupassant y Manto. Lo que Manto vio, Maupassant no podía haberlo imaginado.”

El realismo de su literatura hizo que al principio Manto fuera bien recibido por el importante movimiento literario surgido a mediados de los años treinta, el Movimiento de Escritores Progresistas. A medida que la literatura de Manto, sin perder su realismo, comienza a desarrollarse independientemente de este movimiento, tratando temas que otros escritores no quisieron o no pudieron enfrentar —como el de la destrucción física, moral y espiritual de la gente común atrapada en el caos de la División— los Escritores Progresistas, rígidos ideológicamente, se volvieron en su contra.

Los cuentos que tienen como contexto los genocidios de 1947 constituyen el trabajo más importante de Manto. En ellos, el escritor se muestra provocativo al sacudir las conciencias cómodas y negadoras, y a la vez lleno de compasión ante las contradicciones de la acción humana. No juzga, trata de comprender el absurdo de la violencia. Humanista sensible, no exaltó en sus escritos ninguna ideología, como tampoco creyó en la posibilidad de un futuro con esperanza. Esta circunstancia, más su modo de abordar la situación de los sectores marginados de la sociedad, marcó su separación del Movimiento de Escritores Progresistas, cuyos integrantes lo acusaron de producir una literatura falta de compromiso, y de "reaccionario". Es difícil entender por qué los escritores progresistas apoyaron las acusaciones de "obscenidad" que se hicieron contra Manto. El desencanto de éste respecto a aquéllos se muestra en la defensa que hizo de su colección *Siyah Hashye* en 1951:

...me causó gran dolor cuando algunos de mis amigos literatos se rieron cruelmente de mi libro, denunciándome como un cuentero irresponsable, un payaso, una molestia, un cínico y un reaccionario. Uno de ellos, amigo cercano, me acusó de haber robado a los muertos sus posesiones con el fin de construir una colección... [El] Movimiento [de los Escritores Progresistas] era mórbido y estéril. Estos hombres se movían según los dictados de la política externa. Fui juzgado y condenado porque en su libro lo que no era Rojo no era aceptable [...] ¿Por qué su revolución roja sólo los empujó al túnel oscuro del conformismo? [...] ¿Qué tipo de nueva literatura trataban de producir en la cual un poema era una máquina y una máquina un poema? (Manto, 1991: XII-XIII).

Para aquellos ubicados en posición de autoridad, sea literaria o política, Manto ciertamente fue "una molestia", un "provocador" que mostraba en la brevedad de sus cuentos lo que no se quería ni debía ver. Ya se mencionó la censura que

por motivos comunialistas recibió en Paquistán su cuento “¡Abre!”. También “El *salwār* negro” suscitó la respuesta adversa de quienes poseían una mentalidad conservadora, que percibieron cómo este cuento intentaba demostrar la relación desigual entre los sexos, tanto en el matrimonio como en la prostitución. No prestaron atención, por lo tanto, a la crítica social que anima este relato. “Olor”, una de sus obras maestras, delicada narrativa de la experiencia sexual presentada en términos idealizados, fue también víctima de malas interpretaciones y material para un juicio legal, al considerársele “obsceno”. Dos veces fue llevado Manto a juicio bajo el cargo de “obscenidad”: a principios de los cuarenta y en 1948. En esta última ocasión, ya en Paquistán, el cuento “¡Abre!” fue considerado “obsceno, en contra del Estado y degradante”.⁷ Estos tres cuentos se incluyen en esta colección.

Pasando del realismo honesto y no sensacionalista, la escritura de Manto adopta en “Olor” y en “Toba Tek Singh” características de alegoría. En el *continuum* de su estilo, éste se transforma en surrealista hacia el final de su vida en los cuentos “El ángel” (*Firishtah*) y “Borlas” (*Fundane*). De manera obvia, “El ángel” —aunque también de forma indirecta “Toba Tek Singh”— trae ecos de la experiencia que Manto tuvo en una institución para enfermos mentales en 1952 y de su internación en un hospital en 1953, para curar su alcoholismo. Los sueños y alucinaciones del personaje central de “El ángel”, un moribundo, reconstruyen un mundo absurdo y atemorizante. La crítica social y la de las instituciones se

⁷ Según Khalid Hasan en su “Introducción” a Manto (1989). Para la misma fecha del juicio, Khalid Hasan (1984) indica el juicio que se le hizo a Manto por obscenidad a instancias del gobierno de Punjab, a causa del cuento “Carne fría” (*Thanda Gost*). Según esta versión, el dueño y el editor de la revista que publicaron el cuento también fueron acusados. Manto se refiere a este juicio en N. Mohan (comp.), *Saadat Hasan Manto Ki Kabaniyan*, Delhi, 1992: 9-61.

expresa en la transformación del ángel de la muerte en el médico:

Lejos, muy lejos, había un ángel [...] Cuando llegó a la cama de Ataullah, se transformó en el médico. El mismo médico que siempre había expresado simpatía por su esposa y la había consolado cariñosamente...

Esta crítica se traduce con más claridad en las exhortaciones de la esposa de Ataullah, quien aparentemente ha asesinado al médico: "Levántate, levántate, padre de Karim y Rahim [...] Este hospital es un mal lugar. Vamos, vayamos a casa".

"Borlas", en tanto, con su yuxtaposición de realismo y surrealismo que se desarrolla *in crescendo* hasta desembocar en el absurdo, se considera la obra que marca "el verdadero comienzo del cuento moderno en urdu" (opinión del modernista Balraj Mainra, cit. por Flemming, 1985: 103). "Borlas", cuento que influyó de manera notable en la nueva generación de escritores, explora con dolorosa efectividad la desintegración y la pérdida de sentido de la vida en un mundo absurdo. Como hace notar Anwer Azeem:

El nuevo indio se sintió espiritualmente sin anclas en un mundo privado de significados absolutos. En este contexto, la última gran obra de Manto, "Borlas", fue de una importancia extraordinaria. Fue el primer cuento que trató, sin lugar a dudas, el sentido de anarquía y la falta de sentido moral. No sólo esto, sino que también descubre un idioma expresivo capaz de manifestarse en el lenguaje y en la forma. El estilo es terso pero realmente complejo. Paradojas, ambigüedades y ambivalencias contribuyen a [crear una sensación de] intangibilidad deliberada [...] Hay hasta una escena casi absurda. Una joven desnuda pinta su cuerpo frente a un espejo [...] Esta escena de pesadilla enfatiza lo grotesco, lo extraño, lo irracional perturbador en la experiencia humana... (Azeem, 1976: 14).

“Borlas” es una mirada sobre la violencia que se resiste a toda explicación, en un mundo donde priva el absurdo (los bebés no se alimentan con leche sino con aceite para automóviles), donde amor y muerte se confunden para desembocar finalmente en un cuadro de horror. Ese es el cuadro que la joven pinta sobre su cuerpo desnudo, con un pincel que parece tener voluntad propia. Un ladrón armado que entra entonces y ve las pinturas en el cuerpo de la joven, huye aterrorizado. La joven se vuelve al espejo, como para descifrar las pinturas en su cuerpo:

...nuevamente se paró frente al espejo. En su cuello había un collar, como una cuerda que tenía grandes borlas. Ella lo había pintado con el pincel. Súbitamente sintió que este collar había comenzado a apretarse. Lenta, lentamente, se hundía en su cuello... (S. H. Manto, “Borlas”).

Veena Das, al referirse a este cuento en uno de sus análisis sobre la violencia y sus víctimas, observa que

...en los cuentos de Manto se asigna a los hombres y a las mujeres un lugar simbólico fundamentalmente diferente. Las mujeres tienen un carácter dual. Son el medio a través del cual los hombres concretan su pacto de violencia, pero... guardan la memoria de este saqueo, violación y despojo [...], la víctima se define como objeto y como testigo de la violencia... El personaje principal de *Fundanen* [“Borlas”] conserva [...] la memoria de la destrucción en su alma [...]. [Así], la violencia se inscribe en las mentes de muertos vivientes dementes [...] como conocimiento *escondido* para expresarse en otro momento. Esta es la única esperanza que Manto puede reconocer... (Das, 1985: 193-194).

En el campo literario, “Borlas” estimuló el desarrollo de dos corrientes dentro del cuento urdu, que experimentan con la forma y los temas, una en la que se colocan

Surinder Prakash y Ahmad Hamesh, y otra donde se encuentran Khailda Asghar, Enver Sajjad y Balraj Mainra (véase Azeem, 1976).

Si bien en sus cuentos sobre la División, Manto está ausente del escenario y habla por boca de sus personajes, adquiere presencia como partícipe en las historias que relatan las circunstancias de hombres y mujeres en sus vidas cotidianas. En relación con las características formales de su literatura, Manto respetó la regla básica en la escritura del cuento: centrarse en un único episodio o experiencia relevante en la vida de un personaje. Tanto en sus primeros como en sus últimos cuentos, el narrador habla en tercera persona y guarda distancia. El resultado es efectivo en tanto proporciona información sobre el contexto, y sobre la personalidad y el estado emocional de los protagonistas. Sin embargo, más tarde, en sus cuentos de Bombay, Manto “se inventa” a sí mismo como personaje, como narrador que a la vez es observador y partícipe, conservando su nombre, personalidad y costumbres, generalmente escuchando relatos, a menudo entrando en comunicación con sus personajes, y además, percibiendo cómo éstos pueden llegar a actuar. Ésta es una de las maneras en que Manto el escritor establece contacto directo con el lector, relación en la que aquél tiene el poder de influir en las reacciones de quien lee.

Se considera a Manto un innovador. Flemming encuentra esta característica no en los aspectos formales de su literatura, sino en su estilo único en el uso del urdu. Fueron probablemente las demandas de los medios fílmico y periodístico —para los cuales también escribió— las que moldearon su estilo, haciéndole adquirir precisión sin perder riqueza expresiva. En su estilo, la brevedad llega en su último periodo a convertirse en la concisión irónica y ácida de las viñetas de la colección *Siyah Hashye*, recibida por la crítica con gran hostilidad. Por ejemplo, una de ellas, de sólo tres líneas:

¡No maten a mi hija frente a mis ojos!

Muy bien, muy bien. ¡Sáquenle la ropa y tírenla junto con las otras muchachas! (S. H. Manto, "Por consideración", 1991: 31).

O en otra:

Cuando se prendió fuego al barrio, se quemó todo con excepción de un negocio y su cartel de anuncio, que decía: "Todo tipo de material de construcción, de venta aquí" (S. H. Manto, "Invitación a actuar", 1991: 19).

Liberado de la ornamentación del estilo en urdu clásico, la manera como Manto se expresa con su engañosa simplicidad adquiere gran fuerza. El escritor puede condensar los varios sentimientos que una situación narrada provoca y enviarlos al lector en una sola oleada poderosa. Basta ver el párrafo final de "Toba Tek Singh":

Poco antes del amanecer, Bishan Singh, el hombre que había permanecido sobre sus piernas durante quince años, gritó y [...] cayó a tierra. Allí, detrás de la barda de espinos, a un lado estaba India, y detrás de más bardas de espinos, al otro lado, Paquistán. En medio de un trozo de tierra sin nombre, yace Toba Tek Singh....

Con una mirada aparentemente desapasionada, manteniendo una calmada imparcialidad hacia los diversos actores sociales —hindúes, sikhs, musulmanes— en las trágicas circunstancias en que nacieron India y Paquistán como Estados independientes, Manto despliega en sus cuentos los dramas cotidianos de la gente pequeña sumida en el caos, la incertidumbre, la violencia y la lucha por sobrevivir. Pero el arte literario de Manto va más allá del rescate de las vivencias de la gente común atrapada en el torbellino de la historia. Manto no nos impone su visión de la realidad, sino que, luego de traducirla a ficción literaria, hace partícipe activo

de lo narrado al lector. Así, en sus cuentos localizados en tiempo y espacio en el contexto de la División, la violencia no se confronta directamente o como elemento exclusivo de un tema, sino que se intuye, y vaga insidiosamente permeando la trama... y la imaginación de quien lee.

El lector, en la secuencia autor-texto-lector, es para Manto un aliado inteligente y, a la vez, perceptivo y emocional. A esta valoración del lector quizás se deba el uso de su característico *tour de force* en los finales de muchos de sus cuentos. En ellos, como sucede con su excepcional cuento “¡Abre!”, lo que no se dice tiene una presencia más fuerte y perturbadora que lo explícito. Este es un cuento muy corto —unas tres páginas y media en el original en urdu—, que le valió a Manto, como ya se mencionó, la censura en Paquistán porque, fuera de tratar de una violación —hecho clave en el cuento que no se menciona, pero que se sugiere de manera brutal y conmovedora a la vez—, los culpables son musulmanes.

Las censuras y críticas a los escritos de Manto bajo cargos de “obscenidad”, como en éste y otros casos, ocultan en realidad la censura a Manto como “subversivo” social y político. Como dice Khalid Hasan:

Cada cuento que escribió Manto es, en el sentido orwelliano del término, un cuento político. La visión que Manto tenía del ser humano, su impaciencia frente a la hipocresía y la falsa piedad, su rechazo al egoísmo y a la avaricia, su celebración de la generosidad del espíritu humano, su reconocimiento de la honestidad esencial de aquellos que la sociedad rechaza, y su defensa de la verdad y la fuerza de la vida, son todas [actitudes] políticas. Aquellos que interpretan los escritos de Manto de cualquier otra manera son ignorantes o prejuiciados (Hasan, 1984: 91-92).

LA IDENTIDAD AMENAZADA: "TOBA TEK SINGH"

"Toba Tek Singh" es uno de los cuentos más famosos y acabados de Manto. Cuento de la época posterior a la División, retoma los sentimientos de aislamiento, enajenación, despojo y quiebre de identidad que movieron sus relatos sobre la tragedia humana que marcó el año de 1947. En este cuento, como en "Olor", Manto experimenta con la alegoría. Incursiona con ironía en el tema de la locura, desde dentro de una institución para enfermos mentales. El asilo, en realidad, es un microcosmos que refleja como en un espejo al subcontinente indio, sus componentes sociales y la confusión de la gente frente a los desplazamientos ordenados por decisiones político-burocráticas.

Las fronteras entre "dentro" y "fuera" —el asilo y la sociedad que lo abarca— se tornan borrosas. Con humor, Manto muestra que frente a la noticia del intercambio de pacientes entre los nuevos Paquistán e India, los que están reclusos como dementes o delincuentes se encuentran más cuerdos que las autoridades y los expertos que planearon los intercambios de población. Confusión y rebeldía al verse obligado a aceptar decisiones percibidas como ilógicas llevan a un interno a subirse a un árbol y a declarar: "No quiero vivir ni en India ni en Paquistán; quiero vivir en este árbol". Mientras, los internos angloindios se preocupan por los posibles cambios en sus prerrogativas y en el tipo de *apartheid* cultural del que habían gozado hasta entonces.

Este asunto de los desplazamientos y del temor entre los internos de un asilo frente a la violencia gestada por la División no fue producto de la imaginación exaltada de Manto, sino que se planteó en realidad. Como consignan Collins y Lapierre:

Todas las cárceles de Punjab terminaron quedando en Paquistán. Y así también ocurrió con su especial asilo para dementes.

Allí, en un súbito arranque de lucidez, sus internos hindúes y sikhs, aterrorizados, rogaron a sus custodios que los enviaran a India. Llegaron a la conclusión de que los musulmanes los sacrificarían si se quedaban en Paquistán. Su petición fue rechazada [...], los doctores del asilo [...] aseguraron a sus pacientes que “sus miedos eran imaginarios” (1975: 293).

En este escenario, Manto coloca al viejo sikh Toba Tek Singh, el loco inmóvil, parco e ininteligible, como *testigo* del caos, fiel a su identidad hasta la obsesión y hasta la muerte en tierra de nadie, el único pedazo de tierra que el desplazado puede hacer suyo. Es interesante hacer notar cómo Manto introduce la ecuación identidad=tierra/territorio: el anciano sikh es conocido y responde al nombre de su aldea de origen, Toba Tek.

La ironía, a veces como fuerte crítica política, que marca la primera parte del cuento, se transforma, al entrar Toba Tek Singh en escena, en comprensión y compasión. Toba Tek Singh es para Manto —considera Ispahani— “su héroe supremo: el hombre desarraigado, robado de su hogar, la víctima de la división, que sólo gana un pedazo de tierra propio en la muerte” (Ispahani, 1988: 19). A. Azeem, por su parte, señala que, con este cuento y con “Borlas”, Manto adquiere dimensiones brechtianas por su concepción universalista y la rebelión que expresa ante la tragedia humana (Azeem, 1976: 12).

Ninguno de los escritores de su tiempo logró o quiso abordar el drama de 1947 ni lo tradujo a literatura de importancia. Fueron la valentía y el humanismo de Manto, quien enfrentó los acontecimientos vividos entonces, los que despertaron las acusaciones de sensacionalismo entre críticos que seguramente él habría considerado hipócritas y cobardes, escondidos en el silencio y la negación. Es justamente por medio de su escritura que Manto “subvierte” las conciencias, tanto entonces como ahora.

LA "DANZA DE LA CORDURA CON LA LOCURA" EN LA REALIDAD
DE MANTO Y DE HOY

...gritó dos veces, un grito que no fue más que
un suspiro: "¡El horror! ¡El horror!"...

JOSEPH CONRAD, *Heart of Darkness* (1902)

El grito postrero de Kurtz lanzado al "invisible paisaje salvaje" en el epígrafe de esta sección, en este caso no tiene que ver exclusivamente con el mundo colonial que Conrad retrató con crudeza, en particular la percepción que de los colonizados tenían los europeos.⁸ El viaje por el río Congo no es para Conrad sólo una travesía, sino que se convierte en un viaje al centro de su propia existencia, "madurando a través de la desilusión y el fracaso, un tipo de fracaso [...] que produjo en él una comprensión más amplia y profunda de los hombres, y en especial de su lado oscuro" (O'Prey en Conrad, 1988: 14). Las angustias de Conrad y de su personaje Marlow traen vagos recuerdos de las experiencias de Manto y su viaje a través de la escritura, hacia la oscuridad de la humanidad, y también hacia su compasión. Sin embargo, Conrad no vivió la realidad como lo hizo Manto. A Manto, la vivencia del horror le costó la vida.

Si el lector se asoma a la primera fotografía presentada en este texto (p. 14), tomada en 1919 en el "Crawling Lane", más que imágenes reconocerá un texto claro de soberbia colonial y humillación. No es casual que percibamos, a primera vista, al hombre castigado como un montón de harapos en el suelo. Asimismo, el vacío en los textos de las fotos 3 a 5, tomadas un día después de la masacre de Amritsar, no tarda en llenarse con las imágenes del horror de la "abominable satisfacción" de la represión. Los cuentos de Manto

⁸ T. S. Eliot quiso usar esta exclamación como epígrafe en *The Wasted Land*, pero la retiró a instancias de Ezra Pound (O'Prey en Conrad, 1988: 23).

muchas veces pueden ser ventanas abiertas para vislumbrar la “oscuridad” y el dolor reprimidos, ocultos en la seguridad de las “buenas conciencias”.

Los temas de la violencia y la locura como *hechos sociales colectivos* permean la obra de Manto, no como simple reflejo de lo que él siente personalmente, sino como expresión de una conciencia crítica, en un tiempo social e histórico concreto. Si, como dice Ispahani, en los cuentos de Manto “la cordura danza con la locura” (Ispahani, 1988: 183), estos cuentos son en realidad espejos en que se reflejan la cordura y la locura que animan la realidad circundante.

Los sentimientos que movieron a Manto e iluminaron sus cuentos vuelven a reverberar hoy en las conciencias de quienes se preocupan por las violencias que están gestando mundos divididos. Desde India, por ejemplo, un editorialista escribe con tristeza:

Esta es una nación fracturada; las sensibilidades también están quebradas [...] El tipo de fuego que encendió los trabajos de Chughtai y Krishan Chander y de Manto hace cinco décadas [...] no volverá a encenderse. La nación está dividida y hemos dejado de entendernos [...]. Los mandarines que controlan la apología de un gobierno en Nueva Delhi [...] han decidido que la línea de defensa final es la dependencia del dinero rápido [...] Esta es la expresión más lograda de la globalización... (A. M., 1991: 2663-2664).

Los valores del monetarismo burdo, que ahora también se cierne sobre India, se agregan hoy a los ataques al secularismo y a la nueva guerra civil comunista, a las luchas regionales y a la represión por parte de los agentes del Estado y de los grupos poderosos. Este panorama ciertamente habría conmovido a Manto. Quizás ahora otros, con su mismo valor, vuelvan a encender ese fuego que alimentó sus escritos provocativos y críticos, y se cumpla así su deseo: “puede ser que

Saadat Hasan [el hombre] muera, pero Manto [el escritor] no". Manto, el hombre, fue consumido por la llama, al modo del cuentista de Walter Benjamin. Sus cuentos, en tanto, son rescoldos que pueden encender los textos de nuevos escritores.

BIBLIOGRAFÍA

- Akbar, M. J. (1988), *Riot after Riot*, introducción de Khushwant Singh, Nueva Delhi, Penguin Books.
- A. M. (1991), "Calcutta Diary", *Economic and Political Weekly*, XXVI (47): 2663-2664.
- Azeem, Anwer (1976), "Contemporary Urdu Short Story: Myth and Reality", *Indian Literature*, 19 (6): 7-22.
- Benjamin, Walter (1969), "The Storyteller. Reflections on the Works of Nikolai Leskov", en *Illuminations. Essays and Reflections*, Nueva York, Schocken Books, pp. 83-109.
- Bharucha, R. (1994), "On the Border of Fascism. Manufacture of Consent in Roja", *Economic and Political Weekly*, XXIX (23): 1389-1395.
- Chakravarty, S. (1991), *The Raj Syndrome. A Study of Imperial Perceptions*, Nueva Delhi, Penguin Books.
- Chander, K. (1948), *Sa'adat Hasan Manto*, Bombay, Kitab Publ.
- Collins L. y D. Lapierre (1975), *Freedom at Midnight*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Conrad, Joseph (1988), *Heart of Darkness*, Londres, Penguin Books (1ª ed. 1902).
- Das, V. y A. Nandy (1985), "Violence, Victimhood, and the Language of Silence", *Contributions to Indian Sociology* (n.s.) 19 (1): 177-195.
- Das, V. (ed.) (1990), *Mirrors of Violence. Communities, Riots and Survivors*, Nueva Delhi, Oxford University Press.
- Flemming, Leslie A. (1985), *Another Lonely Voice. The Life and Works of Saadat Hasan Manto*, traducción de cuentos del urdu por Tahira Naqvi, Lahore, Vanguard Books.
- Forster, E. M. (1978), *A Passage to India*, introducción y notas de Oliver Stallprass, Londres, Penguin Books.
- Foucault, Michel (1992), *Madness and Civilization. A History of Insanity in the Age of Reason*, Londres, Routledge.
- Hasan, Khalid (1984), "Saadat Hasan Manto: Not of Blessed Memory", *Annual of Urdu Studies*, vol. 4, pp. 85-95.
- Inder Singh, A. (1987), *The Origins of the Partition of India, 1936-1947*, Nueva Delhi, Oxford University Press.
- Ispahani, Mahnaz (1988), "Saadat Hasan Manto", *Grand Street*, vol. 7 (4): 183-193.
- Manto, Saadat H. (1989), *Kingdom's End and Other Stories*, Nueva Delhi, Penguin Books.

- (1991), *Partition. Sketches and Stories*, traducción e introducción de Khalid Hasan, Nueva Delhi, Viking-Penguin Books.
- May, C. E. (ed.) (1976), *Short Story Theories*, Ohio, Ohio University Press.
- Singh, K. (1961), *Train to Pakistan*, Nueva York, Grove Press.
- Spurr, D. (1993), *The Rhetoric of Empire, Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*, Durham y Londres, Duke University Press.
- Wentink, L. (1985), "Manto as a Modernist", *Journal of South Asian Literature*, XX (2): 121-130.
- (1983), "The Modernist Movement in Urdu Fiction", tesis doctoral, The University of Arizona.



1. R. Furneaux: "Crawling Lane", soldado británico con hombre castigado, Amritsar, 1919 (cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).



2. R. Furneaux: Lugar donde la misionera Marcella Sherwood fue atacada por segunda vez, 1919 (cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).



3. R. Furneaux: Entrada estrecha a Jallianwala Bagh por donde ingresaron el general Dyer y los gurkhas armados, 1919 (cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).



4. R. Furneaux: Gran espacio abierto en donde se produjo la masacre de Jallianwala Bagh, 1919 (cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).



5. Zona en donde se apostó el pelotón gorkha para disparar sobre la multitud desarmada (Jallianwala Bagh), 1919 (cortesía de la British Library, Oriental and India Office Collections, Londres).

CUENTOS

SUCEDIÓ EN 1919

Sucedió en 1919, amigo mío, cuando en todo el Punjab se estaba gestando un movimiento contra el Acta Rowlatt. Hablo de lo que sucedió en Amritsar. Sir Michael O'Dyer había prohibido la entrada de Gandhi Jī en el Punjab bajo las reglas de Defensa de India. Gandhi, detenido en Palwal, había sido puesto bajo custodia y enviado de regreso a Bombay. Creo que si los ingleses no hubieran cometido este error, el incidente de Jallianwala Bagh no habría agregado una página tan sangrienta a la negra historia de su dominio de India.

En los corazones de todos, musulmanes, hindúes y sikhs, había respeto y estima por Gandhi Jī. Todos lo consideraban un gran hombre. Cuando la noticia de su arresto se conoció en Lahore, todas las tiendas cerraron de inmediato. Desde allí, la noticia llegó a Amritsar, y como consecuencia, de inmediato estalló una huelga general.

Se dice que en la mañana del 9 de abril, el comisionado especial había recibido órdenes de expulsar de Amritsar al doctor Satyapāl y al doctor Kichlu, pero no deseaba cumplirlas porque en su opinión no había peligro de que en Amritsar se produjeran motines o disturbios. La gente estaba organizando actos pacíficos para mostrar su oposición, y nadie deseaba utilizar medios violentos. Yo lo vi con mis propios ojos y puedo aseverar cuál fue la disposición de la gente.

El 9 de abril era Rāmnavanī. Hubo una procesión alegre que seguía la ruta señalada por los funcionarios. Sin embargo, amigo mío, este sir Michael estaba medio loco. No oyó al

comisionado especial porque temía que a una señal de su líder, el Mahatma Gandhi, Kichlu y Satyapāl intentarían destruir las bases del imperio. En su opinión, los actos de protesta y las procesiones eran parte de esta gran conspiración.

La noticia de la expulsión de los dos líderes se extendió instantáneamente como pólvora. Había incertidumbre en todos los corazones. Se podía sentir que algún gran desastre estaba a punto de estallar. Pero, amigo mío, había también un gran entusiasmo. Todas las tiendas estaban cerradas. La ciudad se había convertido en un cementerio, pero en ese silencio de cementerio se presentía un tumulto.

Cuando llegó la noticia de la captura de Kichlu y Satyapāl, miles de personas se reunieron espontáneamente para marchar en procesión hasta el valiente comisionado especial, y pedirle que retirara las órdenes contra sus amados líderes. Pero créame, no eran tiempos de atender pedidos, amigo mío. Sir Michael era un tirano, el más grande de los reyes, y no nos sorprendió que declarara ilegal la propia reunión.

¿En qué circunstancias se encuentra ahora Amritsar, ese Amritsar que entonces era uno de los más grandes centros de la lucha por la liberación, y en cuyo pecho Jallianwala Bagh es como una herida gloriosa? Hay mucho dolor en el corazón. Algunos dicen que lo que sucedió en esta ciudad sagrada hace unos cinco años también fue responsabilidad de los ingleses. Lo será, amigo mío, pero si pregunta usted la verdad sobre este baño de sangre, verá que nuestras propias manos están manchadas de sangre. ¡Así es!

La casa del comisionado especial estaba en las *Civil Lines*. De hecho, todos los oficiales superiores y los grandes funcionarios del reino vivían en esa aislada área. Si conoce usted Amritsar, recordará que hay un puente que une la ciudad con las *Civil Lines*. Cruzando por él, un hombre que camina con tranquilidad llega de inmediato adonde los gobernantes ingleses se construyeron un paraíso en la tierra.

Cuando la muchedumbre llegó al Hall Gate, se supo que junto al puente había una guardia de tropas montadas británicas. La multitud no se detuvo en absoluto y siguió avanzando. Amigo mío, yo también formaba parte de ella. No puedo decir cuánto entusiasmo había. Nadie estaba armado. Nadie tenía siquiera un simple palo. En realidad el único motivo para manifestarse masivamente era llegar a la casa del gobernador, y pedir que dejara libres sin cargos al doctor Kichlu y al doctor Satyapāl. La multitud que se dirigía al puente crecía constantemente.

Cuando la muchedumbre estuvo cerca los soldados abrieron fuego, provocando una total desbandada. Ellos sólo eran veinte o veinticinco, y la multitud centenares; pero tenía mucho miedo de las balas, amigo mío. Nunca he visto una multitud tan descontrolada como ésa. Algunos fueron heridos por los disparos, otros fueron pisoteados en la estampida.

Hacia la derecha había un canal de aguas sucias. Fui empujado y caí en él. Cuando cesaron los disparos me arrastré fuera; me levanté y vi que la multitud se había dispersado. Había heridos caídos en el camino y los soldados de pie junto al puente reían. Amigo mío, no recuerdo el estado en que estaba mi mente en ese momento, pero pienso que me encontraba en una gran confusión. Cuando salí del canal no estaba completamente bien. Me alejé de allí lentamente; sólo entonces comenzó a formarse en mi mente el cuadro de los sucesos.

Pude oír consignas coléricas gritadas desde lejos por la muchedumbre. Comencé a caminar. Pasé frente al templo de Jāhirā Pīr y llegué de inmediato al Hall Gate, en donde encontré a treinta o cuarenta niños tirando piedras al gran reloj que corona la parte superior de la puerta. Finalmente consiguieron quebrar el vidrio que lo protege. Cuando los fragmentos cayeron a la calle, un niño dijo a los otros:

—Rompamos la estatua de la reina.

—No, yār, incendiemos el cuartel de policía —dijo otro.

—Y todos los bancos también —agregó un tercero.

Otro los detuvo. ¿Qué sentido tendría hacer eso? Vayamos al puente a matar a los soldados.

Lo reconoció. Era Thaila el bastardo. Su nombre era Muhammad Thaila, pero era más conocido como Thaila el bastardo. Era el hijo de una prostituta, y bastante famoso también. Cuando era niño había caído en el vicio de beber y jugar. Tenía dos hermanas, Shamshad y Almas, las más encantadoras prostitutas de la ciudad.

Shamshad era una gran cantante, y poderosos terratenientes venían desde muy lejos para verla actuar. Las dos estaban cansadas de la mala conducta de su hermano, y en la ciudad se sabía que lo habían echado de la casa. Sin embargo, de un modo u otro, siempre conseguía reunir con excusas algo de dinero para satisfacer sus necesidades. Comía bien, bebía bien. Era un sibarita, un hábil narrador de historias; utilizaba infinitas estratagemas, y estaba muy lejos de los bufones vulgares. Era alto, impetuoso, pendenciero, fuerte, de cuerpo atlético y de rostro amplio.

Los chicos que iban con él estaban llenos de entusiasmo; pero no lo oyeron y comenzaron a moverse hacia la estatua de la reina. Thaila les dijo:

—No se desanimen. ¡Vengan conmigo! Vamos, acabaremos con esos soldados que han herido y matado a tanta gente inocente. ¡Lo juro por Dios! Si estamos juntos podemos retorcerles el cuello. ¡Vamos!

Algunos estaban ya en marcha, pero se detuvieron. Thaila comenzó a avanzar en dirección al puente y ellos lo siguieron. Pensé que estos desocupados hijos de sus madres estaban corriendo hacia las fauces de la muerte. Yo estaba escondido *phavvar ke paas*. Desde allí llamé a Thaila y le dije:

—No vayas, *yār*. ¡Morirán tú y los que te siguen!

Thaila me oyó, y estallando en una risa extraña me dijo:

—Thaila sólo quiere demostrar que no teme a las balas —luego dijo a los que estaban con él—: El que tenga miedo puede volverse atrás.

En situaciones así, ¿quién puede retroceder un paso? Luego, cuando sintió que era el líder, avanzó hacia los ingleses arriesgando su vida. Marchó rápidamente y los otros le siguieron.

La distancia desde el Hall Gate hasta el puente no es grande, aproximadamente sólo sesenta o setenta yardas. El acceso al puente estaba guardado por dos soldados blancos a caballo. Thaila iba delante de todos. Allí comenzaba la doble balaustrada del puente, y a una distancia de quince o veinte pasos había dos soldados europeos a caballo. Thaila gritaba consignas cuando, desde la parte superior de la balaustrada, partió un disparo. Pensé que lo habían herido, pero observé que estaba vivo y seguía avanzando.

Algunos de los niños tuvieron miedo de morir y comenzaron a correr. Volviéndose, Thaila los vio y les gritó:

—No corran. ¡Vamos!

Su rostro estaba vuelto en mi dirección y se oyeron disparos. Amigo mío, no necesitaba hacerlo, pero vi que en su camisa de seda blanca había manchas rojas. Estaba herido, pero a pesar de ello, avanzaba rápidamente, como un león herido. Hubo más disparos, y Thaila vaciló, pero haciéndose fuerte se estiró hacia el soldado montado y en un instante la montura estuvo vacía. El soldado estaba en el piso y Thaila sobre él.

El otro soldado, furioso y atemorizado, detuvo el caballo y comenzó a disparar sin cesar. No sé lo que sucedió luego, porque me desvanecí.

Amigo mío, cuando volví en mí me encontraba en mi casa. Algunos hombres que me conocían me habían recogido y me habían traído de regreso. Supe por ellos que la multitud irritada por los disparos junto al puente había enloquecido, y como resultado de su cólera la estatua de la

reina había sido hecha pedazos, el *Town Hall* y tres bancos incendiados y cinco o seis europeos asesinados. Se habían producido grandes saqueos.

Los funcionarios británicos no se preocuparon mucho por los robos, pero habían muerto cinco o seis europeos, y para vengarlos se produjo el incidente de Jallianwala Bagh. El valiente comisionado especial entregó las riendas de la ciudad al general Dyer, y, debido a ello, el 12 de abril el general marchó con sus soldados armados por los diferentes mercados de la ciudad. Docenas de hombres inocentes fueron arrestados. El 13 de abril se organizó una asamblea; habría cerca de veinticinco mil personas en Jallianwala Bagh. Cerca del atardecer, el general Dyer llegó allí con sus soldados gurmukhs y sikhs armados y arrojó una lluvia de balas sobre la multitud indefensa. Durante ese tiempo se pensó que se habían perdido algunas vidas, pero cuando luego se decidió llevar a cabo una investigación, se supo que hubo mil muertos y tres o cuatro mil heridos.

Pero había comenzado a hablar sobre Thaila, amigo mío, y sobre lo que vi con mis propios ojos. Sólo Dios está libre de mancha y Thaila practicaba todos los vicios mencionados en los libros. Había nacido de una prostituta, pero era valiente. Ahora puedo decir con seguridad que cuando oyó el ruido, se volvió hacia sus compañeros, los miró y les infundió coraje, no sabía que en su pecho inflamado por el entusiasmo ya había entrado el plomo. Una segunda bala lo hirió en la espalda, y una tercera en el pecho.

Yo no lo vi, pero he oído que cuando quisieron separarlo del cuerpo del europeo, sus dos manos estaban hundidas de tal forma en la garganta del soldado, que no fue fácil aflojar la presión. El soldado había sido enviado al infierno.

Cuando el cadáver de Thaila fue entregado a su familia al día siguiente para amórtajarlo y enterrarlo, estaba cosido a tiros. El otro soldado había vaciado la carga de su revólver sobre él. Pienso que entonces su alma ya había abandonado

su cuerpo, pero ese hijo del diablo hizo su práctica de tiro sobre el cadáver.

Dicen que cuando el cuerpo de Thaila fue llevado a su barrio se produjo una escena desgarradora. No era el orgullo de su familia, pero cuando vieron su cuerpo destruido, todos los presentes comenzaron a llorar sin poder contenerse. Sus hermanas Shamshad y Almas se desmayaron. Cuando levantaron el cadáver amortajado en su ataúd, las dos pronunciaron palabras que hicieron llorar a todos los presentes.

He oído, amigo mío, que la primera en caer durante la Revolución francesa fue una prostituta. El difunto Muhammad Thaila era hijo de una prostituta. En la dura empresa de esta revolución ninguna investigación averiguó a quién hirió la primera ni la décima ni la quinta bala. Tal vez saberlo no era importante para esta sociedad. Pienso que cuando hagan una lista de los que murieron en este baño de sangre en el Punjab, el nombre de Thaila el bastardo no será incluido. Ni siquiera sé si nadie hará jamás esa lista.

Fueron días terribles y tumultuosos. Se proclamó el gobierno militar. El monstruo que llaman ley marcial se apropió de las calles y callejuelas de la ciudad. En medio de una gran confusión, Thaila fue enterrado muy rápida y pobremente, como si su muerte fuera un grave crimen del que su familia debiera borrar todo rastro. Amigo mío, basta decir que Thaila murió, Thaila fue enterrado y...

Tras decir esto, por primera vez mi compañero se detuvo y quedó en silencio. El tren se movía a gran velocidad. Repentinamente el traqueteo de las ruedas comenzó a decir "Thaila murió, Thaila fue enterrado... Thaila murió, Thaila fue enterrado". No había separación alguna entre su muerte y su entierro, como si aquí hubiera muerto, y en el instante siguiente hubiera sido enterrado. El ritmo de esas palabras

junto al traqueteo del tren producían una sensación de absoluto vacío que intenté detener. Dije, por lo tanto, a mi compañero:

—Iba usted a decir algo.

Sorprendido, miró en mi dirección.

—Sí, hay una parte triste en la historia aún.

—¿Cuál? —pregunté.

—Como ya le he dicho, Thaila tenía dos hermanas, Shamshad y Almas, ambas muy hermosas. Shamshad era alta, de rasgos delicados, con grandes ojos, y una exquisita cantante de *thumri*. Dicen que había tomado lecciones con Khan Sahib Fateh Ali Khan. Almas era la otra. No tenía una voz musical, pero era una maravillosa bailarina. Cuando bailaba parecía como si cada uno de sus miembros hablara. Había en sus ojos una magia a la que nadie podía resistir.

Mi compañero de viaje se detuvo largamente en la descripción, pero no me pareció razonable interrumpirlo. Poco después, por propia voluntad, comenzó a hablar confusamente y se adentró en la parte dolorosa de la historia.

—Es el caso, amigo mío, que algún adulator mencionó a los oficiales del ejército la belleza y elegancia de las dos hermanas. En la rebelión había muerto una mujer, ¿cuál era el nombre de esa bruja? Miss Sherwood..., creo. Se decidió que las dos jóvenes debían ser citadas y usadas para la satisfacción de los oficiales. Usted sabe lo que quiero decir, ¿no es así, amigo mío?

—Sí —dije.

Mi compañero de viaje dejó escapar un quejido.

—En cuestiones tan delicadas, incluso las bailarinas y las prostitutas son como nuestras hermanas y madres. Pero en mi opinión, amigo mío, nuestro país no tiene sentido del honor.

Cuando el inspector de policía recibió la orden de citarlas, de inmediato se preparó y fue personalmente a la casa de Shamshad y Almas, y dijo que los *sāhabs* las conocían

y querían presenciar su actuación. La tierra sobre la tumba de su hermano no se había secado todavía. Apenas hacía dos días que había muerto cuando se les ordenó que se presentaran respetuosamente: "Vengan y bailen en nuestra graciosa presencia." ¿Qué mejor forma de hacer más grande su dolor? Pienso que es difícil encontrar un ejemplo más dramático del terror que produce la opresión. ¿Quienes impartieron esas órdenes no pensaban que incluso una prostituta tiene sentido del honor? ¿Por qué no podría tenerlo? ¿Qué piensa usted?

Se preguntaba a sí mismo más que a mí, pero no obstante arriesgué:

—Pueden tenerlo.

—Sí. Después de todo, Thaila era su hermano. No había perdido la vida en una disputa de juego. No había muerto en una pelea de borrachos. Con gran valentía había bebido la copa del martirio como un patriota. Había nacido de una prostituta, pero una prostituta es también una madre, y Shamshad y Almas eran sus hijas y las hermanas de Thaila. Se habían desmayado al ver el cuerpo de Thaila desgarrado por las balas, y cuando se levantó su cadáver amortajado dijeron tales palabras que al oírlas todo el mundo lloró.

—¿Fueron? —pregunté.

Mi compañero, tras una pausa, respondió a mi pregunta con tristeza:

—Sí, sí. Fueron muy bien vestidas y arregladas —había una nota de acritud en su voz—. Fueron maravillosamente ataviadas a divertir a sus anfitriones. Dicen que fue una completa orgía. Las dos hermanas exhibieron todo su arte. Vestían ropas ostentosas, sedas y brocados, y parecían hadas caucásicas. Circuló la bebida, y dicen que a las dos de la mañana un oficial superior indicó que la fiesta había terminado.

Mi compañero de viaje se levantó, dirigió la vista hacia afuera y comenzó a mirar los árboles. En el fondo del estrépito de las ruedas y los rieles sus palabras finales comen-

zaron a bailar en mi memoria: “la fiesta había terminado, la fiesta había terminado”. Arranqué de mi mente ese estrépito y pregunté a mi compañero:

—¿Qué sucedió entonces?

Apartando sus ojos de la instantánea fantasmagoría de árboles y líneas de electricidad, dijo con voz firme:

—Se arrancaron sus ropas ostentosas, y casi desnudas, dijeron: “Mírennos. Mírennos. Somos las hermanas de Thaila, ese mártir cuyo hermoso cuerpo sus balas acribillaron, porque dentro de él habitaba un espíritu enamorado de esta tierra. Somos sus bellas hermanas... Vengan, quemen nuestros hermosos cuerpos con el hierro ardiente de su deseo; pero antes de eso, permítannos escupir una vez sobre sus rostros.”

Tras decir esto quedó en silencio como si no quisiera decir nada más.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunté de inmediato. Las lágrimas velaron sus ojos.

—Las... las mataron a tiros.

No dije nada. El tren se detuvo poco a poco en la estación. Envié por un portador y le pidió que recogiera sus maletas. Cuando estaba a punto de partir, le dije:

—Tengo la sensación de que la historia que me acaba de contar tiene un final falso —se sorprendió y me miró.

—¿Cómo lo sabe?

—En su voz había una profunda agonía —le dije.

Mi compañero de viaje se aclaró la garganta, tragó con desprecio y dijo:

—Sí, esas bastardas —hizo una pausa— mancharon el nombre de un mártir, su hermano.

Tras decir esto, descendió a la plataforma y se marchó.

MOZEL

Trilochan miró por primera vez en cuatro años el cielo de la noche. Se sentía muy nervioso, cansado e indiferente y había subido poco antes a la terraza del edificio Advani Chambers para pensar al aire libre.

El cielo estaba claro. No se dejaba ver una sola nube y bajo su capa sin mancha yacía la ciudad de Bombay. Hasta donde podía ver se extendían luces que a Trilochan le parecían estrellas que, en la oscuridad de la noche, se habían tropezado con los árboles, y parpadeaban como luciérnagas. Para Trilochan, dormir bajo el cielo abierto de la noche era algo prácticamente nuevo.

Se sentía como si hubiera estado prisionero en su departamento durante cuatro años, privado de un gran regalo de la naturaleza. Eran cerca de las tres y soplaba una brisa lenta. Trilochan estaba habituado al sopro artificial del ventilador que producía un aire pesado. Cuando se levantaba por la tarde siempre sentía como si lo hubieran golpeado durante toda la noche. Pero ahora, bajo la brisa natural del amanecer, cada partícula de su cuerpo estaba en paz. Al subir, ni su corazón ni su cabeza se encontraban bien, pero en media hora la aflicción había pasado y ahora se sentía bien. Ahora podía pensar clara y metódicamente.

Kripal Kaur y toda su familia vivían en un barrio predominantemente musulmán, donde algunas casas habían sido incendiadas y alguna gente había muerto. Trilochan habría traído a Kripal Kaur y su familia a su departamento; pero había toque de queda y no se podía salir a la calle por algunas

horas, tal vez por dos días. En realidad, también Trilochan estaba en peligro.

Alrededor de él todos eran musulmanes y muy peligrosos además. Sin interrupción llegaban del Punjab informes de atrocidades cometidas con ellos. Se estremeció pensando en lo que un musulmán furioso podía hacer con Kripal Kaur para vengar las masacres de musulmanes en el Punjab.

La madre de Kripal Kaur era ciega y su padre se encontraba inválido. Tenía un hermano que desde hacía algún tiempo estaba en Devlālī para cumplir un contrato de construcción.

Trilochan estaba enojado con Niranjan, el hermano de Kripal Kaur. Le había dicho con palabras claras:

—Olvida tu contrato por el momento. Estamos en una situación muy difícil. Deberías quedarte con tu familia; pero si no quieres hacerlo, ven a mi departamento. Sin duda, hay poco espacio; pero son días difíciles y nos arreglaremos.

Tras oír su discurso, Niranjan había sonreído a través de su espesa barba y había dicho:

—Te preocupas en vano, *yār*. Esto no es Amritsar o Lahore. Bombay es Bombay. Tú has llegado a la ciudad hace sólo cuatro años; yo vivo aquí desde hace doce. ¡Doce años!

Niranjan —en su opinión— no comprendía lo que ocurría en Bombay. Pero Trilochan veía en el aire claro de la mañana que en el barrio casi no había seguridad. Estaba preparado para leer en los diarios de la mañana que la madre y el padre de Kripal Kaur habían sido asesinados.

No se preocupaba demasiado ni por la madre ni por el padre inválido de Kripal Kaur. Si eran asesinados y Kripal Kaur sobrevivía, para Trilochan estaba bien. Si su hermano Niranjan moría en Devlālī también estaba bien. En especial, Niranjan no era una gran piedra en su camino, sino sólo un guijarro. Cuando alguna vez hablaba sobre él con Kripal Kaur, en lugar de Niranjan Singh, lo llamaba *Kankar* (guijarro) Singh.

La brisa de la mañana soplabla de un lado a otro agitando el cabello de Trilochan y refrescando su cabeza; pero los

cambios de su corazón le inquietaban. Una y otra vez Kripal Kaur venía a su pensamiento. Era la hermana del fuerte y tosco Kankar Singh, pero ella era suave, tierna y flexible. Había crecido en una aldea, pero era delicada, diferente de las chicas sikhs corrientes que tenían que trabajar duramente y se volvían ásperas.

Tenía rasgos delicados y sus pechos eran pequeños; todavía crecían. Era de rostro más claro que la mayor parte de las muchachas sikhs, y, comparada con la mayor parte de ellas, era vergonzosa y retraída.

Trilochan también provenía de la misma aldea, pero aunque había vuelto muchas veces, no vivía allí desde hacía largo tiempo, desde que se había marchado a la ciudad para ir a la escuela. Cuando tenía vacaciones estudiaba para el colegio. Nunca había visto allí a Kripal Kaur, a pesar de que conocía a la familia. Solo la había encontrado en Bombay.

El tiempo del colegio había quedado muy atrás. En la terraza del edificio Advani Chambers la distancia era tal vez de diez años. Ese tiempo, en la vida de Trilochan, estaba colmado de horas maravillosas. Birmania, Singapur, Hong Kong y Bombay, donde vivía desde hacía cuatro años. Por primera vez en ese tiempo miraba el aspecto del cielo, que no estaba mal. En el azul parpadeaban miles de lámparas, y el aire era fresco y suave.

Comenzó a pensar en Kripal Kaur, pero pronto se encontró haciéndolo sobre Movel, la muchacha judía que vivía en Advani Chambers y de la que estaba perdidamente enamorado. Tan enamorado como nunca lo había estado en su vida.

Se había encontrado con ella el mismo día que él se mudó a Advani Chambers. Su primera impresión respecto de Movel había sido que estaba ligeramente loca. Llevaba el cabello castaño corto y siempre tenía un aspecto desarreglado. Usaba un tono de lápiz labial fuerte, color sangre, y un vestido amplio, cortado tan bajo en el escote que se podían ver

las tres cuartas partes de sus grandes pechos bamboleantes, recorridos por venas de un azul desvanecido. Sus labios no eran muy pequeños, pero las liberales cantidades de lápiz con que los cubría los hacían parecer gruesos.

El departamento de Trilochan estaba casi frente al suyo. Entre ambos había un pasillo angosto. Muy angosto. Trilochan estaba tratando de entrar en su departamento cuando ella apareció usando unas sandalias de madera que hacían un gran estrépito al caminar. Lo había mirado con sus grandes ojos y había reído. Trilochan estaba furioso. Sacó la llave del bolsillo y rápidamente abrió la puerta. Una de las sandalias de Mozel tropezó en el suelo de cemento y Mozel cayó sobre él. Cuando Trilochan reaccionó, Mozel estaba sobre él y había caído de tal forma que su vestido se había levantado y sus robustas piernas desnudas lo rodeaban. Cuando había intentado levantarla, se había encontrado envuelto en ella, en toda Mozel, y había rozado todo su cuerpo.

Trilochan, agitado, se había disculpado con cuidadosas palabras, y Mozel había bajado su vestido y había sonreído:

—Estas sandalias se resbalan todo el tiempo.

Luego había colocado cuidadosamente sus grandes pulgares dentro de las sandalias y se había marchado.

A pesar de que Trilochan temía que fuera difícil hacer amistad con Mozel, en muy pocos días se habían hecho grandes amigos. Sólo que ella era muy egoísta y no se preocupaba por Trilochan. Podía hacer que la llevara a cenar, al cine o a la playa a nadar, pero cuando intentaba ir más allá de tomarla de los brazos o besarla en los labios, lo reprendía.

Trilochan nunca antes había estado enamorado. En Lahore, en Birmania, en Singapur, solía tomar una muchacha por algunos días. Nunca se le había ocurrido que al llegar a Bombay se enamoraría perdidamente de una cabezadura joven judía.

Mozel tenía siempre un comportamiento extraño en el que la palabra amor no significaba nada. Se arreglaba con

presteza para ir al cine, pero cuando estaban ya en sus asientos comenzaba a mirar alrededor. Si encontraba algún antiguo amante, rápidamente se iba a sentar a su lado sin avisar a Trilochan.

Si se sentaban en un restaurante, Trilochan ordenaba una deliciosa comida, pero, en cuanto Moxel veía aparecer a un antiguo amigo, lo dejaba solo. Cuando a veces Trilochan se alejaba de ella, Moxel no lo buscaba, salía con sus antiguos amigos y conocidos y dejaba de verlo por unos días. A veces ella fingía que le dolía la cabeza o que se encontraba mal del estómago. Al respecto, Trilochan pensaba que el acero es duro y no se corroe fácilmente.

Cuando se encontraban, Moxel le decía:

—Eres un sikh. Eres incapaz de comprender nada sutil.

Sonriendo, Trilochan le preguntaba:

—¿Nada tan sutil como tus antiguos amantes?

Ella ponía las manos sobre sus amplias caderas redondas, separaba las piernas y decía:

—¿Por qué te burlas de mí? Sí, son mis amigos. ¿Estás celoso?, pues sigue celoso.

Trilochan preguntaba con aire de abogado astuto:

—¿Cómo vamos a seguir juntos de esta forma?

Moxel reía y le decía:

—Eres un verdadero sikh. ¿Quién te pidió que siguieras conmigo? Déjame hacerte una sugerencia. Ve y cástate en tu tierra con una muchacha sikh. Conmigo siempre te irá así.

Finalmente, Trilochan se suavizaba, porque Moxel se había convertido en su debilidad, y estaba ansioso por estar cerca de ella. A menudo lo humillaba frente a algún cristiano con quien había hecho relación poco antes. No tenía duda alguna de que con frecuencia se deshonraba por causa de Moxel, y se tragaba su derrota. Forzado por su corazón decidía ser paciente.

Normalmente, el resultado de los insultos y la deshonra es la muerte, pero ese no era el caso con Trilochan. Los ojos

de su corazón y entendimiento estaban cerrados y sus oídos tapados con algodón. Le gustaba Mozel. A menudo decía a sus amigos:

—Poco a poco entro en su corazón.

Dos años vivió esa vida deshonrosa, pero no se detuvo. Finalmente, un día, cuando Mozel se encontraba de buen humor, la tomó en sus brazos y le preguntó:

—Mozel, ¿no me amas?

Mozel se soltó, se sentó en una silla, miró su vestido, levantó sus grandes ojos judíos, cerró sus pesados párpados y dijo:

—No puedo amar a un sikh.

Trilochan sintió que una chispa podía hacerlo estallar:

—Siempre te burlas de mí. No de mí, sino de mi amor.

Mozel lo sacaba de quicio.

Ella se levantó, sacudió de un lado a otro su mata de cabello castaño y dijo con coquetería:

—Si te afeitaras la barba y te soltaras esos largos cabellos que guardas bajo el turbante, te aseguro que muchos hombres te guiñarían el ojo sugerentemente, porque eres guapo.

Trilochan sintió como si su cabello se incendiara. Arrastró rápidamente a Mozel hacia él, la estrechó en sus brazos y puso sus labios barbados sobre los de ella.

Ella lo apartó:

—¡Fiú!, ¡fiú! —dijo alejándose—. Me cepillé los dientes esta mañana. No tienes que molestarte.

—¡Mozel! —gritó Trilochan.

Mozel tomó un espejo de su bolso y comenzó a mirarse los labios y a dibujar sobre ellos una gruesa línea con lápiz labial.

—Te aseguro que no usas correctamente tus bigotes y tu barba. Podrían servir para limpiar muy bien el polvo de mi falda azul marino. Bastará con encontrar un poco de petróleo.

La cólera de Trilochan comenzó a llegar hasta su pecho, quien se mantenía en calma con dificultad. Con calma se sentó en un sofá.

Mozel se acercó, se sentó junto a él y comenzó a desenredar su barba, separando cada horquilla y sujetándola entre los dientes. Cuando el bigote y la barba no le habían crecido, la gente, al ver los cabellos sueltos de Trilochan, sufría una decepción al saber que era varón, porque pensaba que era una joven hermosa.

Era un joven cortés que respetaba sus deberes religiosos y cuyo corazón estaba cerca de su fe. No quería que esas cosas lo apartaran de su religión.

Cuando su barba, una vez libre de estorbos, colgó sobre su pecho, preguntó a Mozel:

—¿Qué estás haciendo?

Mozel sonrió, y sosteniendo las horquillas entre los dientes le dijo:

—Tienes un cabello muy suave. Pensaba, equivocadamente, que podría usarlo para sacudir mi falda azul marino. Dámelo, Trilochan, y te trenzaré un bonito monedero.

Cuando las chispas comenzaban a llegar a su barba, Trilochan miró gravemente a Mozel, y dijo:

—Hasta hoy nunca me he burlado de tu religión, ¿por qué te burlas tú? No está bien jugar con los sentimientos religiosos. No lo soporto, pero lo he tolerado porque te amo. ¿No lo sabías?

Mozel dejó de jugar con la barba de Trilochan y dijo:

—Lo sé.

—¿Entonces?

Trilochan acomodó cuidadosamente su barba, tomó las horquillas de los labios de Mozel y dijo:

—Sabes bien que mi amor no es sólo palabras. Quiero casarme contigo.

—Lo sé —dijo ella sujetando nuevamente la barba. Se levantó, se apoyó en la pared, miró fijamente y agregó:

—También yo casi he decidido que debo casarme contigo. Trilochan estuvo a punto de saltar.

—¿Sí?

Mozel abrió sus gruesos labios, sonrió y mostró por un instante sus dientes blancos.

—Sí.

Trilochan la abrazó en su forma habitual, sujetando la barba sobre el pecho.

—Entonces..., entonces, ¿cuándo?

Ella lo apartó.

—Cuando te hayas cortado el cabello.

Trilochan comenzó a tartamudear, pero no lo pensó mucho y dijo:

—Mañana me lo haré cortar.

Ella comenzó a bailotear con pasos de “tap” alrededor de la habitación.

—No lo dices en serio. ¡Tarloch, no tienes tanto coraje!

Trilochan expulsó de su mente su religión de por vida.

—Lo verás.

—Lo veré —dijo ella, y se acercó rápidamente a Trilochan, lo besó en los labios y salió diciendo—: “¡Fiú, fiú!”

Trilochan pasó la noche hundido en sus pensamientos, y decidió que la hipocresía de la religión no tenía sentido. Por ese motivo, al día siguiente fue a la zona del Fuerte y se hizo cortar el cabello y afeitarse la barba.

Mantuvo los ojos cerrados mientras la operación tenía lugar. Cuando estuvo terminada, miró largamente su rostro en el espejo. Se veía bien. Cualquier muchacha bonita de Bombay se habría sentido obligada a mirarlo otra vez.

Trilochan experimentó una extraña sensación al salir de la barbería y emprendió rápidamente el regreso a casa con el cabello corto. No abandonó su departamento durante el primer día. Al siguiente envió una carta a Mozal por medio de su empleada diciendo que no se encontraba bien y pidiéndole que lo visitara más tarde. Al ver a Trilochan sin su cabello, Mozal se detuvo un instante.

—Mi querido Tarloch —gritó y cayó en sus brazos.

Pasó sus manos por sus suaves mejillas y su cabello corto peinado al estilo inglés. Rió tanto que su nariz comenzó a moquear. Cuando se dio cuenta, levantó con calma su falda y se secó. Trilochan se sonrojó. Cuando Movel se bajó la falda, él le dijo sarcásticamente:

—Ponte algo debajo.

Movel no se impresionó. Con cansancio, sorprendida, se pintó los labios con el lápiz labial y dijo:

—Es muy excitante. Es por eso —respondió.

Trilochan recordó el primer día, cuando él y Movel se encontraron y se confundieron de esa extraña forma. Sonriendo, atrajo a Movel hacia su pecho.

—Casémonos mañana —dijo él.

—Por supuesto —respondió ella tocando el suave pecho de Trilochan.

Decidieron casarse en Poona, ya que se trataba de un casamiento civil y debía ser anunciado doce días antes. Era un procedimiento judicial y pensaron que sería mejor en Poona, que estaba cerca, y donde Trilochan tenía amigos. De acuerdo con lo previsto, al día siguiente debían ir a Poona.

Movel era vendedora en una tienda de la zona del Fuerte; cerca de ella había una parada de taxis. Movel le pidió que la esperara allí. Trilochan llegó al lugar a la hora fijada, y la esperó durante una hora y media, pero ella no vino. Después supo que se había ido a Devlālī con un amigo que acababa de comprar un coche nuevo y que se quedaría allí por un tiempo.

¿Cómo lo pasó Trilochan? Es una larga historia. Dicen que reunió valor y la olvidó. En ese momento encontró a Kripal Kaur y se enamoró de ella. Comprendió con el tiempo que Movel era una muchacha vulgar, con un corazón de piedra que saltaba de un lado a otro como un pájaro. Se sintió satisfecho de no haberse casado con ella, pero aun entonces, en ocasiones, su recuerdo lo sobresaltaba como un pinchazo, y al saberla perdida sentía un pesado dolor. Era “una desver-

gonzada, una deshonesta". No tenía sentimientos, pero aún así le gustaba. Por eso, de tanto en tanto se sentía forzado a pensar en ella: ¿Qué estaría haciendo en Devlālī durante tantos días? ¿Estaría con el hombre que había comprado el coche nuevo o lo habría abandonado para irse con algún otro? Aunque la conducta de Mozel hacia él estaba llena de esos hábitos, le dolía pensar que estaba lejos de él, con algún otro.

No quería gastar centenares de miles de rupias en ella, pero por su propia voluntad Mozel no elegía cosas caras. Le gustaban las baratijas. Una vez, Trilochan decidió regalarle unos pendientes de oro, pero ya en la tienda, Mozel los dejó de lado, se encaprichó con unas pequeñas imitaciones y unas fantasías baratas, y le suplicó que se las comprara. Hasta ahora Trilochan no lograba comprender qué clase de muchacha era Mozel, de qué material estaba hecha.

Se quedaba en la cama con él por horas, y le permitía besarla y le dejaba acariciar todo su cuerpo, pero no lo dejaba avanzar un paso más allá. Para irritarlo le decía:

—Tú eres sikh; yo odio a los sikhs.

Trilochan sentía que Mozel no lo odiaba. Si hubiera sido así, nunca habría salido con él. Su paciencia no era poca: había pasado dos años con ella.

No le gustaba la ropa interior porque le parecía una complicación. Muchas veces Trilochan quiso hablar con ella acerca de la necesidad de llevarla, e intentaba avergonzarla, pero Mozel nunca aceptaba sus palabras. Cuando Trilochan hablaba acerca de su vergüenza, se irritaba y le decía:

—¿Qué es esa vergüenza de la que hablas? Si consideras que algo es cierto, lo haces con los ojos cerrados. Tú me dices cómo debo vestirme para que un hombre no pueda desnudarme..., o para que tus miradas no puedan alcanzarme. Pero yo no comprendo ese palabrerío. Tú eres sikh, y yo sé que los sikhs usan unos calzones debajo de los pantalones porque es un deber que todos cumplen. También el modo en que lle-

vas la barba y el cabello son exigencias de tu religión. Necesitas la vergüenza, pero apenas comprendo que tu religión se esconda bajo la ropa interior.

Al comienzo, Trilochan, al escuchar esas cosas, enfurecía; pero luego, pensándolo, se apenaba y pensaba que tal vez sus palabras no fueran incorrectas. Cuando se hizo cortar la barba y el cabello, no sabía cuántos jóvenes debían llevar ese peso cuyo significado desconocían.

Trilochan se detuvo junto a una fuente de agua. Con un grueso insulto dejó de pensar en Mozel. Kripal Kaur era una muchacha pura, por eso él la amaba, y se encontraba en peligro. Vivía en una calle donde residían musulmanes estrictos, y donde se habían producido ya varios incidentes. El problema era que allí había un toque de queda de cuarenta y ocho horas. ¿Pero quién se preocupaba por éste? Si lo deseaban, esos musulmanes con facilidad podían entrar en la casa y acabar con Kripal Kaur, su padre y su madre. Pensando en eso, Trilochan se sentó sobre un grueso caño de agua. Su cabello había crecido mucho. Tenía la esperanza de recuperar su cabellera en un año. También su barba había crecido rápidamente, pero no iba a dejarla crecer tanto. Había en la zona del Fuerte un barbero que podía retocarla tan hábilmente que no parecería recortada.

Refrescó con los dedos su suave y delicado cabello. Había decidido levantarse cuando oyó el sonido de unas sandalias de madera. “¿Quién puede ser?”, pensó. Había algunas mujeres judías en el edificio, y todas ellas usaban las mismas sandalias de madera. El sonido de una voz llegó hasta él. Junto a otra fuente vio a Mozel. Temió que pudiera pasar a su lado sin detenerse. Trilochan se levantó del caño de agua. “¿De dónde ha venido?, ¿qué hace aquí a esta hora?”, pensó. Bajo su blusa podía ver bailar sus pesados pechos. Lo inquietó. Tosió con fuerza. Mozel se volvió y miró hacia él. Se acercó a Trilochan arrastrando sus sandalias de madera, examinó su corta barba y dijo sonriendo:

—Todavía es buena para sacudir mi falda azul marino con ella, pero la dejé allá, en Devlālī.

Trilochan permaneció en silencio. Ella apretó su brazo:

—¿Por qué no dices nada, *sardār sāhab*?

No quería presenciar otra muestra de su antigua estupidez; pero en la oscuridad habitual de la mañana vio en Mozel una debilidad que no le era habitual. Trilochan le preguntó:

—¿Has estado enferma?

—No...

Mozel miró sus cabellos cortados con un estremecimiento y dijo:

—¿Me veo más débil que antes? Estoy a dieta.

Se sentó sobre el grueso caño de agua y comenzó a golpear las sandalias sobre el suelo.

—¿Significa esto que eres sikh otra vez?

—Sí —respondió Trilochan con cierta aspereza.

—Felicitaciones —Mozel se quitó una sandalia del pie y comenzó a golpear el caño de agua.

—¿Estás enamorado de otra chica?

—Sí —dijo Trilochan suavemente.

—Felicitaciones. ¿Vive aquí, en este mismo edificio?

—No.

—Eso es muy malo... —dijo Mozel—. Un hombre siempre necesita contar con la opinión de los que ama.

Trilochan no respondió. Mozel lo molestó tomando su barba con los cinco dedos.

—¿Te la has dejado crecer por consejo de esa muchacha?

Trilochan estaba en un gran aprieto. Si se peinaba la barba se irritarían mutuamente, pero en cuanto le dijo “no”, Mozel se puso áspera.

El lápiz labial sobre los labios de Mozel les daba un aspecto de carne rancia. Mozel sonrió, y a Trilochan sus labios le recordaron dos gruesos trozos de carne de muslo como los que el carnicero le daba en el matadero de su aldea. Después de sonreír, Mozel rió abiertamente.

Trilochan se sobresaltó y estuvo a punto de decirle que estaba enamorado de una muchacha muy noble, piadosa, modesta y dulce, y que iba a casarse con ella; mientras que Movel, por el contrario, era sucia, fea y desvergonzada, una mujer sin corazón. Pero él no era un hombre tan indigno. Sólo le dijo:

—He decidido casarme. Hay una muchacha inocente en mi aldea, muy apegada a la religión, y es por ella que he decidido dejarme crecer la barba.

Movel no acostumbraba reflexionar, pero poco después lo hizo, giró en semicírculo sobre su talón y dijo:

—Si es una muchacha apegada a su religión, ¿por qué se casa contigo? ¿No sabe que una vez te afeitaste la barba?

—Ahora no lo sabe. Comencé a dejarme crecer la barba cuando te fuiste a Devlālī, sólo como expiación. Después conocí a mi Kripal Kaur, pero por la forma en que ato mi turbante no puedes adivinar que me he cortado el cabello. Pronto ya habrá crecido.

Movel se levantó su largo *kurtā* y comenzó a rascar su bello muslo.

—Eso está muy bien. Pero también aquí están esos malditos mosquitos. ¡Mira cómo me han picado!

Trilochan la miró nuevamente; aunque los mosquitos no la habían picado allí, se puso de pie con el *kurtā* levantado:

—¿Cuándo es tu casamiento?

—Todavía no lo sé —respondió Trilochan con voz muy profunda. Se hizo un silencio, pero entonces Movel preguntó con gran seriedad:

—¿En qué estás pensando, Trilochan?

Trilochan necesitaba un poco de simpatía, y por eso le contó toda la historia. Movel rió:

—Eres el idiota número uno. Ve y tráela, ¿cuál es el problema?

—¿Idiota? Movel, tú no puedes pensar correctamente acerca de esto. Ni siquiera comprendes el problema. Eres

una persona muy irresponsable. Esa es la razón por la que tú y yo no pudimos construir una relación. Y lo sentiré toda la vida.

Mozel golpeó con fuerza sus sandalias sobre el caño de agua.

—¡También lo siente la señora Temra, estúpido idiota! Lo que deberías pensar es cómo sacar a, ¿cuál era su nombre?, de ese barrio, y en cambio te sientas a llorar por nuestra relación. Nunca habría resultado. Eres un tipo de hombre tonto y muy cobarde. Yo necesito un hombre con valor. Pero dejemos estas cosas ahora y vayamos a traer a tu Kaur.

Tomó a Trilochan por el brazo. Trilochan la miró nerviosamente y le preguntó:

—¿De dónde?

—De donde está. Conozco cada ladrillo de ese barrio. Vamos, ven conmigo.

—Pero, escucha. Hay toque de queda.

—No para Mozel. Ven, vamos.

Arrastró a Trilochan hasta la puerta, bajo las escaleras, que no estaba cerrada con llave. Abrió la puerta, y ya estaba descendiendo, cuando se detuvo a mirar la barba de Trilochan.

—¿Qué pasa? —le preguntó Trilochan.

—Tu barba —le respondió Mozel—. Pero..., está bien. No es tan larga. Debes ir con la cabeza descubierta, así nadie te tomará por un sikh.

—¿Con la cabeza descubierta? —dijo furioso—. No iré con la cabeza descubierta.

—¿Por qué? —preguntó Mozel con cara de gran inocencia. Trilochan arregló su cabello y dijo:

—Tú no comprendes. No está bien que vaya allí sin turbante.

—¿Por qué no está bien?

—¿No entiendes por qué? Ella no me ha visto nunca sin turbante. Piensa que no me he cortado el cabello. No me

atrevo a dejar que piense de otra forma. No quiero que conozca mi secreto.

Mozel golpeó con fuerza sus sandalias de madera contra la puerta.

—No eres sólo un idiota de primera clase, sino también un asno. Se trata de salvar su vida. ¿Cuál es el nombre de esa Kaur de la que estás enamorado?

Trilochan intentó que comprendiera:

—Mozel, no tienes idea de cuán religiosa es. Si me ve con la cabeza descubierta comenzará a odiarme.

Mozel enfureció.

—¿Y tú amas a esa señora Temra? ¿Son todos los sikhs tan estúpidos como tú? Su vida está en peligro y tú dices que es necesario usar el turbante, y tal vez incluso esa ropa interior sin la cual nunca debes estar.

—La uso todo el tiempo —dijo Trilochan.

—Haces muy bien; pero piensa que es un barrio terrible donde viven tantos respetables hermanos musulmanes y tantos venerables ancianos. Si vas con turbante, en cuanto te vean te matarán.

Trilochan respondió brevemente.

—No me importa. Si voy allí contigo lo haré usando turbante. No quiero abandonar el amor en peligro.

—Eres un asno—dijo ella con irritación, y con tanto énfasis que sus pechos se agitaron.

—¿Dónde quedará tu amor cuando tú no estés? Cuando no estés, ¿cómo vivirá tu...? ¿Cuál era el nombre de esa muchacha? ¿Cómo vivirá su familia? Eres un sikh. Por Dios que eres sikh, y un sikh muy idiota.

—No digas tonterías— respondió bruscamente.

Mozel rió con fuerza, echó sus delicados brazos alrededor del cuello de Trilochan e, inclinándose un poco, dijo:

—Querido, hagamos como tú quieres. Ve y ponte el turbante. Te esperaré en el bazar —luego comenzó a bajar y Trilochan la detuvo:

—¿No te pones alguna ropa?

—No. Iré así —respondió Mozél volviendo la cabeza, y siguió bajando entre el resonar de sus sandalias.

Trilochan oyó el golpeteo por las escaleras, en el piso inferior; echó hacia atrás sus largos cabellos con los dedos; bajó a su departamento, y rápidamente se cambió de ropas. Se puso el turbante y lo ajustó a su cabeza; abrió la puerta de su departamento y descendió. Mozél estaba en la calle con las piernas abiertas, fumando un cigarrillo como suelen hacerlo los hombres. Cuando Trilochan llegó hasta donde estaba, Mozél le echó perversamente el humo en la cara.

—Eres muy mala —dijo Trilochan furioso.

Mozél rió.

—No dices nada nuevo. Ya antes me han dicho que soy mala —luego miró el turbante de Trilochan—. Realmente lo has atado bien para que parezca que tienes cabello.

El bazar estaba casi desierto. Sólo soplaba la brisa, y también ésta parecía temer el toque de queda. Las luces estaban encendidas, pero su resplandor era mortecino. Normalmente, a esta hora los trenes comenzaban a pasar, se iniciaba el ir y venir de la gente, y reinaba una gran agitación; pero ese día nadie se movía, nadie pensaba moverse.

Mozél caminó delante. Sus sandalias de madera golpeaban sobre las piedras de la calle. En una atmósfera de silencio, ese sonido era un gran tumulto. Trilochan pensó detenidamente pedir a Mozél que se quitara esas estúpidas sandalias y caminara descalza, pero temió que no aceptara, y no le dijo nada.

Trilochan sentía mucho miedo, y hasta el susurro de una hoja lo paralizaba; pero Mozél caminaba sin temor exhalando el humo de su cigarrillo, como si pasara despreocupadamente. Al llegar a una esquina oyeron la voz de un policía:

—¿Adónde van?

Trilochan tuvo miedo, pero Mozél se adelantó, llegó hasta el policía, sacudió alegremente la cabeza y dijo:

—¡Eres tú! ¿No nos conoces? Soy Movel —luego señaló hacia una calle—. Hacia allá vive mi hermana, que está enferma. Le llevo un doctor.

Mientras el policía trataba de tomar una decisión, Movel sacó un paquete de cigarrillos de su bolso, tomó uno y se lo dio.

—Fuma —le dijo.

El policía tomó el cigarrillo. Movel le ayudó a encenderlo con el suyo:

—Ya está.

El policía aspiró profundamente. Movel le guiñó el ojo izquierdo mientras con el derecho hacía una señal a Trilochan y se alejaron en dirección a una calle donde se habían producido disturbios.

Trilochan caminaba en silencio, pero sintió que Movel exhibía un extraño temple trabajando contra el toque de queda. Le gustaba jugar con el peligro. Venía con él, pero al hacerlo lo ponía en una situación difícil.

Agitada por las olas inseguras del océano había llegado lejos, siempre temiendo hundirse. Al regresar, su cuerpo estaba lleno de heridas azules, pero no le importaba.

Movel caminaba adelante de Trilochan, éste miraba a un lado y otro, temiendo que apareciera alguien para apuñalarlo. Movel se detuvo de repente. Cuando Trilochan llegó a su lado, le dijo con un gesto de comprensión:

—Tarloch, cariño, no es bueno tener miedo. Si tienes miedo, de algún modo siempre te sucede algo malo. Te digo la verdad, esa es mi experiencia.

Trilochan no respondió. Llegaron a la calle que conducía adonde vivía Kripal Kaur. De repente, Movel se detuvo. A cierta distancia saqueaban con gran tranquilidad una tienda. Intentó por un instante comprender lo que ocurría y dijo a Trilochan:

—No es nada, vamos.

Reemprendieron la marcha. Un hombre que llevaba un *parāt* muy grande sobre la cabeza se acercó, y al chocar con Trilochan se le cayó el *parāt*. El hombre lo miró atentamente y comprendió que era sikh. Deslizó una mano bajo la camisa para sacar un puñal, pero Mozel le hizo a un lado como si estuviera ebria, lo empujó y dijo con voz áspera:

—¿Qué haces? ¿Quieres matar a tu hermano? Vamos a casarnos —se volvió hacia Trilochan—. Karim, levanta ese *parāt* y pónselo sobre la cabeza.

El hombre sacó la mano de debajo de la camisa; miró con deseo a Mozel; se movió hacia adelante, y tocó sus pechos con el codo.

—Que lo disfrutes, cuñada, que lo disfrutes —dijo. Luego levantó el *parāt* y se marchó rápidamente.

Trilochan murmuró:

—¡Qué faena desvergonzada acabas de hacer!

Mozel posó su mano sobre sus pechos:

—Ningún trabajo desvergonzado. Todo está bien. Vamos.

Comenzó a caminar rápidamente con Trilochan. Pronto llegaron a la calle en que vivía Kripal Kaur.

—¿A qué calle vamos? —preguntó Mozel.

—La tercera. El edificio Nukkarvālī —respondió Trilochan en voz baja.

Mozel comenzó a caminar muy silenciosamente. Había una población numerosa, pero no se escuchaba ni el llanto de un niño. Cuando llegaron al edificio vieron un tumulto. Un hombre salió rápidamente de un edificio y entró a otro en el lado opuesto de la calle. Pocos minutos después, tres hombres salieron de ese edificio, miraron a ambos lados y con gran agilidad entraron en el primero. Mozel hizo a Trilochan una señal para que se escondiera en la oscuridad y le dijo en voz baja:

—Tarloch, cariño, quítate el turbante.

—No me lo puedo quitar —respondió Trilochan.

—Como quieras. Pero ¿no ves lo que pasa ante ti? —preguntó Movel irritada.

Ante sus ojos estaba sucediendo algo espantoso. Del lado izquierdo del edificio, salieron dos hombres cargando dos mujeres sobre sus espaldas. Todo el cuerpo de Movel comenzó a temblar. De sus cuerpos caía un líquido rojo y espeso. Movel se mordió los labios. Tal vez pensaba. Cuando los dos hombres llegaron hasta la otra calle y desaparecieron, le dijo a Trilochan:

—Mira, haremos esto. Voy a correr hasta el edificio Nakkarvālī. Tú vendrás detrás rápidamente, como si me persiguieras. No pienses, sólo hazlo.

Sin esperar la respuesta de Trilochan, corrió rápidamente hacia el edificio Nukkarvālī con sus sandalias de madera. Trilochan la siguió. En pocos instantes estaba dentro del edificio. Jadeaba cuando se detuvo junto a las escaleras, pero Movel respiraba normalmente.

—¿Qué piso? —preguntó a Trilochan.

Trilochan se pasó la lengua por los labios resecos y respondió.

—Segundo.

—Vamos —dijo Movel— y comenzó a subir las escaleras, mientras sus sandalias de madera resonaban a cada paso. Por todas partes había grandes manchas de sangre. Al verlas se les helaba el corazón.

Llegaron al segundo piso. Trilochan avanzó por el corredor y golpeó suavemente una puerta. Movel se había detenido junto a las escaleras.

Trilochan golpeó otra vez la puerta, y acercando el rostro llamó en voz baja:

—Mahangā Singh Jī, Mahangā Singh Jī.

Desde adentro, una voz respondió tenuemente:

—¿Quién es?

—Trilochan.

La puerta se abrió ligeramente. Trilochan hizo una señal a Movel, quien se acercó rápidamente y vio detrás de la puerta

a una muchacha joven y delicada, muy atemorizada. Mozel la miró atentamente por un momento. Su rostro y su nariz eran muy bonitos, pero estaba resfriada. Mozel levantó el borde de su amplio *kurtā* y le secó la nariz. Trilochan enrojeció. Mozel dijo a Kripal Kaur cariñosamente:

—No tengas miedo. Trilochan ha venido a sacarte de aquí.

Kripal Kaur miró a Trilochan con ojos atemorizados y se alejó de Mozel.

Trilochan dijo:

—Dile a *sardār sāhab* que se prepare, y a tu madre también, pero pronto —en ese momento se oyeron ruidos en el piso de arriba, gritos de pelea y quejidos. De la boca de Kripal Kaur se escapó un quejido.

—Lo deben haber agarrado.

—¿A quién? —preguntó Trilochan.

Kripal Kaur estaba a punto de decir algo cuando Mozel la tomó por un brazo y la llevó hasta un rincón.

—Quítate la ropa y toma ésta.

Kripal Kaur no tuvo tiempo de pensar. Rápidamente Mozel la despojó de su camisa. Kripal Kaur cubrió su cuerpo con los brazos, y se agachó avergonzada. Trilochan volteó la cara. Luego Mozel se quitó su amplio *kurtā*. También ella estaba completamente desnuda. Aflojó entonces rápidamente la cuerda del pantalón de Kripal Kaur, y mientras bajaba su *salwār* dijo a Trilochan.

—Vamos, llévatela de aquí... ¡No, espera!

Mientras decía eso, desató el cabello de la joven para que flotara sobre sus hombros.

—Vamos, váyanse rápido.

—Vamos —dijo Trilochan—, pero de inmediato se detuvo. Se volvió y miró en dirección de Mozel que estaba de pie allí, desnuda, con los vellos de sus delicados brazos erizados por el frío.

—¿Por qué no te vas? *

En la voz de Mozel había irritación.

—¿Y sus padres? —dijo Trilochan en voz baja.

—Que se vayan al infierno. Tú llévatela de aquí.

—¿Y tú?

—Ya me iré.

De pronto algunos hombres bajaron corriendo las escaleras desde el piso superior, llegaron hasta la puerta y comenzaron a golpearla para romperla y poder entrar.

En otra habitación se oía gemir a la madre ciega y al padre inválido de Kripal Kaur.

Mozel pensó un poco, sacudió ligeramente la cabeza y dijo a Trilochan:

—Escucha, sólo se me ocurre esto. Voy a abrir la puerta...

De los labios secos de Kripal Kaur se escapó un grito:

—¡La puerta!

Mozel se volvió hacia Trilochan diciendo:

—Voy a abrir la puerta y correr hacia afuera. Tú me seguirás. Subiré las escaleras, y tú vendrás detrás. Los que golpean la puerta se olvidarán de todo y vendrán detrás de nosotros...

—¿Y entonces? —preguntó Trilochan.

—Entonces esta muchacha, ¿cuál era su nombre?, tendrá una oportunidad para huir. Con estas ropas no le pasará nada.

Trilochan se apresuró a hacerle comprender su plan. Mozel gritó con fuerza, abrió la puerta y se echó sobre los que estaban afuera, que enloquecieron de furia. Aterrorizada, Mozel se encaminó hacia el piso superior. Trilochan corrió tras ella, y los atacantes los siguieron.

Mozel subió por las escaleras a oscuras; en los pies llevaba sus sandalias de madera. Los que habían intentado romper la puerta corrían juntos tras ellos. Mozel patinó, tropezó con la escalera, se golpeó con la barandilla y cayó. Trilochan regresó con ella y se agachó a mirarla: de su nariz y sus oídos caía sangre. Los hombres que habían intentado irrumpir en el departamento estaban reunidos a su alrededor. Alguno de ellos preguntó:

—¿Qué pasa?

Todos miraban en silencio el cuerpo blanco y desnudo de Mozel. Trilochan la tomó por un brazo y gritó:

—¡Mozel, Mozel!

Mozel abrió sus grandes y enrojecidos ojos judíos y sonrió. Trilochan se desató el turbante y cubrió su cuerpo desnudo. Mozel cerró los ojos, escupió sangre y dijo:

—Ven, mira dónde está mi ropa interior que no... Quiero decir que...

Trilochan comprendió lo que le indicaba, pero no quiso levantarla. Furiosa, Mozel le dijo:

—Eres un verdadero sikh. Ve. Ve a mirar.

Trilochan se dirigió al departamento de Kripal Kaur. Mozel miró a los hombres reunidos a su alrededor y les dijo:

—Es mi amante. Es musulmán, pero es tan extraño. Por eso yo lo llamo sikh.

Trilochan regresó. Con los ojos hizo comprender a Mozel que Kripal Kaur se había marchado. Mozel respiró, pero al hacerlo su boca sangró más.

—¡Oh, maldita sea —dijo mientras se cubría la boca con su velluda muñeca y decía a Trilochan—: Está bien, cariño... Adiós.

Trilochan comenzó a decir algo, pero las palabras no salían de su garganta. Mozel se quitó el turbante de Trilochan.

—Tómalo, tu religión... —dijo.

Y su mano cayó inerte sobre su fuerte pecho.



¡ABRE!

El tren especial partió de Amritsar a las dos de la tarde y llegó a Mugalpur, Lahore, ocho horas más tarde. En el camino muchas personas fueron asesinadas, muchas más resultaron heridas, y otras desaparecieron.

A las diez de la mañana, sobre la fría tierra del campo, cuando Sirājuddīn abrió los ojos, vio a su alrededor un agitado océano de hombres, mujeres y niños. Su capacidad de comprensión, débil al comienzo, disminuyó aún más. Se quedó hasta tarde mirando fijamente el cielo oscurecido mientras en el campo crecía la agitación; pero los oídos del anciano Sirājuddīn parecían estar tan cerrados que no oía nada. Tal vez, si alguien lo mirara, pensaría que estaba hundido en una profunda preocupación; pero no era así. Estaba conmocionado, toda su existencia suspendida sobre un pozo vacío.

Mirando sin querer hacia el cielo polvoriento, los ojos de Sirājuddīn se encontraron repentinamente con el sol. El sobresalto que esto le produjo sacudió todo su cuerpo y lo despertó. Algunas imágenes surgieron desde el fondo de su mente... Ataque... fuego... huida... estación de ferrocarril... noche... ¡Sakina! Sirājuddīn se incorporó repentinamente y comenzó a buscar como loco en el mar de cuerpos que estaba a su alrededor. Tres horas enteras gritó "¡Sakina, Sakina!" y buscó entre el polvo del campo; pero no encontró a nadie que supiera de su joven hija única.

En todas partes prevalecía una total confusión y la gente buscaba hijos, madres, esposas e hijas perdidas. Sirājuddīn,

agotado, se sentó a un costado, e intentó pensar con claridad cuándo y dónde se había separado de Sakina y su madre. Pensando, vino a su mente la imagen del cadáver de la madre de Sakina, del que escapaban los intestinos. En el futuro no podría pensar en otra cosa.

La madre de Sakina estaba muerta, la habían matado frente a los ojos de Sirājuddīn. Pero ¿dónde estaba Sakina? Su madre, muriéndose, había dicho acerca de ella:

—Déjenme y llévense a Sakina corriendo de aquí.

Sakina estaba entonces con él. Los dos, descalzos, habían comenzado a correr. El *dupattā* de Sakina se había caído al suelo, y él se había detenido a recogerlo. Sakina le había dicho “déjalo, padre”, pero él lo había recogido.

Podía sentir un bulto en el bolsillo de su chaqueta. Buscó con la mano y sacó una pieza de tela. Era el *dupattā* de Sakina, pero ¿dónde estaba ella? Sirājuddīn hacía grandes sumas en su cabeza, pero no llegaba a resultado alguno.

¿Había llegado Sakina con él hasta la estación de ferrocarril? ¿Había subido al vagón con él? ¿Era cierto entonces que en el camino, cuando el tren se había detenido y habían subido hombres armados, él se había desmayado y se habían llevado a Sakina?

En la cabeza de Sirājuddīn había preguntas, pero ninguna respuesta. Necesitaba compasión, pero toda la gente que se encontraba a su alrededor tenía la misma necesidad. Sirājuddīn deseó llorar, pero las lágrimas no llegaban hasta sus ojos.

Seis días más tarde volvió en sí. Sirājuddīn encontró gente dispuesta a ayudarlo. Eran ocho hombres jóvenes con un camión y fusiles. Sirājuddīn los bendijo mil veces y les dio una descripción de Sakina.

—Es blanca, muy bonita. No, no se parece a mí, sino a su madre. Tiene cerca de diecisiete años. Ojos grandes, cabello negro, un lunar en la mejilla izquierda. Es mi única hija. Búsquenla, y que Dios los bendiga.

Los jóvenes, dándole confianza, dijeron al anciano Sirājuddīn con gran entusiasmo:

—Si su hija está viva, en algunos días estará con usted.

Los ocho jóvenes lo intentaron. Arriesgando sus vidas fueron hasta Amritsar, habían recobrado muchas mujeres, niños y hombres y los habían llevado a lugares seguros. Pasaron diez días sin encontrar a Sakina.

Un día, haciendo su trabajo encontraron camino de Amritsar a una joven al lado de la carretera. Al oír el ruido del motor se había asustado y había huido corriendo. Los jóvenes apagaron el motor y corrieron tras ella. Finalmente la alcanzaron en un campo. Vieron que era muy bonita y que tenía un lunar en la mejilla izquierda. Uno de ellos le dijo:

—No temas. ¿Tu nombre es Sakina? —el rostro de la joven palideció, pero no respondió.

Sin embargo, cuando la consolaron y lograron calmar sus nervios, confesó que era Sakina, la hija de Sirājuddīn.

Los jóvenes fueron corteses con ella. La alimentaron, le dieron leche para beber y la sentaron en su camión. Uno de ellos le había dado su chaqueta para que se cubriera porque, como no tenía su *dupaṭṭā*, se sentía incómoda e intentaba nerviosamente cubrir sus pechos con los brazos.

Pasaron algunos días y Sirājuddīn no tenía ninguna noticia de su hija. Pasaba su tiempo de campamento en campamento buscándola, y vivía averiguando en las oficinas. Por la noche rezaba por el éxito de los jóvenes que buscaban a su hija. Sus palabras alentadoras resonaban en sus oídos: “Si Sakina está viva, en unos días la traeremos con usted”.

Un día Sirājuddīn vio a los jóvenes en el campamento. Estaban sentados en el camión a punto de partir. Cuando preguntó a uno de ellos “hijo, ¿qué saben de mi Sakina?”, todos al unísono le respondieron: “La encontraremos, la encontraremos”, y encendieron el motor.

Nuevamente Sirājuddīn rezó por el éxito de los jóvenes y se sintió en paz.

Una tarde, en el campamento, cerca de donde Sirājuddīn estaba, se produjo un tumulto. Cuatro hombres llevaban algo. Preguntó y supo que habían encontrado a una joven inconsciente cerca de las vías del ferrocarril. La llevaban al hospital del campamento. Sirājuddīn comenzó a seguirlos. Los hombres dejaron a la joven en el hospital y se marcharon.

Sirājuddīn permaneció afuera del hospital por algún tiempo, y luego entró y se detuvo en un pasillo. Luego avanzó muy lentamente. En un cuarto no había nadie, sólo una camilla sobre la que yacía un cuerpo.

Sirājuddīn avanzó un poco más. De pronto se encendió una luz en la habitación. En el resplandor, Sirājuddīn vio por un instante un rostro pálido y gritó: “¡Sakina!”

El doctor que había encendido la luz de la habitación miró a Sirājuddīn:

—¿Qué pasa?

Sirājuddīn logró decir:

—Soy... soy su padre.

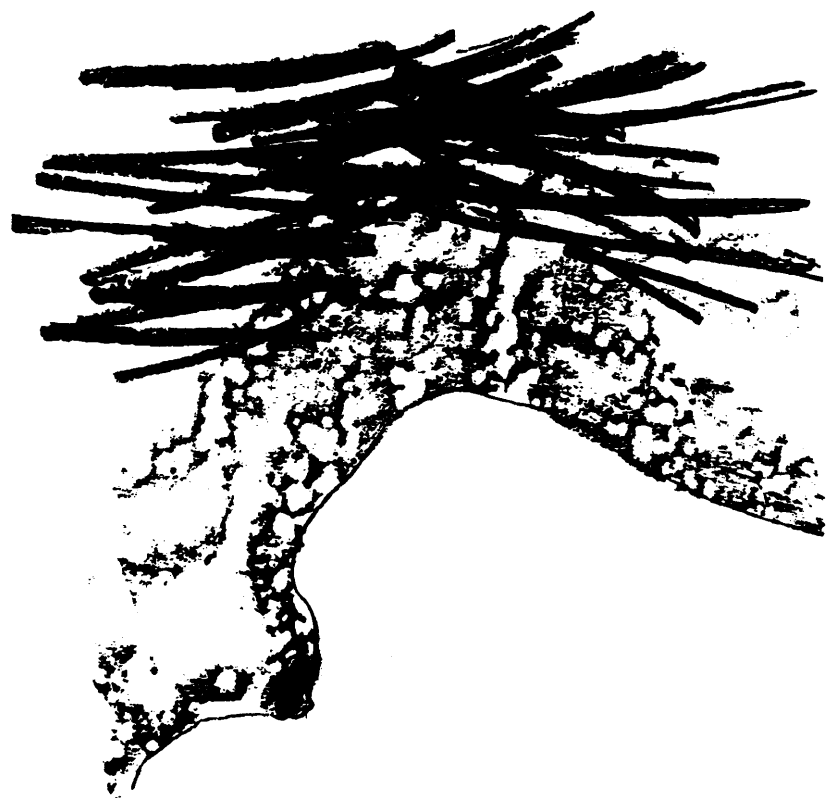
El doctor miró el cuerpo acostado y buscó su pulso. Luego dijo a Sirājuddīn:

—Abra la ventana.

El cuerpo de la joven de la camilla se movió ligeramente. Sus manos sin vida buscaron la cuerda que sostenía el *sakwār* alrededor de su cintura y se deslizó la ropa.

—Está viva. Mi hija está viva —gritó el anciano Sirājuddīn con alegría.

El médico sintió que el sudor lo bañaba de pies a cabeza.



TOBA TEK SINGH

Un par de años después de la División, a los respectivos gobiernos de India y Paquistán se les ocurrió que, como en el caso de los prisioneros, debían también ser transferidos los internos de los asilos para locos. Los locos musulmanes internados en India debían ser transferidos a Paquistán, y los locos sikhs e hindúes internados en asilos paquistaníes debían ser enviados a India.

No sabemos si se trataba de una idea razonable o no, pero de acuerdo con la opinión de los conocedores, tuvieron lugar muchas conferencias de importantes funcionarios de ambos lados y, al fin, se dispuso un día para intercambiar a los pacientes. Los detalles fueron cuidadosamente planeados. Los locos musulmanes cuyos parientes todavía residían en India no sufrieron molestia alguna, pero el resto fue transferido. Aquí en Paquistán, la situación era ligeramente diferente, dado que casi toda la población de hindúes y sikhs ya había emigrado a India. Por eso no se planteó la custodia de locos no musulmanes en Paquistán. Todos los locos hindúes y sikhs fueron enviados a la frontera escoltados por la policía.

Aunque no se sabe cuál fue la reacción en India, cuando la noticia llegó al manicomio de Lahore, en Paquistán, se convirtió de inmediato en tema de una acalorada discusión.

A un loco musulmán, lector habitual del flamígero periódico *Zamindār*, cuando se le preguntó qué era Paquistán, respondió tras profunda reflexión:

—El nombre de un lugar en India donde se fabrican navajas para degollar.

Esta profunda observación fue recibida con visible satisfacción.

Un interno sikh preguntó a otro sikh:

—Sardār Jī, ¿por qué nos envían a India? Ni siquiera conocemos el lenguaje que hablan en ese país.

El hombre sonrió:

—Conozco la lengua del Hindustán. Esos demonios siempre se pasean como si fueran los amos de la tierra.

Un día, mientras tomaba un baño, un paciente musulmán pronunció el reclamo *Pakistan Zindabad* con tal entusiasmo que se resbaló y fue encontrado más tarde inconsciente en el piso.

No todos los internos estaban locos. Algunos eran perfectamente normales, salvo que eran asesinos. Para evitarles el lazo del verdugo, sus familias habían conseguido que los enviaran allí, sobornando a toda una cadena de funcionarios. Tenían una vaga idea del por qué India era dividida, y sobre qué era Paquistán; pero para el presente caso, tampoco estaban conscientes de la realidad.

Los periódicos no les servían de ayuda, y los guardianes del asilo eran analfabetos y bárbaros. De sus conversaciones no se podía concluir nada. Algunos decían que había un hombre llamado Mohammed Ali Jinnah, que tenía el título de El Quaid-e-Azam, y había conseguido para los musulmanes un país independiente, llamado Paquistán. Los internos no sabían ni dónde estaba ubicado Paquistán ni dónde estaban sus fronteras. A eso se debía que incluso los locos que no estaban totalmente perdidos fueran incapaces de decidir si se encontraban en India o Paquistán. Si estaban en India, ¿dónde se encontraba Paquistán? ¿Y cómo podían encontrarse en Paquistán, si hasta el día anterior, viviendo en el mismo lugar, estaban en India?

Un interno estaba tan profundamente atrapado en esa confusión acerca de Paquistán e India, India y Paquistán, que un día sufrió una crisis mientras barría el piso: dejó caer la

escoba, trepó al árbol más cercano y se instaló en una rama, punto aventajado desde el que habló durante dos horas acerca del delicado problema de India y Paquistán. Cuando los guardias le pidieron que bajara, él, lejos de hacerlo, subió a una rama más alta, y cuando lo amenazaron con castigarlo declaró:

—No quiero vivir ni en India ni en Paquistán; quiero vivir en este árbol.

Cuando finalmente se tranquilizó, bajó y abrazó llorando a sus amigos hindúes y sikhs. Sufría pensando que estaban a punto de abandonarlo para ir a India.

Un musulmán ingeniero en radios, quien tenía una maestría en ciencias y era muy diferente de los otros locos, aficionado a dar largos paseos en silencio durante el día, se sintió tan afectado por el debate que se quitó todas las ropas, las entregó a uno de los empleados y corrió desnudo al jardín.

Un musulmán de Chinnot, llamado Muhammad Ali que había sido uno de los más abnegados trabajadores de la Liga Musulmana y se había obsesionado con bañarse quince o dieciséis veces al día, había dejado repentinamente de hacerlo y había anunciado que era Quaid-e-Azam Mohammed Ali Jinnah. Esto había llevado a un interno sikh a declararse el “Maestro Tara Singh”, líder de los sikhs. En previsión de graves disturbios comunales, las autoridades los declararon peligrosos y los encerraron en celdas separadas.

Había un joven abogado hindú de Lahore, quien perdió la razón después de un infortunado asunto amoroso. Cuando se le dijo que Amritsar iba a convertirse en parte de India, se deprimió porque su amada vivía en Amritsar, algo que no había olvidado ni siquiera en su locura. Ese día maldijo a cada uno de los líderes hindúes y musulmanes, importantes o menores, que habían cortado a India en dos, convirtiendo a su amada en india y a él en paquistaní.

Cuando las noticias acerca del intercambio llegaron al asilo, sus amigos lo felicitaron porque iba a ser enviado a

India, el país de su amada. Sin embargo, él declaró que no tenía intención de abandonar Lahore, porque su actividad no iba a prosperar en Amritsar.

Había dos locos angloindios en la sala europea. Cuando se les anunció que los británicos se marchaban a casa después de conceder la independencia a India, cayeron en un estado de profunda conmoción y fueron vistos hablando en susurros durante toda la tarde. Estaban preocupados por su nuevo estatus tras la independencia. ¿Habría todavía una sala europea o sería abolida? ¿Se les continuaría sirviendo el desayuno o tendrían que sustituirlo por el detestable *chapati* indio?

Un sikh había pasado en el manicomio los últimos quince años. Cuando hablaba, pronunciaba siempre el mismo galimatías: "O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de la linterna." Los guardianes afirmaban que no había dormido ni siquiera un instante, ni de día ni de noche, en quince años. Ocasionalmente se le podía observar recostado contra una pared, pero el resto del tiempo permanecía siempre de pie. Debido a esto, sus piernas y sus pantorrillas estaban permanentemente hinchadas, cosa que no parecía molestarle. A pesar de esto nunca descansaba acostado. Cuando la gente hablaba de la transferencia de los locos de India y Paquistán, escuchaba atentamente. Cuando se le pedía su opinión, observaba profundamente:

—O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung del gobierno de Paquistán.

Ultimamente, sin embargo, el gobierno de Paquistán había sido reemplazado por el gobierno de Toba Tek Singh. También había comenzado a preguntar a quién se uniría Toba Tek Singh, su pequeño pueblo natal en el Punjab; pero nadie sabía con seguridad si se encontraba en India o en Paquistán.

Quienes intentaron responderle quedaron completamente confundidos ante este misterio cuando se les dijo que Sialkot, que antes estaba en India, ahora se encontraba en Paquistán. Nadie sabía qué podía pasar con Lahore, que en

ese momento estaba en Paquistán, pero que podía deslizarse hacia India en cualquier momento. Acaso toda la India se convertiría en Paquistán. ¿Y quién podía asegurar si un día ambos, India y Paquistán, no se desvanecerían completamente del mapa del mundo?

El sikh había perdido casi todo su cabello, que era poco, y debido a que rara vez se bañaba, estaba pegoteado, lo que le daba un aspecto horrible, incluso aterrador. No obstante, era un individuo inofensivo, y en quince años no había peleado con nadie. Los empleados más antiguos del asilo sabían que era un próspero terrateniente de Toba Tek Singh que había enloquecido repentinamente. Sus parientes lo llevaron atado y encadenado. Eso había sucedido quince años atrás.

Sus familiares solían visitarlo una vez al mes, pero, desde que comenzaron los disturbios comunales por el problema de la División, dejaron de hacerlo. Su verdadero nombre era Bishan Singh, pero todo mundo lo llamaba Toba Tek Singh. Vivía en una especie de limbo, sin tener idea de qué día de la semana era, o qué mes, o cuántos años habían pasado desde su confinamiento. Sin embargo, desarrolló un sexto sentido en relación con el día de visitas, y entonces solía bañarse, enjabonaba su cuerpo, untaba con aceite y peinaba su cabello, y pedía ropas limpias que no usaba el resto del tiempo. Nunca decía nada durante esos encuentros, salvo ocasionales estallidos de: "O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de la linterna".

Cuando lo encerraron dejó una hija pequeña, quien ahora era una joven de quince años. Bishan no la reconocía en absoluto. Cuando todavía era niña y venía a visitarle lloraba mucho al ver a su padre en esa condición; cuando fue mayor, todavía caían lágrimas de sus ojos. En el extraño mundo que él habitaba, el de la joven era sólo otro rostro.

Desde el comienzo de este asunto de India y Paquistán había comenzado a preguntar a sus compañeros dónde se

encontraba exactamente Toba Tek Singh. Como no recibía ninguna respuesta satisfactoria, se sentía cada día más inquieto. Las visitas cesaron. Su sexto sentido, que antes le recordaba el día de las visitas, también se había atrofiado.

Extrañaba a su familia, los dulces y las ropas que le traían y la preocupación con que le hablaban. Estaba seguro de que le habrían dicho si Toba Tek Singh se encontraba en India o en Paquistán. Sentía, también, que venían de Toba Tek Singh, en donde estaban sus tierras.

Uno de los internos se había proclamado Dios. Cuando Bishan Singh le preguntó un día si Toba Tek Singh se encontraba en India o en Paquistán, el hombre respondió entre dientes:

—Ni en India ni en Paquistán, porque hasta ahora no he dado órdenes al respecto.

Bishan Singh suplicó a Dios que formulara las órdenes necesarias para que su problema se solucionara, pero se sintió defraudado porque Dios parecía estar muy ocupado con cuestiones más urgentes. Finalmente, harto, le dijo:

—O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung del Guruji de la Khalsa y de los dictámenes del Guruji... jo boley so nihāl sat sri akal.

Probablemente, lo que quería decir era: “No atiendes mis súplicas porque eres un Dios musulmán. Si fueras un Dios sikh seguramente me habrías escuchado.”

Pocos días antes de que el intercambio tuviera lugar, uno de los amigos musulmanes de Bishan Singh en Toba Tek Singh vino a verlo por primera vez en quince años. Bishan Singh lo miró una vez y se alejó hasta que un guardia le dijo:

—Este es tu amigo Fazal Din. Ha venido hasta aquí para verte.

Bishan Singh miró a Fazal Din y comenzó a murmurar algo. Fazal Din puso su mano en el hombro de su amigo y dijo:

—Hace mucho que deseo venir a traerte noticias, pero no he tenido tiempo. Toda tu familia está bien y se ha

marchado a India con seguridad. Hice lo que pude para ayudarlos. Tu hija Rūp Kaur ... —dudó; Bishan Singh trató de recordar algo— también se encuentra a salvo..., se marchó con ellos.

Bishan Singh permaneció en silencio. Fazal Din continuó:

—Tu familia quería que me asegurara de que te encontrabas bien. He oído que pronto partirás hacia India. ¿Qué más puedo decirte? Dales mis saludos al hermano Bibir Singh, al hermano Vadhawa Singh y a la hermana Amrit Kaur. Di al hermano Bibir Singh que Fazal Din se encuentra bien por gracia de Dios. Las dos búfalas marrones que dejó aquí se encuentran bien. Ambas dieron a luz terneros, pero desafortunadamente, uno de ellos murió a los seis días. Diles que me hagan saber en qué puedo servirles, que yo siempre estoy dispuesto —luego agregó—: Aquí hay algunos bizcochos de arroz hechos en casa.

Bishan Singh tomó el regalo y lo pasó a uno de los guardias.

—¿Dónde está Toba Tek Singh? —preguntó.

—¿Dónde? Está donde siempre ha estado.

—¿En India o en Paquistán?

—En India... no, en Paquistán.

Sin decir otra palabra, Bishan Singh se alejó murmurando:

—O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung del Paquistán y el Hindustán se van al infierno.

Mientras tanto, los arreglos estaban concluyendo rápidamente. Los gobiernos habían intercambiado listas de locos de los dos lados y se fijó la fecha de la transferencia.

Hacía mucho frío cuando los autobuses llenos de locos hindúes y sikhs, acompañados por policías armados y funcionarios, comenzaron a partir desde el asilo de Lahore hacia Wagha, la línea divisoria entre India y Paquistán. Funcionarios

superiores de ambos países a cargo del intercambio se reunieron, firmaron los documentos, y la transferencia comenzó.

Hacer descender a los hombres de los autobuses y entregarlos a los funcionarios era una tarea difícil. Algunos simplemente se negaban a bajar. Los que se dejaban convencer eran difíciles de controlar porque comenzaban a correr atropelladamente en todas direcciones. Algunos estaban desnudos. Todos los esfuerzos para conseguir que se cubrieran fracasaban porque era imposible impedir que se arrancaran las ropas. Algunos gritaban insultos o cantaban. Otros lloraban amargamente. Se produjeron numerosas disputas.

En suma, prevalecía una completa confusión. Las mujeres locas también eran transferidas, y agregaban aún más ruido. Hacía un frío cruel.

La mayor parte de los internos parecía estar completamente en contra de la transferencia. Simplemente no podían entender por qué eran expulsados por la fuerza; arrojados en autobuses, y conducidos a ese extraño lugar. Algunos que podían entender algo gritaban “¡Viva Paquistán!” y “¡Muera Paquistán!” Dos o tres veces estuvieron a punto de producirse incidentes porque algunos sikhs y musulmanes se sentían provocados por los gritos.

Cuando Bishan Singh fue conducido al otro lado de la valla y se le preguntó su nombre para apuntarlo en un registro, interrogó al funcionario detrás del escritorio:

—¿Dónde está Toba Tek Singh?

—En Paquistán —respondió con una risa vulgar.

Bishan Singh corrió y se reunió con sus compañeros, pero fue detenido por los guardias paquistaníes, que intentaron empujarlo hacia India a través de la línea divisoria. No se movió, preguntó:

—¿Es esto Toba Tek Singh? —y comenzó a gritar—: O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de Toba Tek Singh y Paquistán.

Se hicieron muchos esfuerzos para explicarle que Toba Tek Singh ya era parte de India, o lo sería próximamente; pero no hicieron efecto en Bishan Singh. Cuando los guardias intentaron usar la fuerza, se alzó sobre sus piernas hinchadas como si ningún poder en el mundo pudiera moverlo de allí.

Como era un hombre inofensivo y ya viejo, no se hizo ningún otro intento de arrojarlo a India. Se le permitió permanecer en donde quisiera mientras el intercambio continuaba. Cayó la noche.

Poco antes del amanecer, Bishan Singh, el hombre que había permanecido sobre sus piernas durante quince años, gritó, y mientras funcionarios de ambos lados corrían hacia él, cayó a tierra.

Allí, detrás del alambre de espinos, a un lado estaba India, y detrás de más alambre de espinos, al otro lado, Paquistán. En medio, en un trozo de tierra sin nombre, yace Toba Tek Singh.

CARNE FRÍA

Cuando Ishvar Singh entró en la habitación del hotel, Kulwant Kaur se levantó de la cama, lo miró con sus ojos penetrantes y corrió el cerrojo de la puerta. Era medianoche. La ciudad estaba hundida en un silencio extraño y ominoso.

Kulwant Kaur regresó a la cama; se sentó con las piernas cruzadas intentando contener su emoción. Ishvar Singh, hundido en penosos recuerdos, permaneció silencioso en un rincón, sosteniendo distraídamente su *kirpān* entre las manos. El silencio duró unos instantes.

Poco después, Kulwant Kaur no encontró cómoda su postura; dejó colgar sus piernas y comenzó a balancearlas. Ishvar Singh todavía no había dicho nada.

Kulwant Kaur era una mujer de manos y pies grandes, amplias caderas, muslos gruesos y pechos muy grandes. Sus ojos eran agudos y brillantes, y sobre su labio superior había un vello levemente azulado. Su pecho era el de una mujer de gran resolución.

Ishvar Singh, silencioso, permanecía de pie en un rincón. Su turbante, que siempre mantenía firmemente en su lugar, estaba flojo. Sus manos, habituadas a sostener el *kirpān*, temblaban ligeramente. Con su sólida figura masculina, parecía evidente que encarnaba el hombre adecuado para Kulwant Kaur.

Pasaron un tiempo más en silencio, y Kulwant Kaur se sintió desbordada; pero haciendo girar sus ojos dijo con voz aguda: ¡Ishrsiān!

Ishvar Singh levantó la cabeza, y la miró, pero fue incapaz de soportar el calor de la mirada de Kulwant Kaur y dirigió la vista en otra dirección.

Kulwant Kaur gritó ¡Ishrsiān!, luego bajó la voz, se levantó del *palang* y dijo:

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

Ishvar Singh se humedeció los labios resecaos y dijo:

—No lo sé.

Kulwant Kaur perdió la paciencia.

—¿Qué respuesta de mierda es ésa?

Ishvar Singh tiró su *kirpān* a un lado y se dejó caer sobre la cama. Parecía llevar días enfermo. Ella lo miró, y su cólera pareció abandonarla. Puso la mano en su frente y le preguntó con ternura:

—¿Qué pasa, *jānī*?

Ishvar Singh miraba el techo. Se volvió hacia Kulwant Kaur y tocó su rostro.

—Kulwant.

Había dolor en su voz, y Kulwant Kaur frunció los labios:

—Sí, *jānī* —y se mordió los labios.

Ishvar Singh se quitó el turbante; la miró buscando ayuda; se golpeó el muslo, y dijo para sí mismo: “Me siento mal.” Se soltó el cabello y Kulwant Kaur comenzó a enredar sus dedos en él y le preguntó con cariño:

—Ishrsiān, ¿en dónde has estado todo este tiempo?

—En casa de mi mala madre —Ishvar Singh observó a Kulwant Kaur, la atrajo hacia sí y comenzó a apretar sus pechos con ambas manos—. Juro por el Gurú que eres una mujer excitante.

Ella lo hizo a un lado con coquetería:

—Júralo por mí. ¿Dónde has estado? ¿Fuiste a la ciudad?

Ishvar Singh recogió su cabello en un rodete y respondió:

—No.

Kulwant Kaur estaba irritada.

—Sí. Estoy segura de que fuiste a la ciudad; robaste mucho dinero y me lo ocultas.

—Si te mintiera no sería el hijo de mi padre —dijo él.

Ella permaneció en silencio por un momento, pero luego explotó:

—No entiendo qué te pasaba la otra noche. Estabas acostado a mi lado y me hiciste usar todo lo que habías robado en la ciudad. Me estabas besando y, de repente, quién sabe qué se te ocurrió, te levantaste, te pusiste la ropa y te marchaste.

Ishvar Singh palideció. Kulwant Kaur lo vio y le dijo:

—Has perdido el color, Ishrsiān. Por el Guru, aquí hay algo malo.

—Te lo juro por tu vida, no hay nada.

La voz de Ishvar Singh parecía hueca. Kulwant Kaur dudaba. Se mordió el labio:

—¿Qué dices, Ishrsian? No eres el hombre de hace ocho días.

Ishvar Singh se sentó, incorporándose súbitamente. Se sentía molesto. De pronto, tomó a Kulwant Kaur en sus brazos y comenzó a acariciarla y besarla ferozmente.

—*jānī*, soy la misma de siempre. Abrazame más fuerte para que vuelva el calor a tus huesos.

Kulwant Kaur no podía más, pero siguió preguntando:

—¿Qué te pasó aquella noche?

—Nada.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—No hay nada que contar.

—Ishrsiān, que quemes mi cuerpo con tus propias manos si me mientes.

Ishvar Singh no respondió. Echó sus brazos en torno al cuello de Kulwant Kaur y la besó, y cuando su bigote rozó su nariz, Kulwant Kaur estornudó. Comenzaron a reír.

Ishvar Singh comenzó a quitarse la *sadarī*, mirando con deseo a Kulwant Kaur.

—Ven, *jānī*. Juguemos a las cartas.

Sobre el labio superior de Kulwant Kaur aparecieron gotas de sudor. Volvió sus ojos con coquetería y dijo:

—¡Sal!

Ishvar Singh mordió sus labios y ella saltó apartándose.

—Ishrsiān, no hagas eso. Duele.

Ishvar Singh apretó su cintura con fuerza, y Kulwant Kaur, agitada, se apartó.

—No, Ishrsiān. Duele.

Ishvar Singh se inclinó y comenzó a morder con sus dientes los labios de Kulwant Kaur. Ella se sintió derretir. Ishvar Singh le quitó el *kurtā* y le dijo:

—Vamos a jugar.

Miró su cuerpo desnudo y apretó sus brazos.

—Kulwant, te juro por el Gurú que eres una mujer deliciosa —le dijo entre besos.

Kulwant Kaur examinó la piel que él había pellizcado. Estaba roja.

—Ishrsiān, eres un verdadero bruto.

Ishvar Singh sonrió detrás de su espeso bigote negro.

—Entonces habrá brutalidad esta noche —y comenzó a probar lo que había dicho. Mordió los labios y los lóbulos de Kulwant Kaur; acarició sus pechos; dio palmadas resonantes en sus caderas, y plantó grandes besos húmedos en sus mejillas. Kulwant Kaur comenzó a hervir de pasión como una tetera en el fuego.

A pesar de todos sus esfuerzos por excitarse, Ishvar Singh no sentía el fuego que lleva al inevitable acto de amor. Como un luchador que ha tenido buenos tiempos, empleó cada una de las tretas que conocía para encender el fuego en su ijada, pero se le escapaba. Sintió frío. Kulwant Kaur era ahora un instrumento demasiado afinado.

—Ishrsiān —murmuró ella lánguidamente—, ya has barajado bastante; ahora lanza tu dardo.

Ishvar Singh sintió como si todo el mazo de cartas se le hubiera caído. Se apoyó contra ella respirando pesadamente. Gotas de sudor frío aparecieron en su frente.

Kulwant Kaur intentó excitarlo; pero finalmente desistió. Hasta entonces no había dicho nada, pero cuando se sintió desdenada, saltó enfurecida de la cama cubriéndose con una sábana.

—Ishrsiān, dime el nombre de esa malnacida con la que has estado, que te ha dejado seco. ¿Quién era esa desvergonzada? —gritó ella—, ¿quién es tu amante? ¿Quién es esa ladrona?

Ishvar Singh, agotado, dijo con voz apenas audible desde la cama:

—Nadie, Kulwant, nadie.

Kulwant Kaur colocó las manos sobre sus amplias caderas y dijo con firmeza:

—Ishrsiān, voy a llegar hasta el fondo de esto. Júramelo, por el nombre del Gurú, ¿hay una mujer?

Ishvar Singh quiso hablar, pero Kulwant Kaur no lo dejó.

—No olvides que soy la hija del jefe Nihal Singh. Soy paciente, pero tú mientes. Júrame por el nombre del Gurú, ¿hay otra mujer?

Él sacudió su cabeza asintiendo con dolor. Kulwant Kaur enloqueció, recogió de un rincón el *kirpān* de Ishvar Singh, lo sacó de su vaina y lo atacó.

Inmediatamente, la sangre saltó de un profundo corte en el cuello como el agua de una fuente. Entonces ella comenzó a tirar de su cabello y a arañar su rostro como una gata, maldiciendo a su desconocida rival mientras continuaba hiiriéndolo.

—Déjame ya, Kulwant, déjame —suplicó Ishvar Singh débilmente. Había temor en su voz.

Kulwant Kaur se detuvo. La barba y el pecho de Ishvar Singh estaban cubiertos de sangre. La miró con ojos agradecidos y labios temblorosos.

—Has actuado precipitadamente —dijo—; pero lo que has hecho está bien.

Fuera de sí por los celos, Kulwant Kaur gritó.

—Dime el nombre de esa mujer tuya.

Una delgada línea de sangre caía de la boca de Ishvar Singh. Se estremeció al sentir su sabor.

—Kulwant, con este *kirpān* he matado a seis hombres... con este *kirpān* con que tú...

Kulwant Kaur pensaba en su rival.

—Te pregunté quién era esa desvergonzada.

Los ojos opacos de Ishvar Singh brillaron.

—No la insultes —le rogó.

—¿Quién es? —gritó ella.

La voz de Ishvar Singh se le quebraba en la garganta.

—Te diré —pasó su mano por su propia garganta, y al ver la sangre sonrió y dijo—: El hombre es una criatura extraña.

Kulwant Kaur esperaba una respuesta.

—Ishrsiān, responde a mi pregunta.

—No tienes idea de lo que me sucedió. Te lo contaré.

Cuando comenzó a hacerlo, su frente se cubrió de sudor frío.

—Kulwant, mi vida. No puedo. ¿Qué me pasa? ¡También la *kuriya* es una criatura extraña! En la ciudad tomé parte en los saqueos. Todo el dinero y los adornos que cayeron en mis manos te los traje a ti. Pero hubo algo que te oculté.

Sus heridas le dolían y comenzó a gemir. Kulwant Kaur se mostraba impasible.

—Sigue —le dijo con voz implacable.

Ishvar Singh logró levantar la voz.

—En esa casa que asaltamos... había siete... siete personas, seis hombres. Maté uno por uno a los seis con este *kirpān* con que tú... olvídalos. Oye... había una muchacha muy hermosa. Me la llevé conmigo.

Kulwant Kaur lo oía en silencio. Ishvar Singh sopló con fuerza, quitándose la sangre del rostro.

—Kulwant, *jānī*, ¿qué puedo decirte? ¡Era tan hermosa! Pude haberla matado, pero me dije: “Ishrsiān, te satisfaces todos los días con Kulwant Kaur, ¿por qué no probar esta fruta?”

Kulwant Kaur sólo murmuró algo.

—Pensé que se había desmayado, de modo que me la llevé al hombro. En el camino... ¿qué estaba diciendo? Sí. En el camino hasta el canal que corre fuera de la ciudad... la acosté sobre la hierba, detrás de algunos arbustos y... primero pensé que debía animarla un poco... pero luego pensé que no...

Mientras hablaba, Ishvar Singh sentía que se le secaban los labios.

—¿Qué sucedió? —preguntó ella.

—Clavé mi dardo... pero... —dejó escapar Ishvar Singh con un hilo de voz.

Su voz se hundió. Kulwant Kaur lo sacudió violentamente.

—¿Qué sucedió?

Ishvar Singh abrió los ojos y miró a Kulwant Kaur. Percibió su agitación.

—Estaba muerta... era un cadáver... sólo carne fría. Dame tu mano, *jānī*.

Kulwant Kaur puso su mano en la de él. Estaba más fría que el hielo.

EL SALWAR NEGRO

Antes de mudarse a Delhi, Sultānā vivía en el acantonamiento de Ambālā, donde tenía por clientes a algunos soldados blancos. Debido a su relación con ellos sabía diez o quince frases en inglés. No las utilizaba en las conversaciones cotidianas, pero cuando llegó a Delhi y no tuvo éxito con su trabajo, dijo en inglés a su vecino Tamanchā Khān: “Esta vida es muy mala”, indicando que la vida es muy pesada cuando no hay qué comer.

En el acantonamiento de Ambālā su negocio marchaba muy bien; había más trabajo del que podía atender. Los blancos del acantonamiento venían borrachos; en tres o cuatro horas ella acababa con ocho o diez de ellos, y ganaba veinte o treinta rupias. En comparación, prefería a los soldados antes que a la gente de su país, aunque algunos a veces la visitaban. Si bien era cierto que no comprendía el lenguaje que hablaban, esto de algún modo le gustaba. Eso se probaba cuando uno ellos quería discutir. Sacudía la cabeza y respondía en urdu: “*Sāhab*, no comprendo tu lengua”. Y si la molestaban más de lo que ella acostumbraba permitir, comenzaba a insultarlos en urdu: “*Sāhab*, eres un pichón de lechuza. Eres un bastardo, ¿comprendes?”, y cuando lo decía, los soldados reían y también ella. Lo decía sin aspereza en la voz. Por el contrario, pronunciaba las palabras con gran afecto. Los soldados se reían, pero a Sultānā definitivamente le parecían pequeñas lechuzas.

Aquí, en Delhi, por el contrario, ningún hombre blanco la había visitado. Llevaba tres meses viviendo en ese lugar. Antes había oído que los grandes *sāhabs* gobernadores iban a Ambālā durante los meses de calor. En esos tres meses sólo seis hombres habían ido a verla. De esos seis clientes había obtenido dieciocho rupias y ocho *annas*. Ninguno de ellos estaba dispuesto a pagar más de tres rupias. Sultānā había dicho a los cinco primeros que su precio era diez rupias; pero era extraño que todos hubieran dicho, “hermana, no te daremos un centavo más de tres rupias”. Comprendió que la razón para que vinieran era un acuerdo establecido entre ellos de que ninguno pagaría más de tres rupias, y cuando apareció el sexto le dijo:

—Mira, cobro tres rupias y ni un centavo menos. Si dices un centavo menos, no hay trato. Ahora ponte cómodo, no te vayas.

El sexto hombre no se opuso y entró en su habitación. Tras cerrar la puerta, ya en el otro cuarto, cuando el hombre se estaba quitando la chaqueta, Sultānā le dijo:

—Que sea una rupia más, ¿sí?

No le dio una rupia, pero sacó del bolsillo una moneda de ocho *annas*, recién acuñada y con la efigie de Bādshah en ella. Sultānā se había apresurado a aceptarla silenciosamente, pensando que todo lo que se consigue es ganancia.

Dieciocho rupias y ocho *annas* en tres meses. Pagaba veinte rupias al mes por el *koṭha* en que vivía, al que el dueño se refería denominándolo en inglés, departamento. Cuando en los baños de esos departamentos se tiraba la cadena, Sultānā veía cómo toda la suciedad desaparecía, en medio de grandes ruidos, en un río subterráneo. El primer día, tras ir al baño, regresó muy apenada a su habitación. Al comenzar a levantarse del excusado intentó sostenerse con la cadena. Luego, mirándola pensaba: “Como este edificio fue construido especialmente para nosotras, las que lo habitamos, encontré esa cadena, y pensé que estaba allí para no tener

problema al levantarse. La quise usar como soporte, pero cuando intenté apoyarme en ella se produjo un gran estruendo, y súbitamente comenzó a salir agua con gran estrépito." Con el miedo pintado en el rostro lanzó un grito.

Khudābakhsh estaba en la habitación vecina clasificando su material fotográfico. Cuando oyó el grito de Sultānā se apresuró a ver qué había sucedido. Corrió y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Tú gritaste?

El corazón de Sultānā latía rápidamente:

—Maldición, ¿esto es un baño o qué? ¿Para qué está colgada esa cadena? Me dije: "voy a usarla como apoyo". Lo que me irritaba más en esto de la cadena era, qué te diría, el ruido.

Al oírla, Khudābakhsh se había reído mucho y le había explicado acerca del baño, diciéndole que era una moda reciente y que tirando de la cadena toda la suciedad se hundía en la tierra.

La historia de cómo se conocieron Sultānā y Khudābakhsh es interesante. Después de terminar la escuela secundaria, Khudābakhsh aprendió a conducir y trabajó cuatro años en una línea de autobuses que unía Rawalpindi con Cachemira. Después de eso, se enamoró en Cachemira de una mujer y se escaparon juntos. No pudo encontrar trabajo en Lahore y por ello decidió entregarla por dinero. Durante tres años el arreglo funcionó, pero luego la mujer se escapó con algún otro. Khudābakhsh supo que estaba en Ambālā y fue a buscarla, pero se encontró con Sultānā. Ella le había gustado y pronto los dos estaban juntos. Desde la llegada de Khudābakhsh, el trabajo de Sultānā había mejorado. Era supersticiosa y pensó que Khudābakhsh traía buena suerte, ya que desde su llegada había progresado tanto.

Khudābakhsh era un hombre trabajador. No le gustaba pasar el día sentado mano sobre mano. Hizo amistad con un fotógrafo que tomaba instantáneas fuera de la estación de ferrocarril y que le enseñó algo de fotografía. Sultānā le dio sesenta rupias y Khudābakhsh compró una máquina. Rápida-

mente se hizo construir un telón decorado, compró dos sillas y algunos productos químicos para revelar fotografías, y puso en marcha su propio negocio. Éste prosperaba. Por eso insistió en mudarse a la zona del acantonamiento en Ambālā. Tomaba fotos a los soldados, y al cabo de un mes conocía a muchos entre los estacionados allí. Pronto se mudaron al acantonamiento, donde muchos de los soldados clientes de Khudābakhsh se convirtieron también en clientes de Sultānā.

Sultānā había ahorrado para comprarse unos pendientes de plata y ocho pulseras de cinco tolas y medio. También se había hecho de diez o quince *sāris* excelentes y había traído algún mobiliario decente a la casa. Fue una historia corta: Sultānā fue muy feliz en el acantonamiento de Ambālā, pero súbitamente en el pensamiento de Khudābakhsh se fijó la idea de que debían irse a Delhi. Sultānā no se había negado porque pensaba que él era muy auspicioso y aceptó de buen grado ir a Delhi. Pensaba que en un lugar tan grande, donde vivían tantos gobernadores, su oficio podía resultar bien. Sus compañeras le describieron Delhi. Allí estaba el monasterio de Hazarat Nijāmuddīn Auliya, por quien Sultānā sentía profunda devoción. Vendieron rápidamente sus posesiones más pesadas y se marchó a Delhi con Khudābakhsh. Al llegar, Khudābakhsh alquiló por veinte rupias al mes un departamento para que vivieran los dos.

Estaba ubicado en una larga fila de edificios nuevos. El comité municipal había hecho construir especialmente esa parte de la ciudad para que en ella vivieran las prostitutas y no radicarán en diferentes sectores de la ciudad. Debajo había tiendas y arriba se encontraban los departamentos. Todos los edificios seguían un mismo modelo. Por ese motivo, al comienzo a Sultānā le era muy difícil encontrar su casa, pero cuando el dueño de la lavandería había enviado al niño que trabajaba con él para que le mostrara el camino, aprendió a reconocer algunas señales para identificar claramente el lugar.

—Aquí está la lavandería —le indicó el niño, y le enseñó cómo llegar a su departamento.

Así, por ejemplo, sabía que, donde estaba escrito con grandes letras “Carbonería”, vivía su amiga Hirā Bāi, que algunas veces cantaba en la radio. Donde se leía “Surphā (Sarīphon) ke lie khāne kā behatarīn intazām hei” vivía Mukhtār, su otra amiga. Sobre la fábrica de colchones, Anvarī, que trabajaba como mucama en casa de un rico comerciante. Como el rico *sāhab* necesitaba supervisar la fábrica durante la noche, vivía cerca de Anvarī.

Cuando se abre un negocio, los clientes son pocos, y por eso, cuando pasó un mes sin trabajar, consolaba su corazón pensando; pero cuando pasaron dos meses sin que viniera ningún hombre se preocupó mucho.

—¿Qué sucede, Khudābakhsh? En dos meses que llevamos aquí no ha venido nadie. Sé que en estos tiempos el comercio está mal, pero no tanto como para que en dos meses enteros no aparezca nadie por nuestro *koṭha* —le dijo a Khudābakhsh.

También Khudābakhsh sentía angustia; pero no decía nada. Por eso, cuando Sultānā comenzó a quejarse, le dijo:

—Yo también he estado pensando en eso desde hace días. Creo que debido a la guerra la gente tiene otras ocupaciones y ha olvidado el camino a nuestra casa. O puede ser que... —no terminó porque oyó los pasos de alguien que subía las escaleras.

Poco después se oyó un golpe en la puerta. Khudābakhsh se levantó y abrió. Había llegado el primer cliente de Sultānā, pero sólo había aceptado pagar tres rupias. Después de él vinieron otros cinco, es decir, seis en tres meses. Con ellos Sultānā sólo se había enriquecido en dieciocho rupias y media.

Veinte rupias al mes se iban en la renta, y estaban también las cuentas del agua y la electricidad, además de la comida, las ropas, las medicinas y el licor. Y sin ingreso alguno. No se

puede llamar así a dieciocho rupias y media en tres meses. Sultānā estaba afligida. Comenzaron a vender las ocho pulseras de cinco tolas y media que se había comprado en el acantonamiento de Ambālā. Cuando vendieron la última le dijo a Khudābakhsh:

—Escúchame, y regresemos a Ambālā. No hay nada para nosotros aquí. Puede que sea una ciudad fraternal, pero a nosotros no nos ha tratado con amor. En Ambālā tu trabajo iba bien. Lo que se perdió se perdió. Vámonos allá. Ve a vender esta última pulsera; mientras tanto, yo prepararé el equipaje y tomaremos el tren de la noche a Ambālā —Khudābakhsh tomó la pulsera.

—No, querida. No iremos a Ambālā. Nos quedaremos en Delhi y ganaremos dinero. Recuperaremos tus pulseras. Sólo ten fe en Dios. Él es el Creador y nos mostrará el camino.

Sultānā se había quedado en silencio. De pronto también la última pulsera abandonaba su mano. Al ver su muñeca desnuda sintió una enorme pena, pero ¿qué podía hacer? Finalmente, con algo había que llenar el estómago.

Cuando pasaron cinco meses, los ingresos eran cuatro veces menores que los gastos, y la preocupación de Sultānā creció enormemente. Khudābakhsh pasaba la mayor parte del día fuera de casa, y también eso apenaba a Sultānā. Durante algún tiempo, se había reunido con sus amigas del vecindario para pasar el rato, pero pronto le pareció mal hacerlo. Así, poco a poco dejó de reunirse con ellas y casi no volvió a verlas. Pasaba el día desolada en su casa. Algunas veces rompía nueces de betel, otras arreglaba vestidos viejos o salía al balcón, se paraba junto a la balaustrada, viendo pasar las horas vacías y mirando las locomotoras en movimiento o detenidas en la sombra de la estación del ferrocarril. En ambas direcciones, desde una esquina a la otra, se extendía el depósito. A la izquierda, bajo un enorme cobertizo con techo de chapas, había por todas partes paquetes y cajones; también había un espacio abierto con un cruce de

vías. Los rieles de acero brillaban bajo el sol y Sultānā miró sus manos con las venas cada vez más marcadas. En ese amplio espacio vacío, todo el tiempo se movían locomotoras y vagones, a veces en una dirección y a veces en otra. El “cuch-cuch”, “faf-faf” de las locomotoras y los vagones resonaba todo el día. Por la mañana, cuando se levantaba y salía al balcón, todo tenía un aspecto extraño. En medio de la niebla salía de las bocas de las locomotoras un humo espeso hacia el cielo sucio, mientras ella miraba a los hombres de aspecto gordo y pesado. Veía cómo se formaba una enorme nube de vapor, y en medio de ella, con un grito se levantaba de los rieles y se perdía en el cielo. A veces veía un vagón recién desenganchado de la locomotora, al que enviaban solo rodando por los rieles, y no podía evitar pensar en sí misma. Pensaba que también ella había sido arrojada fuera de los carriles de la vida y se mantenía en movimiento sola. Otra gente la controlaba, pero ella seguía moviéndose sin saber hacia dónde, pero llegaría un día en que poco a poco su fuerza se acabaría y ella se detendría sin tener quien la cuidara.

Cada vez pasaba más tiempo de pie en el balcón mirando los rieles curvados del ferrocarril; la quietud se rompía frecuentemente con el resoplido de una locomotora al pasar. Extraños pensamientos se agitaban en su cabeza. Cuando vivía en el acantonamiento de Ambālā, su casa estaba cerca de una estación, pero nunca se había detenido en estas cosas. Ahora, en cambio, a veces sentía que las vías del ferrocarril eran como una red extendida, y por todas partes se levantaban vapor y humo. Había muchas vías por las que algunas locomotoras se apresuraban en una y otra dirección. A Sultānā le recordaban los comerciantes ricos que a veces la visitaban en el acantonamiento de Ambālā. Pero cuando veía las locomotoras moviéndose lentamente junto a las filas de vagones detenidos, sentía que un hombre estaba mirando hacia su *koṭha* como se mira a las mujeres de un burdel en un bazar.

Sultānā comprendía que pensaba esas cosas debido a una enfermedad de su entendimiento. Cuando sentía venir un pensamiento de ese tipo no salía al balcón. Muchas veces le dijo a Khudābakhsh:

—Por favor, ten piedad de mí. Paso el día dentro de la casa como los enfermos.

Pero cada vez él, animándola, le respondía:

—Cariño, estoy intentando conseguir algo allí afuera. Si Dios quiere, en unos días nuestros problemas terminarán.

Habían pasado cinco meses y los problemas de Sultānā no se habían resuelto; tampoco los de Khudābakhsh. Faltaban pocos días para que comenzara el *Muharram*, pero Sultānā no tenía tela negra para hacerse ropa. Mukhtar se había hecho una camisa del nuevo estilo Lady Hamilton, con las mangas de *georgette*. Tenía también un hermoso chal de seda negra brillante como el colirio, para hacer juego con ella. Anvarī se había comprado un hermosísimo *sārī* de *georgette* de seda. Le había dicho a Sultānā que iba a tener unas enaguas blancas de seda que lo acompañaran, pues esa era la última moda. Para usar con el nuevo *sārī* había encontrado unos delicadísimos zapatos de terciopelo negro. Tras ver todo eso, Sultānā sintió mucha pena, porque cuando pensaba en la necesidad de comprarse algo para el *Muharram* se sentía impotente.

Cuando volvió a casa después de visitar a Mukhtar y a Anvarī se sintió extremadamente triste y le pareció percibir que le aparecía una úlcera. La casa estaba vacía. Khudābakhsh había salido, como siempre.

Se quedó allí por un largo tiempo, con la cabeza apoyada en un almohadón, pero debido a la altura de éste, sintió luego que su cuello se endurecía, y salió involuntariamente al balcón para expulsar de su pensamiento esas imágenes desoladoras. Enfrente, sobre los rieles, estaban detenidos algunos vagones, pero no había ninguna locomotora. Acababan de rociar la calle con agua porque no había polvo en el aire.

Unos pocos hombres comenzaban a circular por el bazar, hombres que después de mirarla detenidamente se dirigían en silencio hacia sus casas. Uno de ellos levantó la cabeza y Sultānā le sonrió y lo olvidó porque una locomotora maniobraba en las vías. Ella, pensativa, la siguió con su mirada y percibió que también la locomotora vestía ropa negra. Para escapar de esos pensamientos inútiles miró hacia la calle y vio allí que el mismo hombre, de pie junto a un carro, la miraba incitantemente. Sultānā le hizo una señal con la mano. El hombre, a su vez le preguntó, con suaves señas, por dónde debía subir. Sultānā le mostró el camino. El hombre permaneció allí, de pie, un poco más, y luego comenzó a ascender con agilidad.

Sultānā lo hizo sentar en un almohadón y luego, para iniciar una conversación le dijo:

—¿Tenías miedo de subir?

Al oírla, el hombre respondió sonriendo:

—¿Cómo podía conocerte? ¿Por qué iba a temer?

—Tal vez estuviste algún tiempo en la calle preguntándote si debías subir —respondió Sultānā.

El hombre sonrió otra vez.

—Te equivocas. Estaba mirando a una mujer en el departamento de arriba comunicarse por señas con un hombre en el departamento frente al suyo. Me gustaba la escena. Luego tú encendiste la luz verde en el balcón y me detuve un poco más. Amo el verde; es muy delicado para los ojos.

Comenzó a mirar la habitación y luego se puso de pie.

—¿Te vas? —preguntó Sultānā.

—No, no, sólo quería ver el departamento. Vamos, muéstramelo.

Sultānā le mostró una a una las tres habitaciones. El hombre las recorrió en silencio. Cuando regresaron a la habitación principal, con los colchones sobre el piso, el hombre le dijo:

—Me llamo Shankar.

Por primera vez, Sultānā lo miró. Era un hombre de altura y aspecto corrientes, pero de ojos extraordinariamente claros y brillantes. Era fuerte y robusto. En las sienes su cabello se estaba volviendo blanco, y usaba un par de pantalones claros y una camisa blanca con el cuello levantado.

Shankar se sentó sobre la alfombra de algodón. En lugar de él, parecía que Sultānā era la cliente. Esa sensación le molestó y se dirigió a Shankar:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Shankar estaba sentado, pero al oírla se estiró sobre el suelo.

—¿Qué puedo yo hacer por ti? Te lo dejo a ti. Tú me invitaste a subir.

Como Sultānā no respondía, Shankar se levantó.

—Comprendo. Te lo diré. No soy quien pensabas. No soy de los que dejan dinero al irse. Tengo honorarios, como los doctores. Cuando se me llama se me deben pagar honorarios.

Sultānā se sintió confundida, pero a pesar de eso comenzó a reír.

—¿En qué trabajas? —preguntó.

—Hago lo mismo que tú —replicó Shankar.

—¿Qué?

—¿Qué haces tú? —preguntó él.

—Yo... yo... yo no hago nada.

—Yo tampoco hago nada.

—¡Eso no tiene sentido! —respondió Sultānā rápidamente—. Debe haber algo que hagas.

—También tú, estoy seguro —respondió Shankar con calma.

—Pierdo el tiempo —dijo ella.

—También yo.

—Entonces perdamos el tiempo juntos.

—Lo estoy deseando, pero debo decirte que nunca pago por eso.

—¿Estás loco? Esta no es una cocina de caridad.

—Y yo no soy un voluntario.

Sultānā se detuvo y preguntó:

—¿Qué es un voluntario?

—Un pichón de lechuza —respondió Shankar.

—Yo no soy un pichón de lechuza.

—Pero Khudābakhsh, ese hombre que vive contigo, lo es.

—¿Por qué?

—Porque desde hace varios días ha estado pasando su tiempo en compañía de un faquir rogándole que haga que la fortuna le sonría, sin darse cuenta que aquel cuya fortuna es como un cerrojo oxidado no puede ayudar a otros —dijo Shankar riendo.

—Eres hindú. Por eso te burlas de nuestros faquires —dijo ella y Shankar sonrió.

—Aquí no se trata en absoluto de algo entre hindúes y musulmanes. Grandes *paṇḍitas* hindúes y *maulvies* musulmanes vienen aquí y se los honra.

—¿De qué hablas? —dijo ella—. Dímelo, ¿quieres?

—Sí, pero en los términos que te acabo de explicar.

Sultānā se puso de pie.

—Entonces sigue tu camino.

Shankar se levantó, metió las manos en los bolsillos y antes de marcharse dijo:

—A veces entro al bazar por aquí. Cuando me necesites, sólo dímelo. Soy un hombre muy útil.

Shankar se marchó, y Sultānā, que había olvidado la ropa negra, se quedó pensando en él. De algún modo se sintió mejor. Pensó que si hubiera venido a verla en Ambālā, donde era feliz, lo habría echado, pero en Delhi se sentía muy triste y la conversación de Shankar le había gustado.

Por la tarde, cuando Khudābakhsh estuvo de regreso, Sultānā le preguntó:

—¿Dónde has estado todo el día? —estaba cansado y se veía totalmente exhausto.

—Estuve en el área del fuerte viejo de la ciudad —comenzó a decir—: Vengo de cerca del Fuerte Viejo. Desde hace unos días vive allí un hombre santo. Voy a verlo siempre para que llegue nuestro día.

—¿Te ha dicho algo?

—¡No! Hasta ahora no me muestra su favor; pero te digo, Sultānā, que lo sirvo y nos será útil. Si Alá quiere, todo se solucionará.

La mente de Sultānā volvió al *Muharram*. Con voz llorosa se dirigió a Khudābakhsh:

—Estás todo el día fuera mientras yo me quedo en esta jaula. Se acerca el *Muharram* y yo no puedo ir a ningún lugar. A ti nada te preocupa. Yo necesito tela negra pero no hay un centavo en la casa. Antes tenía las pulseras, pero las hemos vendido una tras otra. Ahora dime, ¿qué haremos? Te pasas el día detrás de esos faquires. Me parece que en Delhi hasta Dios ha apartado su rostro de nosotros. Escúchame y ponte a trabajar. Eso nos ayudará.

Khudābakhsh se acostó sobre la alfombra.

—Para comenzar con eso otra vez, necesitaría algún capital. No culpes a Dios. No podemos irnos ahora. Es verdad, cometí un error al marcharnos de Ambālā pero lo hecho también lo ha hecho Alá, y ha sido para nuestro bien. ¿Quién sabe? Tal vez después de estas penas y sufrimientos podamos...

Sultānā lo interrumpió:

—Haz algo, por Dios. Róbala si quieres, pero tráeme tela negra para hacer un *salwār*. Tengo una camisa blanca de seda que puedo teñir y el *dupattā* blanco de chifón que me trajiste para Diwālī. Lo teñiré también junto con la camisa. Sólo me falta un *salwār* negro. Consíguemelo de algún modo. Mira, te lo juro. Moriré si no me lo consigues como sea.

Khudābakhsh se sentó rápidamente.

—¡Detente ya, por favor! ¿Cómo piensas que lo puedo conseguir? No tengo ni un centavo para comprar opio.

—Aún así, haz algo; pero tráeme cuatro yardas y media de satén negro.

—Roguemos que esta noche Alá nos envíe algunos clientes.

—¿Pero tú no harás nada? Si quisieras, podrías conseguir lo necesario para comprar la tela. Antes de la guerra se podía conseguir por doce o catorce *annas* la yarda. Ahora cuesta una rupia y un cuarto. ¿Cuánto cuestan entonces cuatro yardas y media?

—Si tú lo dices, inventaré algún truco —respondió Khudābakhsh levantándose—; pero olvidémoslo ahora. Traeré algo de café para comer.

Fue por la comida, se sentaron a la mesa y luego se fueron a dormir.

Por la mañana Khudābakhsh fue a ver al faquir que vivía cerca del Fuerte Viejo y Sultānā se quedó sola. Estuvo acostada un rato más, durmió un poco y caminó por las habitaciones de la casa. Después de almorzar buscó su *dupattā* de chifón blanco y la camisa de satén, y los llevó a la lavandería para que los tiñeran, ya que también hacían eso. Al regresar se puso a leer uno de sus libros con guiones y canciones de películas. Mientras leía se quedó dormida, y cuando se despertó eran cerca de las cuatro, porque la luz del sol había llegado cerca de la alcantarilla. Se bañó y se puso ropa limpia, se echó un manto sobre los hombros y salió al balcón. Permaneció allí cerca de una hora. La tarde estaba terminando y se habían encendido las luces, pero Sultānā no lo encontraba desagradable. Miraba desde lejos el ir y venir de los tongas y los automóviles. De repente, vio a Shankar. Estaba junto a la estación y la miraba sonriendo con el cuello levantado. Sultānā le hizo una señal con la mano invitándolo a subir.

Cuando Shankar subió, se sintió un poco incómoda, sin saber qué decirle a pesar de haberlo invitado. Él, sin embargo, estaba relajado, como si estuviera en su propia casa. Sin mucha formalidad, se estiró sobre el suelo, con un almoha-

dón bajo la cabeza, como el primer día. Sultānā no había dicho todavía una sola palabra cuando él habló.

—Mira, puedes invitarme a subir cien veces y pedirme cien veces que me marche. No me importará.

Sultānā dudó.

—No, siéntate. ¿Quién te pide que te marches?

Shankar sonrió.

—¿Entonces aceptas mis condiciones?

—¿Qué condiciones? ¿Vas a casarte conmigo? —preguntó Sultānā riendo.

—¿Qué es el casamiento? Tú no te casarás nunca, y yo tampoco. Deja ya esas tonterías. Hablemos de otra cosa.

—Dime, ¿de qué quieres hablar?

—Tú eres la mujer. Di algo que nos ayude a pasar bien el rato. Hay algo más en la vida que conversaciones de negocios.

Sultānā lo pensó.

—Dime claramente qué quieres.

—Lo que quieren los otros —dijo Shankar sentándose.

—¿Entonces, cuál es la diferencia entre tú y ellos?

—Entre tú y yo no hay diferencia, pero entre yo y ellos, hay un mundo de distancia. Hay tantas diferencias que no es necesario preguntarlo, puedes comprenderlo tú misma.

Sultānā intentó penetrar las palabras de Shankar.

—Comprendo —dijo tras una pausa.

—Entonces, dime qué quieres.

—Tú ganas, yo pierdo. Pero te digo que hasta hoy no he aceptado nada de eso.

—Te equivocas. En este mismo vecindario debe de haber miles de familias que nunca creerán que una mujer acepte la clase de deshonor que tú aceptas sin pensarlo. Pero a pesar de eso, hay miles de mujeres de tu profesión en esta ciudad. ¿Tu nombre es Sultānā, verdad?

—Sí, Sultānā.

Shankar rió.

—Y el mío es Shankar; pero también los nombres son una tontería. Ven, vamos a la otra habitación.

Al regresar, Shankar y Sultānā reían sin saber por qué. Shankar estaba por marcharse, cuando Sultānā le dijo:

—¿Harías algo por mí?

—Dilo primero —respondió él.

Ella dudó.

—Tú dirás que trato de cobrarte, pero...

—Dilo, ¿por qué te detienes?

Sultānā juntó fuerzas y dijo con decisión.

—Se acerca el *Muharram* y no tengo dinero para hacerme un *salwār* negro. Tú has oído todas mis desgracias. Tengo el *dupaṭṭā* y la camisa, los he llevado hoy a teñir.

—¿Quieres que te dé algunas rupias para el *salwār* negro?

—No —respondió ella de inmediato—. Quise decir que si puedes, me traigas un *salwār* negro.

Shankar sonrió.

—Es raro que haya algo en mis bolsillos, pero lo intentaré. Te prometo que tendrás el *salwār* el primer día de *Muharram*. ¿Te alegrarás ahora? —miró los pendientes de Sultānā y le preguntó:

—¿Puedes dármelos?

—¿Qué harás con ellos? —preguntó Sultānā con una sonrisa—. Son de plata ordinaria, no valen más de cinco rupias.

—Te pedí los pendientes, no te pregunté su precio —respondió Shankar—. ¿Me los darás?

—Aquí los tienes —dijo Sultānā quitándoselos.

Más tarde sintió pena de haberse desprendido de ellos; pero Shankar ya se había marchado.

Sultānā no tenía esperanza alguna de que Shankar cumpliera su palabra; pero ocho días después, a las nueve de la mañana del primer día del *Muharram*, alguien golpeó a la puerta. Sultānā abrió. Era Shankar, que traía en la mano algo envuelto en papel periódico.

—Es un *salwār* de seda negro. Ha pasado un tiempo, pero he venido.

Dejó el *salwār* y se marchó sin decir nada. Había algunos remiendos en su pantalón, y su cabello estaba desordenado, como si acabara de levantarse de dormir, y se marchó de inmediato.

Sultānā abrió el paquete. Había un *salwār* de seda negra, parecido al que su amiga Mukhtar le había mostrado. Se alegró mucho y se olvidó de sus pendientes. Shankar había cumplido su promesa.

Por la tarde, bajó a recoger su *dupaṭṭā* teñido y su camisa de la lavandería. Cuando se puso sus ropas nuevas sintió un golpe en la puerta. La abrió e hizo entrar a Mukhtar, que después de mirar a Sultānā cuidadosamente, dijo:

—Sé que has teñido el *dupaṭṭā* y la camisa, pero el *salwār* es nuevo. ¿Cuándo lo conseguiste?

—Hoy por la mañana —respondió Sultānā; pero entonces sus ojos se detuvieron en las orejas de Mukhtar.

—¿Cuándo conseguiste esos pendientes?

—También esta mañana —dijo Mukhtar.

Después, durante un largo rato, ninguna de las dos habló.

EL PERRO DE TITHWAL

Los soldados llevaban varias semanas en sus posiciones. Cada día se disparaban diez o doce veces desde cada lado, y su sonido apagaba los fuertes gritos con que algunos de ellos los acompañaban. El clima era muy agradable. El aire estaba cargado con el aroma de las flores salvajes. La naturaleza seguía su curso en la altura y los flancos de las montañas. Los pájaros cantaban como siempre, y las flores y las abejas zumbaban como de costumbre mientras libaban sus esencias.

Cuando sonaban los disparos entre las montañas, las aves se alarmaban y se alejaban volando, como si una mano hubiera tocado una nota discordante en un instrumento, y el sonido ofendiera sus oídos. Desde fines de septiembre y comienzos de octubre el clima era suave. Parecía como si el invierno y el verano hubieran llegado a un acuerdo. En el cielo azul flotaban nubes de algodón todo el día, como barcas blancas en un lago.

Los soldados de los dos bandos estaban cansados de sus posiciones en las montañas donde nunca ocurría nada decisivo. Aburridos, deseaban tener ocasión de desafiarse mutuamente. Cuando no se oía nada, hablaban en murmullos. Unos y otros se ocultaban en el camino pedregoso, y disparaban cuando se les ordenaba.

Sus posiciones se encontraban en lugares seguros. Cuando los disparos llegaban con gran estruendo y golpeaban en las rocas, los soldados se echaban a tierra. Las colinas sobre las que se encontraban tenían casi la misma altura, de modo que ningún lado tenía ventaja alguna. En medio había un peque-

ño valle oscuro en donde una corriente de agua zigzagueaba furiosamente en su lecho de piedra como una serpiente.

La fuerza aérea no estaba involucrada en el combate, y ninguno de los adversarios tenía cañones. Por la noche, encendían enormes fuegos y oían los ecos de las voces de los otros que se perdían entre las montañas. En la oscuridad reinaba el silencio, y por eso a veces los soldados de ambos bandos cruzaban gritos. En ocasiones, alguno se ponía a cantar y encendía la soledad de la noche. Se oía resonar cada sonido como si las montañas repitieran su lección.

Acababan de tomar una ronda de té. En el fogón de piedra se enfriaban las ramas de pino. El cielo era claro y hacía frío. En el aire no había fragancias de flores porque por la noche sus corolas se cerraban; pero había un olor de ramas de pino que no resultaba desagradable. La mayor parte de los soldados se había dormido, aunque algunos estaban despiertos, preparados para luchar en cuanto recibieran la orden. El *jamādār* Harnām Singh estaba de guardia nocturna. A las dos de la mañana despertó a Ganda Singh y lo dejó a cargo del servicio. Quería dormir; pero cuando se acostó, el sueño estaba tan lejos de sus ojos como las distantes estrellas, y mirándolas, comenzó a cantar una canción:

Cómprame un par de zapatos con estrellas,
con estrellas...

Vende tu búfalo, si lo tienes;
pero cómprale a Harnām Singh
un par de zapatos con estrellas, querida.

La canción lo hacía sentirse bien y un poco sentimental.

Te conseguiré un par de zapatos con estrellas,
con estrellas...

Harnām Kaur, yugo mío.

Venderé mi búfalo;

pero te compraré un par de zapatos con estrellas.

Sonreía mientras cantaba, pero pensó que no iba a conciliar el sueño y despertó a los demás. La mención del yugo lo conmovió, y quería que los otros escucharan su canción para Harnām Kaur. Se oyeron voces, pero no mostraban gran interés. Bantā Singh, el más joven de todos, y el que tenía mejor voz, se sentó. Era evidente que las palabras lo deleitaban y lo hacían pensar. Poco después, Bantā Singh comenzó a cantar el Hīr, el conocido poema de amor panjabí:

Hir akhyā joyegā jhuth bolen, kaun ruthare yār manaundā ī
esā koī na mileyā main dūndā jeharā gayān nūn mor lyāundā ī
ek bāj ton kāng ne kūmj khoḥī vekhyān cup hei ki kurlāundā ī
dukhān bāleyān nūn gallān sukh diyān nī kisse jor jahāl su-
[nāundā ī.

Se detuvo un momento y luego continuó:

Jehare bāj ton kāng ne kūj khoḥī sabra sukra kar bāj phanānha
[hoyā

Evam hāl hei esa phakīr dā nī, dhan māl gayā te tabāh hoyā
karen sidak te kam mālūm hove terā rabba rasūl gavāha hoyā
duniyā charra udāsiyān pahan laiyan saiyad vārison hun vāris
[shāh hoyā.*

* Existe una traducción al inglés, realizada por Vāris Shāh, titulada *The Adventures of Hir and Ranjhāz*, Londres, P. Owen, Unesco, Collection of Representative Works, Pakistan Series, 1973, 201 p.

Tan imprevistamente como había comenzado a cantar, Bantā Singh quedó en silencio. Le parecía que incluso las grises montañas se entristecían por la melancolía de la canción. El *jamādār* Harnām Singh insultó ásperamente algo invisible y se acostó. De pronto, en la tristeza de las montañas, resonó el ladrido de un perro. Todos se sorprendieron, y desde lejos se oyó una respuesta. El *jamādār* Harnām Singh se levantó y dijo:

—¿De dónde ha venido ese ladrido?

El perro ladró otra vez. Ahora su ladrido llegaba desde cerca. Un instante después se oyó un ruido entre los arbustos. Bantā Singh se levantó y salió a investigar. Al regresar, traía un perro vagabundo que movía la cola.

—*Jamādār sāhab* —le dije—, ven aquí.

Y él me dijo:

—Soy Jhunjhun.

Todos rieron. El *jamādār* Harnām Singh lo llamó:

—Ven aquí, Jhunjhun.

El perro movió la cola y fue con Harnām Singh, quien pensó que tal vez tuviera algo de comer para darle. Sacó una galleta de la mochila y se la tiró. El perro la olió, y abría la boca para comerla cuando Harnām Singh la recogió:

—Espera, aquí, paquistaníes no.

Rieron. El *subedār* Bantā Singh pasó su mano por el pecho del perro y dijo a Harnām Singh:

—No, *jamādār sāhab*, Jhunjhun es un perro indio.

Harnām Singh sonrió:

—Prueba su identidad.

El perro movió la cola. Harnām Singh abrió un poco la boca y rió:

—Eso no es ninguna señal. Todos los perros mueven la cola.

—Sólo es un pobre refugiado —dijo Bantā Singh jugando con la cola del perro.

Harnām Singh tiró una galleta que el perro atrapó en el aire.

—Ahora hasta los perros tendrán que decidir si son indios o paquistaníes —observó uno de los soldados, mientras clavaba el taco de su bota en la tierra.

Harnām Singh sacó otra galleta de su mochila.

—Y todos los paquistaníes, incluidos los perros, serán fusilados.

Un soldado gritó: “¡Viva India”!

El perro, que estaba masticando su galleta, retrocedió temeroso y puso la cola entre las patas. El *jamādār* Harnām Singh rió.

—¿Por qué temes a tu propio país? Aquí, Jhunjhun, toma otra galleta.

Mientras hablaban llegó la mañana. El sol surgió deseoso de iluminar las cuatro direcciones, y sus rayos brillaron con el resplandor de un relámpago sobre las colinas y los valles de Tithwal.

La guerra había durado mucho tiempo. En cada montaña había docenas de soldados; pero nadie estaba seguro sobre quién la controlaba. Hoy alguien dominaba una colina; mañana otro; pasado mañana nuevamente el primero, y al día siguiente su enemigo.

El *jamādār* Harnām Singh inspeccionó el área con sus binoculares. Podía ver el humo que se levantaba en la colina opuesta, lo que significaba que el enemigo estaba ocupado preparando el té. También sus soldados lo hacían, y del fuego que habían encendido se elevaba una columna de humo.

Todos los soldados daban algo de su desayuno al perro, que comía alegremente. Todos procuraban agradarle, deseosos de ser sus amigos. Desde su llegada había alegría, y pronto todos lo querían y lo llamaban por su nombre.

Atardecía en el sector paquistaní, cuando el *subedār* Himmat Khān retorció su largo bigote, acerca del que se contaban innumerables historias, y comenzó a estudiar el sector de Tithwal. A su lado estaba sentado el operador del teléfono inalámbrico, intentando establecer contacto con el comandante del pelotón para obtener información. Unos metros más allá, sentado en el piso con la espalda contra una roca y el rifle frente a sí, Bashīr cantaba suavemente: “Dónde pasaste la noche, mi amor, mi luna? ¿Dónde pasaste la noche?”

Disfrutando, comenzó a cantar más alto, saboreando las palabras. De repente oyó al *subedār* Himmat Khān gritar:

—¿Dónde pasaste *tú* la noche?

Bashīr miró intrigado a Himmat Khān, que no le prestaba atención y decía, dirigiéndose a otro:

—Contesta.

Bashīr vio, sentado a cierta distancia, al perro vagabundo que había aparecido días atrás y se había quedado con ellos como invitado. Bashīr sonrió y comenzó a cantar dirigiéndose a él: “¿Dónde pasaste la noche, mi amor, mi luna? ¿Dónde pasaste la noche?”

El perro comenzó a mover la cola enérgicamente. El *subedār* Himmat Khān recogió una piedra y se la arrojó:

—El idiota sólo sabe mover la cola.

—¿Qué tiene alrededor del cuello? —preguntó Bashīr de improviso.

Uno de los soldados atrapó al perro antes de que él se levantara, y desató su improvisado collar de cuerda. Atado a él había un pequeño trozo de cartón en el que había algo escrito. El *subedār* Himmat Khān lo tomó y dijo a sus soldados:

—Mierda. ¿Sabe alguno de ustedes leer *gurmukhī*?

Bashīr se adelantó, y tomó el papel.

—Sí, algo comprendo —dijo, y con gran dificultad leyó—: Jhunjhun. ¿Qué es eso?

El *subedār* Himmat Khān retorció con fuerza otra vez su famoso bigote y dijo:

—Tal vez sea un código —y preguntó:

—¿Dice algo más, Bashīr?

—Sí. Dice: “Éste es un perro indio”.

—¿Qué significa eso?, ¿qué crees? —preguntó el *subedār* Himmat Khān.

—Jhunjhun —respondió seriamente a Bashīr.

—Lo que dice está allí —aventuró otro soldado sabiamente.

El *subedār* Himmat Khān encontró adecuado el comentario.

—Sí, eso parece.

Bashīr leyó todo otra vez, cuidadosamente:

—Jhunjhun. Éste es un perro indio.

El *subedār* Himmat Khān levantó el inalámbrico y habló con su comandante de pelotón, informándole acerca de la aparición del perro, su posterior desaparición y su regreso con una nota en el collar. Repitió varias veces el mensaje.

—¿De qué estás hablando? —preguntó su comandante de pelotón.

Bashīr se sentó junto al perro y algunas veces cariñosamente, y otras con firmeza, le preguntó dónde había estado la noche anterior, y dónde le habían puesto esa nota en el cuello; pero no obtenía otra respuesta que el movimiento de su cola. Finalmente, furioso, lo golpeó con fuerza. El perro aulló.

Ubicado junto al inalámbrico, el *subedār* Himmat Khān estudió el mapa otra vez. Luego rompió un paquete de cigarrillos, cortó un pequeño trozo de cartón y se lo dio a Bashīr.

—Ahora escribe en *gurmukhī* los caracteres de esos gusanos...

—¿Qué debo escribir, *subedār sāhab*? —preguntó Bashīr.

El *subedār* Himmat Khān se estiró el bigote, intentó pensar y acercándose, le dijo:

—¿Sunsun? —y de inmediato, lleno de orgullo agregó—: Sunsun puede ser la respuesta a Jhunjhun.

Bashir escribió “Sunsun” con lápiz en el trozo de cartón.

—Está bien —dijo aprobando el *subedār* Himmat Khān, y agregó con fuerza:

—Ahora escribe: “Éste es un perro paquistaní”.

El *subedār* Himmat Khān abrió con el lápiz un espacio en el collar del perro y le dijo:

—Ahora ve con tu familia.

Al oírlo, todos los soldados rieron alegremente. Himmat Khān ajustó el collar a la garganta del perro, que movía la cola, le dio algo de comer y le dijo:

—Mira, amigo, no nos traiciones. El castigo de la traición es la muerte.

El perro movía la cola. Cuando terminó de comer, el *subedār* Himmat Khān lo tomó por el collar, le dio vuelta para que mirara hacia la posición india y le dijo:

—Ve y lleva este mensaje a nuestros enemigos; pero vuelve. Esas son las órdenes de tu oficial. ¿Has comprendido?

El perro movió la cola y comenzó a descender por el ventoso sendero montaños que conducía al valle que separaba ambas colinas. El *subedār* Himmat Khān levantó su fusil y disparó al aire.

Los soldados indios oyeron desde su posición el disparo y su eco, y no comprendieron su significado. El *jamādār* Harnām Singh, que en todo caso se sentía aburrido, dio orden de disparar. Ambos bandos intercambiaron disparos durante más de media hora, cosa que era una absoluta pérdida de tiempo. Cuando se cansó, el *jamādār* Harnām Singh ordenó detener el fuego. Peinó su largo cabello; lo recogió con cuidado; se miró en el espejo, y preguntó a Bantā Singh:

—¿Dónde está Jhunjhun?

Bantā Singh separó con el taco la resina seca de una rama de pino y dijo:

—No sé.

El *jamādār* Harnām Singh agregó:

—Los perros no digieren mantequilla.

Bantā Singh no comprendió lo que decían.

—Tampoco nosotros comprendemos algunas cosas.

Al oírlo, el *jamādār* Harnām Singh rió con fuerza:

—No seas tonto. Hablar contigo es perder el tiempo.

De repente, el soldado de guardia, que tenía los binoculares, gritó:

—Allí viene.

Los demás se sorprendieron.

—¿Quién? —preguntó el *jamādār* Harnām Singh.

—¿Cuál era su nombre?

—Jhunjhun —respondió el soldado.

—¿Jhunjhun? ¿Qué hace? —preguntó Harnām Singh.

—Viene hacia acá —respondió el soldado.

El *subedār* Harnām Singh le arrebató los binoculares.

—Viene hacia acá, es cierto, y trae algo en el cuello. Pero, espera, ¡viene de la colina enemiga! —e insultó vigorosamente a la madre del perro. Después levantó su fusil, apuntó e hizo fuego. Falló. La bala hizo volar algunas piedras a cierta distancia del perro, que se detuvo atemorizado.

En el puesto enemigo, el *subedār* Himmat Khān miró por los binoculares, y vio que el perro se había detenido. Se oyó otro disparo, y el perro comenzó a correr hacia la posición del *subedār* Himmat Khān. El *subedār* gritó con fuerza:

—Los valientes no temen, regresa.

Y para atemorizarlo disparó en su dirección. El perro se detuvo. Harnām Singh disparó su fusil. La bala pasó cerca de las orejas del perro, que gimió, brincó y agitó vigorosamente las orejas. El *subedār* Himmat Khān disparó nuevamente, y el proyectil golpeó las piedras a pocas pulgadas del anterior. Pronto se convirtió en un juego entre Himmat Khān y Harnām Singh con un perro que corría aterrorizado de un lado a otro. Himmat Khān y Harnām Singh reían vigorosa-

mente. El perro intentó correr hacia Harnām Singh, que lo insultó en voz alta. Apuntó e hizo fuego. La bala lo hirió en una pata. Cojeando, el perro intentó correr hacia el puesto del *subedār* Himmat Khān, sólo para recibir más disparos, con la única intención de atemorizarlo.

—Sé valiente. Los valientes no se preocupan por sus heridas. Arriesga tu vida; pero ve... ve.

El perro volvió. Una de sus patas estaba ahora completamente inútil. Comenzó a arrastrarse con tres de sus patas hacia Harnām Singh, quien levantó su fusil, apuntó cuidadosamente y lo mató de un disparo.

El *subedār* Himmat Khān dijo con pena:

—El pobre inútil ha sido martirizado.

El *jamādār* Harnām Singh pasó su mano sobre el cañón todavía humeante de su fusil, y gruñó:

—Tuvo una muerte de perro.

LA OFENSA

Había sido un largo día y estaba cansada. Se quedó dormida en cuanto cayó sobre la cama. El subinspector de sanidad del comité municipal, a quien llamaba Seth, se acababa de marchar a su casa, completamente borracho. Habían hecho el amor violentamente, y le había dejado una sensación de cansancio en los huesos. Él se habría quedado toda la noche, pero se fue con su “esposa legal”, que, según decía, lo amaba mucho.

Las rupias que había obtenido del subinspector con el duro trabajo de su cuerpo estaban guardadas bajo su agitado y macizo sostén. Sus pechos todavía llevaban las marcas de los labios húmedos del subinspector. A veces, cuando respiraba con profundidad, las monedas de plata resonaban y le parecía que mezclaban fuera de tiempo su sonido con los latidos de su corazón, y que las monedas se fundían con su sangre.

Su pecho todavía ardía, en parte debido al brandy que había traído el subinspector, y en parte debido al *byore* que habían acompañado con agua cuando se acabó la soda.

Estaba extendida de pecho sobre su ancha cama de madera de teca. Sus brazos desnudos hasta el hombro se agitaban como alas, cubiertos de sudor. En las axilas depiladas, los pliegues de su piel estaban surcados por líneas de color azul oscuro.

Su habitación era muy pequeña y por todas partes se veían innumerables objetos desparramados. Bajo la cama había

tres o cuatro pares de sandalias usadas; un perro sucio, que en sueños perseguía algo con irritación, dormía con la cabeza apoyada en ellas. Debido a la sarna, había partes sin pelo sobre su piel, y a distancia podía parecer una vieja esterilla usada.

Sobre un pequeño estante se hallaban sus artículos de maquillaje: polvo facial, un lápiz de labios de color rojo, un peine y unas pinzas de hierro con las que a veces se arreglaba el cabello. Cerca de él, balanceándose de un gancho, colgaba una gran jaula con un loro verde que dormía con el pico bajo el ala. La jaula estaba sembrada de trozos de guayaba cruda y cáscaras de naranjas podridas, sobre los que flotaban algunos mosquitos y polillas. Junto a la cama había una silla de mimbre con el respaldo manchado por el uso continuo. A su izquierda había una pequeña mesa con un antiguo gramófono portátil "His Master's Voice". Sobre la pared había colgadas cuatro telas oscuras en muy malas condiciones.

Además de una mesa de tres patas, en cada esquina había agujas oxidadas. Exactamente sobre el gramófono, había colgados en la pared cuatro marcos con retratos. Un poco a su derecha, en la esquina, junto a la puerta de entrada, había una pequeña imagen en colores brillantes del dios Ganesh, adornada con flores frescas y secas. La imagen parecía encontrada en algún lugar, y el marco hecho a propósito para ella. Junto a la imagen, sobre un pequeño estante, había una taza de aceite para encender una lámpara. Junto a ella se hallaba la lámpara, cuya llama, protegida del viento, ardía inclinándose hacia la imagen. A su lado ascendía en volutas una nube de incienso.

Cuando ganaba el primer dinero del día, tocaba desde lejos con él al dios Ganesh e inclinaba la cabeza en su dirección. Como llevaba bastante dinero, lo aseguraba guardándolo en el pecho. Sin embargo, a veces, cuando esperaba que Mādhō viniera de Poona, escondía algunas rupias bajo la pata de la cama, en un pequeño hueco que había prepara-

do especialmente. Rām Lāl, quien sabía que cada visita de Mādhō era un asalto a los ahorros de Sugandhī, le había sugerido que hiciera esto para poner sus ahorros a salvo de él. Un día que supo que Mādhō venía de Poona, le dijo:

—¿De dónde sacaste a ese idiota? ¡Un amante muy extraño! Nunca saca un centavo del bolsillo; pero viene a pasarla bien contigo, y además de eso, se lleva lo que tanto te cuesta ganar. Sughandl, algo no está bien. Dime qué ves en ese idiota para correr tras él. Llevo siete años en este oficio, y conozco todas las debilidades de las mujeres; pero esto no lo entiendo.

Rām Lāl Dalāl, quien se dedicaba a buscar por diferentes lugares de Bombay hombres que procuraran pasar un buen rato, tenía una variedad de mujeres que costaban entre diez y cien rupias por noche, le dijo un día:

—No arruines tu negocio, tonta. Te advierto que ese amigo tuyo te quitará la camisa del cuerpo si no te andas con cuidado. Esconde tu dinero debajo de una pata de la cama, y la próxima vez que esté aquí, dile: “Mādhō, te juro por tu cabeza que no he visto un centavo en todo el día. Ni siquiera he comido hoy. ¿Puedes traer algo y una taza de té del café iraní del otro lado de la calle? Tengo tanta hambre que me corre una rata por la panza.” Cariño, corren tiempos muy malos. Con la prohibición del alcohol, este estúpido gobierno del Congreso le ha quitado la vida a este bazar. ¿Pero cómo saberlo? Consigues tu gota de una forma u otra. Juro por Dios que, si alguna noche veo una botella de licor vacía en tu habitación, querré cambiar de lugar contigo.

Lo que más le gustaba a Sugandhī de su cuerpo eran los pechos. Una vez le dijo a Jamunā, riendo:

—Jamunā, eres igual a todas. Por diez rupias dejas que te hagan pedazos y crees que así le ocurre a todas. Deja que

alguno ponga la mano en el lugar equivocado y se arrepentirá. ¿Sabes lo que me ocurrió la otra noche? Rām Lāl trajo un punjabí a las dos de la mañana. Pagó treinta rupias para quedarse toda la noche. Cuando fuimos a la cama apagué la luz. Te juro, Jamunā, estaba aterrorizado. “Vamos”, le dije. “¿De qué tienes miedo? Son las tres de la mañana, casi amanece”. Él decía: “Enciende la luz, enciende la luz”. No pude contener la risa. “No voy a encender la luz, hermano”, le decía para irritarlo. Lo pellizqué, saltó de la cama y encendió la luz. “¿Estás loco?”, grité, y luego apagué la luz. Tenía miedo. Fue muy divertido. Por momentos con luz, por momentos sin luz. Cuando oyó el traqueteo del primer tranvía, se puso la ropa y se fue corriendo. El imbécil debió haber ganado ese dinero jugando a algo. Jamunā, tú eres demasiado ingenua. Yo sé cómo tratar a los hombres. Tengo mis trucos.

Era cierto que Sugandhī tenía sus trucos, y a veces le contaba acerca de ellos a sus amigas.

—Si el cliente es guapo, del tipo silencioso, coquetea con él, háblale, irrítalo, juega con él. Si tiene barba, péinala con tus dedos o engancha algunos cabellos para divertirte. Si tiene una gran panza bromea con él; pero nunca les des suficiente tiempo para hacer lo que quieren. Se marcharán felices, y tal vez te ahorres una desgracia. Los tipos silenciosos siempre son peligrosos. Cuidado con ellos, porque a menudo son duros.

De hecho, Sugandhī no era tan lista como creía. Tenía muy pocos clientes. Le gustaban los hombres, y por ese motivo todos sus métodos inteligentes le fallaban cuando era el momento de usarlos. Sólo eran necesarias unas palabras dulces, arrulladas suavemente en su oído, para que se derriera. Aunque estaba convencida de que las relaciones físicas carecían básicamente de sentido, su cuerpo lo sentía de otra forma. Parecía querer ser vencida y dejada exhausta.

Cuando era una niña pequeña solía ocultarse en el gran cofre que había en el rincón de la casa de sus padres mientras

los otros niños la buscaban. El miedo de que la encontraran, mezclado con cierta excitación, hacía que su corazón se batiera rápidamente.

Sugandhī quería pasar toda su vida así, escondida de la vista, pero al mismo tiempo muriéndose por ser encontrada. Los últimos cinco años habían sido como un juego de escondidas. A veces buscaba a alguien, a veces alguien la buscaba. Era feliz y por eso debía ser feliz. Cada noche, en su cama había un hombre y Sugandhī le recordaba la fórmula. Cada noche, su antiguo o nuevo visitante le decía:

—Te amo, Sugandhī —y ella se derretía y se sentía realmente amada. Amor, qué palabra hermosa, solía pensar. Quería poder frotarse amor por el cuerpo como se frota un bálsamo; y que la felicidad entrara en ella. A veces, cuando sentía un deseo vehemente de hacer el amor, y lo hacía, quería que el hombre que estaba a su lado la acariciara y le cantara una canción para dormirse abrazada a él. Sentía tanta fuerza al hacer el amor que se enamoraba de cada hombre que venía a verla, y para ella todos eran el mismo.

Amaba a cuatro hombres y había colgado sus retratos en su habitación. Sentía agradecimiento en su corazón porque lo encontraba agradable; pero no lograba comprender por qué no había bondad en ellos. Mirándose al espejo se dijo una vez: “Sugandhī, tu conducta no es buena”.

Había vivido intensamente los días y las noches de los últimos cinco años. Es verdad, no había tenido toda la dicha que hubiera deseado; pero se las arreglaba para pasarla bien. El dinero nunca le había interesado mucho. Cobraba diez rupias por lo que hacía, una cuarta parte de ello era para Rām Lāl. Con las siete rupias y media que le quedaban tenía bastante para vivir ella sola. Cuando Mādhō venía de Poona, gastaba diez o quince rupias en él sin preocuparse. Ese era tal vez el precio que pagaba por él. Rām Lāl Dalāl había dicho que la necesitaba y por eso corría a verla. ¿Por qué ocultarlo?

Cuando Mādhō conoció a Sugandhī, le dijo:

—¿No te avergüenzas de la vida que llevas? ¿Sabes que comercias contigo misma? ¿Por qué vengo yo contigo? Sí, sí. Cobras diez rupias, y la cuarta parte es para Rām Lāl, lo que te deja siete rupias y media, ¿es verdad? A cambio de eso prometes darme algo que no puedes: amor. Y yo vengo aquí buscando algo que no se puede comprar. Yo necesito una mujer, pero ¿necesitas tú un hombre? Yo podría arreglarme con cualquier mujer; pero ¿qué te parezco yo? ¿Qué hay entre nosotros? Casi nada. Sólo estas diez rupias, una cuarta parte para Rām Lāl y el resto para ti; pero sé que entre nosotros no hay algo. Tú lo sabes y yo lo sé. ¿Por qué no hacemos algo que llene nuestras necesidades? Ahora, oye. Soy sargento de la policía de Poona. Vendré una vez al mes durante tres o cuatro días. Abandona tu trabajo y yo me ocuparé de ti. ¿Cuánto cuesta el alquiler de este lugar?

Mādhō le había dicho muchas otras cosas, y Sugandhī creyó por unos instantes en el sargento. Tras eso, Mādhō había puesto orden en el cuarto. Había fotos de desnudos que Sugandhī había clavado en la pared que él quitó y rompió sin preguntar:

—Sugandhī, querida, no soporto estas fotos. Y mira este jarro de agua. Está sucio. ¡Qué mal huelen estos trapos! Tíralos. Y mira tu cabello. Debes lavarlo. Y..., y...

Después de tres horas de conversación, Sugandhī y Mādhō llegaron a confiar en su relación. Sugandhī sintió que conocía al sargento desde hacía años. Hasta entonces nadie había tirado sus trapos ni arrancado sus fotos. Nunca nadie le había hablado de esa forma, ni le había hecho sentir que su casa era un lugar en donde se podía vivir. Los hombres que venían a su cama ni siquiera se daban cuenta de que sus sábanas estaban manchadas. Nunca nadie le había dicho:

—Tu nariz está roja, creo que te estás resfriando. Déjame salir y te traeré alguna medicina.

Pero Mādhō era diferente, le decía cosas que nunca nadie le había dicho, y ella sabía que lo necesitaba.

Mādhō venía una vez al mes desde Poona, y siempre le decía antes de regresar:

—Sugandhī, si vuelves a ese trabajo no me verás otra vez. Si alguna vez traes un hombre a esta casa te arrastraré por los cabellos y te arrojaré a la calle. Sí, te enviaré el dinero para los gastos de este mes con un giro en cuanto llegue a Poona. ¿Cuánto cuesta el alquiler de este lugar?

Mādhō nunca envió ningún dinero desde Poona ni desde ningún lugar, y Sugandhī había continuado con su trabajo, como de costumbre. Ambos lo sabían, pero Sugandhī nunca le dijo:

—¿Qué tonterías dices? Nunca me has dado ni siquiera un centavo falso.

Y Mādhō nunca le preguntó de dónde sacaba para vivir, si él nunca le había enviado nada. Vivían una vida falsa, pero Sugandhī era feliz. No podía tener oro verdadero, y se conformaba con el cobre.

En ese momento Sugandhī dormía profundamente. Estaba demasiado cansada y se había olvidado de apagar la lámpara que colgaba sobre su cabeza. Su luz áspera le golpeaba los ojos; pero a pesar de eso Sugandhī dormía.

Sonó un golpe sobre la puerta. ¿Quién podía ser a las dos de la mañana? Lo escuchó como un ruido desvanecido, lejano. Cuando fue seguido por una serie de golpes, despertó. Primero se enjuagó la boca, espesa por el regusto del mal licor, y luego miró bajo la cama, donde el perro dormía, con la cabeza gozosamente apoyada sobre sus sandalias viejas mientras perseguía algo en sueños. El loro dormía con la cabeza bajo el ala.

Sonó otro golpe sobre la puerta. Se levantó de la cama. Le dolía la cabeza. Vertió un poco de agua de la vasija de

arcilla y se enjuagó la boca, luego llenó otro vaso y lo bebió de un sorbo. Cuidadosamente, abrió la puerta y murmuró, "¿Rām Lāl?"

Rām Lāl, que casi se había resignado, respondió.

—¿Te había mordido una serpiente o qué? Llevaba una hora aquí afuera. ¿No me oías? —luego bajó la voz y preguntó—: ¿Hay alguien contigo?

Sugandhī dijo que no y lo dejó entrar.

—¿Por qué no me abrías? Si me va a tomar una hora levantar una muchacha de la cama, estoy acabado para esta profesión. ¿Por qué me miras? Ponte ese *sārī* de flores, empólvate la cara y ven conmigo. Allí afuera, en un coche, tengo un rico *seth* esperándote.

Sugandhī se sentó en una silla, tomó de la cama un frasco de bálsamo para frotarse, aflojó su tapa y dijo:

—Rām Lāl, hoy no me encuentro bien.

Rām Lāl apoyó un hombro en la pared e inclinándose le preguntó:

—¿Por qué no lo dijiste antes?

Sugandhī, que se estaba frotando la frente y las sienes con el bálsamo, replicó:

—No es eso, Rām Lāl, sólo que no me siento bien. He bebido demasiado.

La expresión de Rām Lāl cambió.

—¿Ha quedado algo? Me encantaría tomar un trago.

Sugandhī puso el frasco de bálsamo sobre la mesa.

—Si hubiera quedado algo no tendría este terrible dolor de cabeza. Mira, Rām Lāl, trae a ese hombre que está en el coche.

—No puedo —respondió Rām Lāl—. Es un hombre caballero. No quería siquiera estacionarse en la calle. Mira, cariño, ponte esa ropa y nos vamos. Todo saldrá bien.

Era el trato habitual: siete rupias y media. Con ese terrible dolor de cabeza, si Sugandhī no hubiera necesitado dinero, no habría aceptado. Pero lo necesitaba. En el *koṭha* próximo vivía una mujer de Madrás cuyo marido había muer-

to recientemente en un accidente de automóvil. Tenía una hija joven y querían regresar a su casa; pero no tenían dinero para el pasaje. Sugandhī le había dicho:

—No te preocupes, hermana, espero a mi hombre desde Poona un día de estos. El me dará algún dinero y tendrás para el pasaje.

Era cierto que esperaba a Mādhō, pero el dinero debía ganarlo la propia Sugandhī. Por eso, se levantó y comenzó a vestirse rápidamente. Tomó su *dhōtī*, y en cinco minutos se puso el *sārī* de flores, un poco de polvo rojo en las mejillas y estuvo lista. Bebió otro vaso de agua fría y salió con Rām Lāl.

La calle estaba en silencio. Las lámparas de gas encendidas y sus pilares eran menos debido a la guerra. Sugandhī vio ante sí el perfil de un automóvil en el débil resplandor de la noche. Sentía que la cabeza se le partía en dos.

Rām Lāl avanzó y dijo algo a los hombres sentados en el coche:

—Aquí está, es una chica muy buena. Hace muy poco que se ha iniciado en la profesión —luego a ella—: Sugandhī, el *seth sāhab* está esperando.

Ella se acercó, recogiendo el borde del *sārī* con las manos, y se detuvo junto a la puerta del coche. El *seth sāhab* iluminó su rostro con una linterna. Por un instante quedó enceguecida.

—¡Ugh! —gruñó el hombre en el coche, y luego aceleró el motor y se alejó.

Sugandhī no tuvo tiempo de reaccionar debido a la luz de la linterna. No había tenido tiempo de ver bien el rostro del hombre; sólo le había oído decir “ugh”. ¿Qué había querido decir con eso que todavía resonaba en sus oídos?

Rām Lāl murmuraba para sí. “No le gustaste. Bien, hermana. Me voy. He perdido dos horas.” Al oírlo, los labios, los brazos, las manos de Sugandhī se agitaron ante la injusticia. ¿Dónde estaba el *seth*? ¿Qué quiso decir con el “ugh” que no

le gustaba? Un insulto estuvo a punto de escapar de su pecho, pero se detuvo.

El coche se había marchado, el resplandor rojizo de sus luces traseras apenas se veía en la oscuridad del bazar. Quería gritar “Vuelve *seth*..., detente... regresa por un minuto”; pero el *seth* que había despreciado su cuerpo ya estaba lejos.

Estaba sola en el bazar desierto vestida con su alegre *sārī* de flores que se agitaba en el delgado aire del fin de la noche. El *sārī* le parecía viejo. Deseaba que se hiciera pedazos, porque al agitarse en el viento decía “ugh, ugh”.

Se pintó los labios mientras caminaba por la calle. Cada vez que pensaba que se había arreglado para gustarle, su pecho se llenaba de vergüenza. Para extremar su humillación, pensaba que se había arreglado en vano: “Lo hago siempre. Todas aquí lo hacemos, pero... pero... Esta noche a las dos de la mañana Rām Lāl Dalāl y el bazar, y el automóvil, y el resplandor de la linterna...”

Mientras pensaba, su vista se detuvo en una mancha de luz y alcanzó a oír el motor de un coche. Cuando se había maquillado, el bálsamo todavía estaba fresco en su frente, y ahora se mezclaba con el sudor que la cubría. Todavía le dolía la cabeza, pero el estruendo de sus innumerables pensamientos lo atenuaba. A veces deseaba que el dolor los tapara, pero no lo conseguía. Quería que le dolieran el cuerpo, la cabeza, los dientes, los brazos; quería que le dolieran tanto que le hicieran olvidar todo lo demás.

—¿Qué es este dolor? —se preguntaba.

Por un momento, su corazón se encogió. “¿Qué...?” era un reproche. Lo que encogía su corazón era ese “ugh”.

Comenzó a caminar nuevamente de regreso; pero pensó en Rām Lāl y en el *seth* del coche y se detuvo. Rām Lāl había dicho que no le había gustado al *seth*. *No había dicho que no le había gustado su aspecto.* Sólo había dicho: “No le gustaste, Sugandhī.” Tampoco el *seth* le había gustado a ella. No le había gustado, ¿y qué? También había hombres que venían a verla

y no le gustaban. La noche anterior había venido uno tan feo que, cuando estaba acostado a su lado, había sentido náuseas.

—Pero tú, Sugandhī, no se lo mostraste. Tú no lo rechazaste.

Sin embargo, ese *seṭh* del coche casi había escupido en su cara. ¿Qué significaba ese “ugh”? Significaba: “Rām Lāl, ¿de qué agujero has sacado este perfumado reptil? ¿Y quieres diez rupias por ella? ¿Por esta mujer, por esta mula vieja? ¡Ugh!”

Mientras pensaba sentía que el calor la cubría de los pies a la cabeza. Estaba enojada consigo misma y con Rām Lāl Dalāl que la había despertado a las dos de la mañana, aunque con buenas intenciones. No era culpa suya ni de él, pero quería que toda la escena se repitiera otra vez. Lenta, muy lentamente, iría ella hacia el coche, entonces la luz iluminaría su rostro seguido por un “ugh”, y ella, Sugandhī, arañaría el rostro del *seṭh* con sus uñas, que llevaba largas de acuerdo con la última moda; lo arrastraría fuera del coche por el cabello y lo golpearía hasta quedarse agotada, y entonces, podría llorar.

La agudeza de su rabia y su impotencia llenaban sus ojos de lágrimas. ¿Por qué llorar? En un instante sus párpados se llenaron de lágrimas.

“Far, far, far...” ¿De dónde venía ese ruido? Sorprendida, Sugandhī miró a su alrededor, pero no vio nada. También su corazón resonaba. Comprendió que el sonido del motor le decía algo a su corazón. Se sentía enferma. Caminaba y se detenía al azar, sin saber lo que hacía, como un disco que se detiene siempre al llegar al mismo punto: “Se apagaron las incontables estrellas de la noche”, pensó, y comenzó a repetir “noche... noche”.

Sugandhī miró las estrellas. “¡Qué bonitas son!” Quería que su pensamiento se alejara, pero en cuanto se dijo “bonitas” cambió de dirección. “Las estrellas son hermosas, pero ¡Qué fea eres tú! ¿Olvidas acaso que el sol te rechaza? ¿Qué

hay de malo en mí?”, se preguntó. Se respondió de todas las formas. Miró cuanto había a su alrededor, las luces de gas, sus postes, el empedrado de la calle, pero no encontró respuesta. La respuesta estaba adentro de ella. Sabía que era buena, sabía que no era mala; pero necesitaba que alguien lo confirmara.

Sugandhī se dijo que no era fea. Comprendía que la flor de su primera juventud había pasado; pero nadie había dicho jamás que era fea. De hecho, era una de esas mujeres a quienes los hombres echaban una segunda mirada y con las que habrían deseado pasar algunas noches. Era joven y tenía un buen cuerpo. No podía recordar un solo hombre en los últimos cinco años que no hubiera disfrutado con ella. Era muy agradable con la gente. Tenía buen corazón. El año pasado, para Navidad, cuando vivía en la zona de Gol Pitha, un joven que había pasado la noche con ella había descubierto al levantarse, cuando se marchaba, que le faltaba la maleta. La criada de Sugandhī se la había llevado. El pobre se sentía muy mal, porque había venido de Hyderabad a Bombay para pasar las vacaciones y ahora no tenía dinero para regresar allí. Sugandhī le devolvió las diez rupias que le había dado la noche anterior.

Ella necesitaba que alguien le pusiera la mano en el hombro y le dijera: “Sugandhī, ¿quién te ha dicho que eres fea? Feo es quien te lo dijo.” No, no necesitaba eso. Bastaba con que alguien le dijera: “Eres muy buena, Sugandhī.”

Se puso a pensar por qué quería que alguien la defendiera. Antes no lo necesitaba. ¿Por qué necesitaba ahora que los objetos inanimados que miraba afirmaran su bondad? ¿Acaso porque el paso del tiempo la estaba convirtiendo en una madre y, como tal, estaba dispuesta a abrazar maternalmente todas las cosas? ¿Por qué quería abrazar el poste de la luz, apoyar su cálida mejilla sobre el hierro y absorber su calor? ¿Por qué esas disputas? ¿Por qué ese dolor de cabeza? “Vete a casa, Sugandhī, bébete un vaso de agua fría, vete a dormir

y todo estará bien. Ese insignificante *seth* y su coche...” Pensar en eso alivió su carga como un baño en un estanque fresco, y sintió más ligero su cuerpo. Se dirigió a su casa y el peso de sus pensamientos no era la causa de su temblor. Sin embargo, cuando llegó allí, revivió con un escalofrío todo el suceso en su pensamiento. Le dolía el cuerpo. Sentía dolor porque la habían ido a buscar a su casa para que un hombre la humillara. La había mirado como los granjeros miran las ovejas en el mercado. La había alumbrado con una linterna para ver si tenía carne o sólo era piel y huesos. Y luego la había ofendido. Deseaba maldecirlo, pero de qué le serviría. Quería que ese hombre volviera para arrancarse las ropas y poder gritarle con el desprecio escrito en cada átomo de su ser: “Esto es lo que querías, ¿verdad? Tómallo sin pagar, pero ni tú ni tu padre pueden comprar lo que hay dentro de mí.”

Imaginó otra forma de vengarse de él. Si ese *seth* volvía una vez, sólo una vez, se acercaría a él y..., y... No. Pero cuando Sugandhī pensaba que era imposible encontrarlo nuevamente, se conformaba con poder insultarlo un poco, sólo un poco, y que él recibiera en silencio esa ofensa.

Hundida en esa reflexión se detuvo en el segundo piso del edificio en que vivía. Tomó la llave de dentro del sostén, pero al tocar la cerradura con la mano para abrirla, se movió. No estaba cerrada. Sugandhī la empujó y la puerta cedió suavemente. Alguien la abrió desde adentro y Sugandhī entró.

Oyó a Mādho reír tras su espeso bigote mientras cerraba la puerta.

—Hoy has seguido mi consejo —le dijo—. Dar un paseo por la mañana es muy bueno. Levantarte temprano todos los días te quitará la pereza y hará desaparecer el dolor de espalda del que siempre te quejas. ¿Has caminado hasta Victoria Gardens?

Sugandhī no respondió; Mādho no lo esperaba. Se suponía que cuando éste hacía una observación Sugandhī

debía aceptarla; pero no se esperaba lo mismo cuando ella la hacía.

Mādhō se sentó en la silla de caña, cuyo respaldo llevaba la oleosa evidencia del contacto anterior con su cabello grasoso. Puso una pierna sobre la otra y comenzó a jugar con su bigote.

Sugandhī se sentó en la cama.

—Te esperaba hoy —le dijo.

—¿Me esperabas? —preguntó él muy intrigado—. ¿Cómo sabías que iba a venir hoy?

Sugandhī sonrió.

—Porque anoche te vi en un sueño. Me desperté, pero no estabas aquí, de modo que salí a caminar.

—Y yo estaba aquí cuando regresaste —dijo Mādhō alegremente—. Hermana, las palabras de los grandes hombres son fuertes. ¿No se dice que el corazón es el camino al corazón? ¿Cuándo soñaste eso?

—Hace cuatro horas —respondió Sugandhī.

Mādhō se levantó de la silla y se sentó junto a Sugandhī.

—Ah!, yo soñé contigo dos horas antes. Tú llevabas tu *sārī* floreado. Sí, el mismo que llevas ahora. Estabas a mi lado. En tus manos... ¿qué había en tus manos? Sí, una pequeña bolsa de dinero. La ponías en mis manos y me decías: "Mādhō, ¿por qué te preocupas? Toma esto. Lo que es mío es tuyo." Lo juro por tu vida. De inmediato me levanté, compré mi pasaje y vine aquí. ¿Qué puedo decirte? Es muy extraño. Estoy en problemas. Hay una investigación en mi contra. Si tuviera ahora veinte o treinta rupias podría aflojar la mano del subinspector. Pero no te preocupes por eso. Te ves cansada. Acuéstate y te daré un masaje en los pies. Si no estás acostumbrada a caminar, te cansas. Ahora acuéstate y pon tus pies hacia mí.

Sugandhī se acostó ocultando su cabeza entre los brazos. Entonces, con una voz que no era en realidad la suya preguntó:

—Mādhō, ¿quién es la persona que ha puesto en peligro tu trabajo? Si temes perder tu trabajo e ir a prisión, dímelo. ¿Qué son veinte o treinta rupias? A veces es necesario darle a la policía cien o ciento cincuenta rupias para obtener algo. A veces, para salvar la vida es necesario pagar millones, y nada es demasiado. Desde que me diste esas malas noticias sobre tu trabajo mi corazón está sobresaltado. ¿Cuándo regresas a Poona?

Mādhō sintió el licor en el aliento de Sugandhī y pensó que era buen momento para conseguir lo que buscaba.

—Debo tomar el tren de la tarde. Para entonces debería deslizar cien o ciento cincuenta rupias en el bolsillo de mi subinspector. No es necesario que sean tantas, tal vez cincuenta podrían bastar.

—Cincuenta —dijo Sugandhī. Se levantó entonces de la cama con gran calma y se quedó de pie frente a las cuatro fotos colgadas en la pared. La tercera era de Mādhō. Estaba sentado en una silla, con las manos sobre los muslos; en el fondo, una cortina negra con flores pintadas. Tenía una rosa en su solapa y dos gruesos libros sobre una mesita junto a la silla. Estaba sentado allí, muy alerta para ser fotografiado. Miraba a la cámara con una expresión casi de pesar.

Sugandhī se puso a reír. Su risa era tan aguda y violenta que Mādhō se levantó de la cama y se acercó a ella.

—¿De qué foto te ríes tanto?

Sugandhī señaló la primera con la mano derecha. Era la del subinspector de Sanidad del municipio.

—Mira esa cara. Es la de un subinspector municipal. Una vez me contó que una reina se había enamorado de él. ¡Con esa cara de lenteja! —arrancó el marco de la pared con tal violencia que parte del revoque saltó y lo arrojó al suelo para hacerlo pedazos—. Cuando mi reina de la limpieza venga en la mañana se llevará este rey con el resto de la basura —dijo Sugandhī.

Rió otra vez con la violencia de la primera lluvia del verano. Mādhō sonrió con cierta dificultad, como si pensara abandonar la casa de inmediato.

Sugandhī arrancó el segundo cuadro, lo arrojó por la ventana y lo oyó hacerse pedazos al caer desde el segundo piso.

—¿Qué hace este idiota aquí? En este lugar no se admite a ningún hombre con un hocico así. ¿Es Mādhō? —Mādhō rió con dificultad.

Arrancó con una mano el cuadro de un hombre con turbante y con la otra la de Mādhō, al que observaba con disgusto; dijo “ugh” mirándolos, y los arrojó por la ventana. Los oyeron caer desde el segundo piso y romperse al golpear contra el suelo. Mādhō comprendió que algo se había roto dentro de ella. Sonrió con dificultad.

—Bien hecho. Tampoco a mí me gustaba esa foto.

Sugandhī se le acercó lentamente a Mādhō.

—¿No te gustaba esa foto? Yo te pregunto: ¿Qué hay en ti que pueda gustarle a alguien? ¿Tu nariz de pakora, tu frente peluda? ¿Tu nariz sucia? ¿Tus orejas torcidas? ¿El aliento de tu boca? ¿Tu cuerpo sucio, acaso? ¿No te gustaba tu foto? “Ugh”, ¿qué te gusta de ti? ¿Hay algún defecto que hayas mantenido oculto y quieras mostrarme ahora?

Mādhō retrocedió. Cuando su espalda dio contra la pared, intentó decir con voz grave:

—Sugandhī, veo que has vuelto a esa sucia profesión. Te lo digo por última vez...

Sugandhī se levantó y comenzó a imitarlo:

—Sugandhī, si vuelves a ese trabajo no me verás otra vez, y si alguna vez traes un hombre a esta casa te arrastraré por los cabellos y te arrojaré a la calle. Sí, te enviaré el dinero para los gastos de este mes con un giro en cuanto llegue a Poona. ¿Cuánto cuesta el alquiler de este lugar?

Mādhō estaba desconcertado. Sugandhī no había terminado con él aún.

—Déjame decirte cuánto cuesta cada mes. Quince rupias. Yo cuesto diez rupias. De eso, dos rupias y media son para Dalāl. Me quedan siete rupias y media. ¿Qué era nuestra relación, en todo caso? ¡Nada! Diez rupias, tal vez. Lo suficiente para que al encontrarnos me dijeras que me necesitabas y que yo te dijera lo mismo. Hasta ahora, entre nosotros había diez rupias, ahora son cincuenta. Cincuenta.

Sugandhī hizo volar la gorra de Mādhō con un dedo.

—Sugandhī —aulló él.

Ella lo ignoró. Sacó el pañuelo del bolsillo de Mādhō, se lo llevó a la nariz, hizo un gesto, y dijo con disgusto:

—¡Ese trapo! Ugh. ¡Qué mal huele! ¡Tíralo!

—¡Sugandhī! —gritó; pero ella le replicó en voz alta.

—¡Hijo de Sugandhī! ¿Para qué vienes aquí? ¿Vive tu madre en este lugar? ¿O acaso eres un joven fascinante para que yo me convierta en tu amante? Perro, infeliz. No te atrevas a levantarme la voz. ¿Quién crees que eres, miserable mendigo? ¿Eres un ladrón o un carterista? En todo caso, ¿qué estás haciendo a esta hora en mi casa? ¿Debería llamar a la policía? Puede o no haber un pleito contra ti en Poona, pero habrá uno contra ti aquí, en Bombay.

Mādhō estaba aterrorizado.

—¿Qué te ha pasado, Sugandhī?

—¿Quién eres tú para hacerme esas preguntas? ¡Vete de aquí, de inmediato!

El perro sucio, que hasta entonces había estado durmiendo con la cabeza sobre las sandalias, se despertó de repente y comenzó a ladrarle a Mādhō, lo cual hizo a Sugandhī reír histéricamente.

Mādhō tenía miedo. Se inclinó para recoger su gorra, pero Sugandhī gritó:

—Ten cuidado. ¡Déjala ahí! Tan pronto llegues a Poona te la giraré —comenzó a reír nuevamente mientras caía sobre la silla.

El perro, mientras tanto, había echado a Mādhō de la habitación, escaleras abajo. Regresó moviendo su corta y fea cola, mientras agitaba las orejas, y se sentó a los pies de Sugandhī, quien miró a su alrededor y sintió una terrible desolación, una desolación que nunca había sentido. Se sintió vacía, como un tren que, tras descargar sus pasajeros, es estacionado en la playa y abandonado en absoluta soledad. El vacío que surgió de improviso en su interior la apesadumbró. Durante largo tiempo intentó librarse de él, pero fue en vano. Innumerables pensamientos se aglomeraban en su cabeza y desaparecían súbitamente. Tan pronto sentía la cabeza pesada como vacía.

Estuvo sentada en la silla durante largo tiempo. Luego se levantó, recogió su perro del suelo, lo puso cuidadosamente sobre la cama, se acostó junto a él, puso un brazo sobre su gastado cuerpo, y se quedó dormida.

LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Aunque carecía de instrucción, Mangu, el conductor de *tāngā*, era considerado un hombre de gran sabiduría en su *aḍḍā*, la parada de *tāngās*. Nunca había asistido a una escuela, pero a pesar de ello sabía algo acerca de todo. Todos los conductores de *tāngās*, cuando querían saber qué estaba ocurriendo en el mundo, se acercaban a él para beneficiarse de sus amplios conocimientos.

Unos días antes, Ustad Mangu acertó a oír de un pasajero que se decía que acababa de estallar una guerra en España. Palmeó los anchos hombros del jefe de la parada y con ademán afectado, le explicó:

—Mira, jefe, en pocos días estallará una guerra en España.

Cuando el jefe de la parada le preguntó dónde estaba España, Ustad Mangu le respondió con gran seriedad:

—En Europa.

Estalló la guerra en España y, cuando todo mundo se enteró, en el círculo del *aḍḍā* de la estación se aceptó la “grandeza” de Ustad Mangu. En esos días él cambió impresiones con un pasajero acerca de un nuevo incidente entre hindúes y musulmanes. Esa tarde, al regresar al *aḍḍā*, se veía extrañamente inquieto. Fumó un *hukkā* tras otro, y cuando se tocó el tema de los disturbios comunales, se quitó el turbante caqui, lo apretó contra sí y dijo con voz preocupada:

—Sin duda, hindúes y musulmanes se pasan el día atacándose con dagas y cuchillos como resultado de la maldición de algún hombre santo, y he oído de mis mayores que Akbar Bādshāh ofendió una vez a un derviche que, furioso, lo

maldijo con estas palabras: “¡Vete! En tu Hindustán siempre habrá motines y desorden. Y como pueden verlo ustedes mismos, desde el fin del reino de Akbar, ha habido motines” —respiró profundamente, chupó de su *hukkā* y continuó—: Los del partido del Congreso quieren que la India sea independiente. Yo creo que aunque lo intenten durante mil años no conseguirán nada. Cuando mucho, los ingleses se marcharán, pero entonces vendrán los italianos, o los rusos, acerca de los que he oído que son gente muy fuerte; pero la India siempre estará esclavizada. Sí, olvidé decirles que parte de la maldición del santo era que la India siempre sería gobernada por extranjeros.

Ustad Mangu odiaba a los ingleses. Ese odio le hacía decir que los odiaba porque gobernaban el Hindustán contra la voluntad de los indios y no perdían oportunidad de cometer atrocidades. Sin embargo, el mayor motivo de su odio era que los soldados del acantonamiento lo molestaban mucho. Se comportaban con él como si fuera un perro despreciable. Además, a Ustad Mangu no le gustaba su color. Cuando veía el rostro blanco y rojizo de un soldado gora se sentía enfermo.

—Ver sus caras rojas me hace recordar un cadáver —solía decir.

Cuando se producía una disputa con un soldado borracho, quedaba abatido todo el día, llegaba a su *addā* por la tarde y los maldecía mientras fumaba furiosamente su *hukkā* o su marca favorita de cigarrillos.

Después de pronunciar gruesos insultos, decía sacudiendo la cabeza con el turbante flojo:

—Vinieron a la casa a pedir fuego, y ahora se han convertido en los dueños. No soporto ver a esos hijos de los monos. ¡Nos dan órdenes como si fuéramos el esclavo de su padre!

Su cólera no se aplacaba ni siquiera cuando algún compañero se sentaba a su lado, y seguía escupiendo el fuego que llenaba su pecho.

—Míralos... ¿No te parecen leprosos, algo muerto y putrefacto? —seguía farfullando y simulando cómo pensaba golpearlos—. Ayer tropecé con uno, juro que casi le parto la cabeza, pero ¿qué hacer con su arrogancia? Sentí asco, pero luego me contuve.

Poco después se quedaba en silencio, se limpiaba la nariz con su camisa caqui y continuaba su diatriba.

—Lo juro por Dios, estoy harto de los aires que se dan estos poderosos *sāhabs*. Cada vez que miro sus pestilentes caras mi sangre comienza a hervir. Necesitamos nuevas leyes para librarnos de esta gente. Sólo eso puede salvarnos, lo juro por su vida.

Un día, Mangu recogió en su *tāngā* a dos pasajeros en la zona de los juzgados y comprendió por su conversación que iba a haber una nueva legislación en India. Su felicidad no tuvo límites. Los dos *marvārīs* habían arreglado sus asuntos en las cortes civiles y regresaban a su casa conversando acerca del India Act.

—Dicen que a partir del primero de abril va a regir una nueva constitución. ¿Crees que todo cambiará?

—No todo, pero dicen que cambiarán muchas cosas y los indios serán libres.

—¿Y qué ocurrirá con los intereses bajo la nueva constitución? —preguntó uno.

—Habrá que averiguarlo. Mañana se lo preguntaré a algún abogado.

Al oír esta conversación, el corazón de Ustad Mangu se llenó de felicidad. Normalmente tenía el hábito de maldecir a su caballo por ser lento, y no era contrario al uso del látigo; pero ese día a cada momento se volvía para mirar a sus pasajeros, acariciaba los cabellos de su gran bigote estirándolos con un dedo, y aflojaba las riendas sobre el lomo del caballo mientras le decía con gran cariño:

—Vamos, hijo, vamos. Muéstrales lo que puedes hacer.

Cuando los *marvārīes* llegaron a su destino, se detuvo en Anārkalī, en la tienda de dulces de Dino. Pidió un gran vaso de *lāssī* de medio *sīr* de peso, lo bebió de un trago, soltó un gran eructo, se relamió el bigote y gritó en voz alta:

—Al diablo con ellos.

Cuando regresó al *addā* en la tarde, y no pudo encontrar allí a ninguno de sus amigos conductores de *tāngā*, sintió en su pecho un extraño dolor. Hoy quería compartir una gran noticia con sus amigos, una noticia verdaderamente grande. Estaba inquieto por sacar fuera de su pecho la noticia que llevaba dentro, pero no encontró a nadie.

Por cerca de media hora caminó de un lado a otro con el látigo en las manos, bajo el techo de hierro del *addā* de la estación, presa de gran inquietud. En su cabeza había grandes pensamientos auspiciosos. La noticia de que el país iba a tener una nueva constitución había abierto repentinamente todo un nuevo mundo. Mangu había encendido todas las luces de su cerebro para pensar y reflexionar sobre las nuevas leyes que regirían en la India desde el primero de abril. En sus oídos resonaban las sospechas de los dos *marvārīes*, ¿qué ocurrirá con los intereses bajo la nueva constitución?, se preguntaba, y una ola de felicidad estremecía todo su cuerpo. A veces sonreía bajo su espeso bigote y maldecía a los *marvārīes*.

—¡Chinches ocultas en el cuerpo de los pobres! Para ellos la nueva constitución será como agua hirviente.

Se sentía muy feliz, especialmente cuando pensaba que la nueva constitución iba a forzar a esos ratones blancos (los recordaba por ese nombre) a volver de una vez por todas a sus miserables agujeros. Ya no volverían a infectar la tierra.

Cuando Natthū, el calvo, llegó al paso un poco después, con su turbante plegado bajo el brazo, Ustad Mangu avanzó a su encuentro, y tomando su mano comenzó a decir en voz alta:

—Te contaré algo que te hará feliz. En tu calva cabeza volverá a crecer el cabello.

Tras esto Mangu comenzó a hablar a su amigo acerca de la nueva constitución.

—Ya verás lo que ocurrirá. Sin duda, ese rey ruso les mostrará el camino.

Ustad Mangu había oído mucho acerca del sistema socialista de la Rusia soviética, y le gustaban mucho sus nuevas leyes y algunas otras cosas. Por eso había decidido unir al rey de Rusia con el nuevo India Act, es decir, la nueva legislación. Consideraba que los cambios en la antigua administración que se iban a instaurar desde el primero de abril eran consecuencia de la influencia del rey ruso.

Desde hacía algunos años, el movimiento de los Camisas Rojas de la Independencia (los servidores sagrados de Gapphār Khān) había aparecido mucho en las noticias en Peshawar y otras ciudades. Para Ustad Mangu, la independencia tenía algo que ver con “el rey de Rusia” y el nuevo India Act. Además de eso, cuando oía decir a alguien que en tal ciudad se había detenido a tantas personas que fabricaban bombas, o en tal otra se había iniciado juicio bajo acusación de rebelión contra tantos otros, creía que todos esos incidentes anunciaban la nueva constitución y se sentía feliz.

Un día se sentaron en su *tāngā* dos abogados que criticaban con gran dureza la nueva legislación, mientras Mangu los escuchaba en silencio. Uno de ellos le decía al otro:

—Es la sección dos de la nueva legislación, la que trata sobre la federación, lo que todavía no logro entender. Hasta hoy no he visto ni sabido de nada como esa federación en la historia del mundo. Incluso desde un punto de vista político, esta federación es completamente incorrecta. De hecho, ni siquiera es una federación.

La conversación entre los dos abogados tenía lugar principalmente en inglés, y por ese motivo Ustad Mangu era incapaz de seguirla; sin embargo, tuvo la impresión de que se oponían al nuevo India Act y no querían que su patria fuera

libre. Bajo el influjo de esta impresión, miró con desprecio algunas veces a los dos abogados y dijo para sí: “Malditos imbéciles”. Cuando llamaba a alguien de esa manera a media voz, experimentaba en su corazón una gran dicha por usar las palabras en su aplicación correcta y diferenciar un hombre de un maldito imbécil.

Tres días después de este incidente, se sentaron en su *tāngā* tres estudiantes del Government College que querían ir a Mozang. Usted los escuchó hablar acerca de la nueva constitución:

—Mis expectativas crecen con la nueva legislación, y si el *sāhab* fulano es elegido miembro de la asamblea, seguramente conseguiré un trabajo en el gobierno.

—Oh, sí. Muchas cosas se aclararán, y en la confusión, tal vez consigamos algo.

—Sí, sí. ¿Cómo no?

—Además, habrá una reducción en el número de graduados sin empleo.

Esta conversación aumentó en el corazón de Usted Mangu la importancia de la nueva constitución, que se le presentaba ahora como algo luminoso. “La nueva constitución...”, pensaba varias veces al día, “es decir, algo nuevo”.

Lo único con que podía comparar la nueva constitución eran los espléndidos arneses de bronce dorado que había comprado dos años atrás para su caballo en Chaudhuri Khuda Bukhsh y que tenía ante los ojos. La nueva constitución le daba la misma sensación agradable y cálida.

En las semanas siguientes, Usted Mangu oyó mucho a favor y en contra de la nueva legislación. Sin embargo, en su mente, el cuadro ya estaba plasmado y no podía cambiar. Creía que cuando llegara la nueva constitución, el primero de abril, todo se aclararía y los cambios saltarían a la vista.

Finalmente pasaron los treinta y un días de marzo, y, al comenzar el primero de abril, la luna de la noche brillaba con fuerza. En comparación con los días habituales de esa esta-

ción hacía frío, y el aire estaba fresco. Ustad Mangu se levantó temprano; se dirigió al establo; unció el caballo a su *tāngā*, y se lanzó a la calle. Se sentía extraordinariamente feliz porque iba a ver con sus propios ojos la llegada de la nueva constitución. En el frío resplandor de la mañana, dio vueltas por las calles estrechas y los bazares cerrados; pero todo tenía el mismo viejo aspecto. Tan viejo como el cielo. Quería ver nuevas luces y colores, pero no había nada con excepción de la pluma de colores que había comprado para su caballo en Chaudhuri Khuda Bukhsh por catorce *annas* y media en celebración del gran día.

El sonido de los cascos del caballo, las calles oscuras, sus alrededores, y los postes de electricidad quedaban poco a poco detrás; los carteles de las tiendas, el resonar de las campanillas en el cuello de su caballo, el movimiento en los bazares. ¿Qué había de nuevo en todo eso? Era evidente que nada, pero Ustad Mangu no se sintió frustrado.

—Es demasiado temprano. Hasta las tiendas están cerradas —se dijo, y ese pensamiento lo consoló. Aparte de eso, había pensado que en el distrito de la Corte Suprema las actividades no comenzaban hasta después de las nueve—. ¿Qué aspecto tendría la constitución antes de esa hora?

Se encontraba cerca de la puerta del Government College cuando el reloj de la torre señaló las nueve. Los estudiantes que entraban por la puerta principal estaban bien vestidos; pero en opinión de Ustad Mangu tenían mal aspecto. Tal vez eso se debía a que hoy esperaba ver algo colorido y espectacular.

Hizo girar su *tāngā* y poco después llegó a Anārkalī. La mitad de las tiendas del bazar acababan de abrir; pero la cantidad de gente que llegaba al lugar crecía a cada instante. Numerosos clientes se reunían frente a las tiendas de dulces. Los vendedores de pulseras estaban ocupados con sus compradores y exhibían su mercadería en forma atractiva en sus vitrinas; pero para Ustad Mangu nada de esto tenía ningún

interés. Quería ver la nueva constitución con tanta claridad como veía su caballo.

Cuando en su casa iba a nacer un niño, desde cuatro o cinco meses antes, Ustad Mangu estaba inquieto. Confiaba que el niño nacería algún día; pero no podía soportar el tiempo de espera. Sólo quería mirarlo una vez, ya luego podría nacer. Ponía muchas veces la oreja sobre el abultado vientre de su esposa porque quería saber algo acerca de su hijo; pero por supuesto no lograba descubrir nada. Un día, irritado por tanta espera, había gritado a su esposa:

—Te pasas todo el día en la cama como si estuvieras muerta. Levántate y al menos camina un poco. Tus piernas están un poco débiles. De esta forma no resultará. ¿Tú crees que el niño nacerá si te quedas todo el tiempo acostada?

Ustad Mangu tenía un temperamento impetuoso. Simplemente no podía esperar que las cosas tomaran forma. Quería que todo ocurriera de inmediato. Una vez, su esposa Gangādeyī, viendo su inquietud, le había dicho con aire de estar acostumbrada:

—Todavía no has comenzado a cavar el pozo y ya estás impaciente por beber el agua.

Esta mañana no estaba tan impaciente por la espera de la nueva constitución, como habría podido estarlo de acuerdo con su temperamento. Había salido temprano de su casa para ver la nueva constitución con sus propios ojos del mismo modo que había esperado horas para ver pasar por un instante el cortejo de Gandhi o de Jawaharlal Nehru.

Ustad Mangu consideraba que la grandeza de los líderes siempre estaba en proporción al tumulto de su cortejo y a las guirnaldas de flores colocadas en su cuello. Si un líder estaba cargado de ramos de flores, Ustad Mangu lo consideraba un gran hombre, y si durante su visita se producían algunas refriegas, el hombre ascendía aún más en su estima. Ahora, en su entendimiento, pesaba la nueva constitución con la misma escala.

Desde Anārkalī regresó al Mall. Mientras conducía lentamente su *tāngā* frente al salón de exhibición de automóviles encontró a un pasajero que iba al acantonamiento. Tras acordar el precio, azuzó al caballo con el látigo mientras pensaba: “Vamos, que no está mal. Tal vez la nueva constitución salga del acantonamiento.” Cuando llegaron allí, Ustad Mangu dejó a su pasajero en su destino; sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió sosteniéndolo entre los dos últimos dedos de la mano izquierda; se estiró en el asiento trasero, y se puso a fumar. Cuando no estaba buscando un pasajero o reflexionando para dejar pasar el tiempo, solía sentarse en el asiento trasero, y con gran confianza soltaba las riendas del caballo, que sostenía con la mano izquierda. En esas ocasiones, el caballo, después de agitarse un poco, comenzaba a moverse muy lentamente, ya que después de un tiempo de correr se encontraba en disposición de descansar. El movimiento del caballo y la llegada de los pensamientos a la mente de Ustad Mangu eran muy lentos, de modo que, con la misma lentitud con que el caballo avanzaba un paso, entraban en el entendimiento de Ustad Mangu los pensamientos acerca de la nueva constitución.

Cuando estaba hundido en sus pensamientos tratando de decidir si el actual sistema de número de placa para los *tāngās* cambiaría con la nueva legislación, a Ustad Mangu le pareció que un pasajero lo llamaba. Al volverse en esa dirección, vio al otro lado de la calle que un soldado blanco de pie junto a un poste de luz le hacía señas.

Como ya se ha dicho, el odio de Ustad Mangu por los soldados blancos no tenía límites. Cuando vio que su nuevo pasajero era uno de ellos, sintió que su corazón se encendía. El primer pensamiento que acudió a su mente fue dejarlo y marcharse, pero luego reflexionó sobre el hecho de que perder ese dinero era un error. Podría recuperar de su bolsillo las catorce *annas* y media que había gastado en la pluma. Hizo girar el *tāngā* con gran limpieza en la calle vacía;

mostró el camino con el látigo al soldado, y en un instante llegó junto al poste de luz. Tiró de la rienda y detuvo el *tāngā*, y sentado en el asiento trasero preguntó al soldado:

—Valiente *sāhab*, ¿dónde quieres que te lleve?

En la pregunta había un tono de furia. Al decir “valiente *sāhab*” había levantado su labio superior cubierto por el bigote.

Cuando el soldado, que estaba intentando encender un cigarrillo contra el viento, se volvió y comenzó a caminar hacia el *tāngā*, sus miradas se cruzaron como disparos en un enfrentamiento y se levantó un torbellino de fuego.

Ustad Mangu soltó las riendas de su mano izquierda, y descendió del *tāngā* frente al que estaba parado el soldado como si quisiera destruirlo con la mirada.

—¿Quieres ir o sólo estás buscando problemas? —preguntó el soldado aspirando el humo del cigarrillo.

“Es el mismo.” Estas palabras comenzaron a agitarse en la mente y el ancho pecho de Ustad Mangu. “Es el mismo”, se dijo reordenando sus recuerdos y con la seguridad de que el soldado que tenía frente a sí era aquel con el que había discutido el año anterior. Entonces el soldado estaba borracho y había insultado a Ustad Mangu, quien había soportado sus palabras. Quería romperle la cabeza; pero sabía que si el caso iba a la Corte, sería él, el humilde conductor de *tāngā*, quien perdería.

Tras reflexionar sobre el altercado del año anterior y la nueva constitución del primero de abril, Ustad Mangu preguntó al soldado, rápido como un látigo:

—¿Dónde quieres ir?

—A Hira Mandī —respondió el soldado.

—Te costará cinco rupias —el bigote de Ustad Mangu tembló.

—¡Cinco rupias! ¿Estás loco? —gritó el soldado.

—Sí. Cinco rupias —mientras decía eso Ustad Mangu se acariciaba los cabellos con la mano izquierda y cerraba el puño con fuerza.

—¿Quieres ir o sólo quieres hacerme perder el tiempo?

La voz de Ustad Mangu se había vuelto muy áspera.

El soldado recordó el incidente del año anterior y no quiso prestar atención a la mirada y al pecho hinchado de Ustad Mangu, y pensó: “Debo enseñarle otra lección.” Con ese pensamiento, su cólera aumentó, caminó con afectación hacia el *tāngā* e hizo señal a Ustad Mangu de que bajara del *tāngā*.

Agitó su bastón en el aire y luego golpeó dos o tres veces el ancho muslo de Ustad Mangu, quien desde arriba miró con desdén al soldado de corta estatura. Levantó su brazo y lo golpeó en el pecho. Luego lo empujó, se alejó de él, bajó del *tāngā* y comenzó a golpearlo.

El soldado no podía creer lo que estaba sucediendo. Cuando vio que Ustad Mangu estaba enloquecido y sus ojos echaban chispas, procuró protegerse, intentó cubrirse de sus pesados puños y comenzó a gritar. Los chillidos enfurecieron a Ustad Mangu, quien lo golpeó a voluntad mientras le decía:

—¡La misma presunción también el primero de abril! ¡La misma presunción también el primero de abril! Pero nosotros gobernamos ahora, hijo.

Se había reunido una multitud, y dos policías aparecieron y rescataron con gran dificultad al soldado. Ustad Mangu estaba de pie en medio de los dos policías, con su amplio pecho henchido y desafiante. Echaba espuma por la boca, pero había una extraña luz en sus ojos. Sonreía con los ojos a la muchedumbre sorprendida y decía en alta voz:

—Amigos, han pasado los días en que Khalil Khān nos hundía. Hay una nueva constitución, una nueva constitución.

El pobre soldado con el rostro inflamado se veía completamente desolado y miraba ya a Ustad Mangu, ya a la multitud.

Ustad Mangu fue llevado por los dos guardias a la estación de policía. Durante todo el camino, incluso cuando ya

estaba dentro de la estación, aunque nadie lo oía, siguió gritando: “¡Nueva constitución, nueva constitución!”

—“Nueva constitución, nueva constitución.” ¿Qué tontearías estás diciendo? La constitución es la misma, la antigua! —le dijeron.

Luego lo encerraron en la celda.

BĀBŪ GOPĪ NĀTH

Conocí a a Bābū Gopī Nāth en el año cuarenta. En ese tiempo yo era el editor de un semanario de Bombay. Un día Abdul Rahīm Saindo entró a mi oficina seguido por un hombre de baja estatura. En ese momento yo estaba escribiendo un editorial. Saludándome en su típico estilo, Saindo presentó en voz alta a su acompañante:

—Manto *sāhab*, te presento a Bābū Gopī Nāth.

Me levanté y nos estrechamos la mano. Saindo, como de costumbre, comenzó a alabarme exageradamente.

—Bābū Gopī Nāth, estás estrechando la mano del escritor número uno de la India. Cuando escribe —continuó Saindo— es un *dharan takhtā*. Nadie comprende la “continuidad” de la gente como él. Manto *sāhab*, ¿qué escribiste sobre la señora Khurshid la semana pasada? “La señora Khurshid ha comprado un coche. En verdad, Dios es el gran fabricante de coches”. Bien, Bābū Gopī Nāth, si eso no es lo “anti de lo pantipo”, entonces, ¿qué lo es?

La forma en que Abdul Rahīm Saindo creaba palabras era muy particular. Usaba decididamente en cualquier conversación palabras como “dharan takhtā”, “continuidad”, “lo anti de lo pantipo” y otras por el estilo inventadas por él.

Después de esta presentación, miró a Bābū Gopī Nāth, quien parecía impresionado.

—Este es Bābū Gopī Nāth, un gran rufián escapado de Lahore, de visita en Bombay con una paloma de Cachemira.

Bābū Gopī Nāth sonrió.

Saindo consideró incompleta su presentación y agregó:

—Si estás buscando un tonto número uno del mundo, éste es tu hombre. Todo el mundo le saca dinero. Sólo por decirle unas palabras me recompensa con dos paquetes de mantequilla “Poulson” por día. Manto *sāhab*, éste es un genuino tipo “antiflojisten”. Te esperamos en el departamento de Bābū Gopī Nāth esta tarde.

Bābū Gopī Nāth, cuya atención parecía estar en otra parte (¿qué estaría pensando?), se unió entonces a la conversación.

—Manto *sāhab*, es necesario que vengas —luego miró a Saindo—. Saindo, ¿le gusta a Manto *sāhab*... algún pasatiempo?

Saindo respondió con vehemencia.

—Por supuesto. Le gusta todo tipo de pasatiempos. Manto *sāhab*, ven esta tarde. Como es gratis también yo he comenzado a beber.

Saindo escribió la dirección, y a las seis en punto llegué al departamento. Era un departamento bonito y limpio de tres habitaciones, con buen mobiliario nuevo, donde reinaba el orden. Además de Saindo y Bābū Gopī Nāth había dos hombres y dos mujeres, a quienes Saindo me presentó de inmediato.

Uno era Ghaffār Sain, un típico aldeano punjabí que vestía un amplio *tehmad* y llevaba un gran collar de abalorios.

—Es el consejero legal de Bābū Gopī Nāth, si me comprendes. En el Punjab, cada hombre cuya nariz moquea o cuya boca escupe es considerado un hombre santo. Nuestro amigo es ya un hombre santo o está a punto de serlo. Ha acompañado a Bābū Gopī Nāth desde Lahore porque allí se le han acabado los embaucos. Aquí bebe whisky escocés, fuma cigarrillos “Craven A” y ruega por el bien del alma de Bābū Gopī Nāth.

Ghaffār Sain sonrió.

El otro hombre se llamaba Ghulām Alī. Era alto y atlético, y tenía el rostro marcado por la viruela. Acerca de él, Saindo dijo:

—Es mi discípulo. Sigue los pasos de su maestro. Una famosa cantante de Lahore se enamoró de él. Puso en escena toda clase de “continuidades” para encantarlo; pero la única respuesta que recibió de él fue: “Tintura o no tintura, yo mantendré firme mi faja. (Las mujeres no son mis favoritas)”. Ghulām Alā conoció a Bābū Gopī Nāth borracho en un santuario de Lahore, y desde ese día no se ha apartado de su lado. Recibe un bote de cigarrillos “Craven A” cada día y la comida y la bebida correspondientes.

También Ghulām Alī sonrió.

Miré a las mujeres. Una de ellas era joven y de piel clara. Comprendí que era la paloma de Cachemira que Saindo había mencionado. Llevaba el cabello corto. Sus ojos eran grandes y brillantes, y su expresión sugería con claridad que era extremadamente indolente y falta de experiencia. Saindo la presentó diciendo:

—Zinat Begum, llamada Zeno, un nombre de amor puesto por Bābū *sāhab*. Una cortesana indecente. Esta manzana, arrancada de Cachemira, llegó a Lahore, donde fue descubierta por los servicios de inteligencia de Bābū Gopī Nāth, quien se la llevó una noche. Hubo un litigio, y durante dos semanas la policía de la ciudad vivió lujosamente gracias a la generosidad de Bābū Gopī Nāth. Naturalmente, Bābū *sāhab* ganó el juicio y la trajo aquí. *Dharan takhtā*.

La otra mujer, que fumaba sentada en silencio, era morena. Sus ojos enrojecidos evidenciaban audacia. Bābū Gopī Nāth hizo una seña en su dirección:

—Saindo, dinos también algo sobre ella.

Saindo golpeó el muslo de la mujer con su mano y exclamó:

—Caballeros, *tū patotī*, phal-phal *photī*, la mujer de Abdul Rahīm Saindo, Sardar Begum. Otro producto de Lahore. Me enamoré de ella en 1936, y en dos años había acabado mi *dharan takhtā*. Tuve que huir de Lahore. No obstante, Bābū Gopī Nāth envió por ella para mantenerme tranquilo. Su ración consiste de un bote de cigarrillos “Craven A” y dos

rupias y media cada tarde para su dosis de morfina. Es de color oscuro, pero es una mujer que vale.

—No digas estupideces —comentó Sardar con coquetería profesional.

Tras terminar con las presentaciones, Saindo comenzó una conferencia destacando mi grandeza.

—Acábala, *yaar* —le dije—. Hablemos de otra cosa.

Saindo gritó:

—¡Whisky y soda! ¡Whisky y soda! Saca el dinero, Bābū Gopī Nāth.

Bābū Gopī Nāth hundió la mano en su bolsillo, sacó un apretado fajo de billetes, eligió uno y se lo entregó a Saindo. Saindo lo tomó y miró a Bābū Gopī Nāth con reverencia, luego elevó sus ojos al cielo y dijo:

—Oh Dios, ¿llegará el día en que ponga la mano en mi bolsillo y pesque un fajo de dinero grueso como éste? Ghulām Alī, hermano, ve y trae dos botellas de Johnny Walker “cada día más fuerte”.*

Llegaron las botellas y comenzamos a beber. Así pasaron varias horas, mientras Saindo seguía monopolizando la conversación. Vaciaba su copa de un trago y gritaba:

—*Dharan takhtā*. Manto *sāhab*, esto es whisky. Lleva claramente escrito en su etiqueta “Viva la Revolución”. ¡Viva Bābū Gopī Nāth!

Bābū no decía gran cosa. Asentía ocasionalmente con la cabeza para expresar su acuerdo. Pensé: “Este hombre no tiene opiniones propias.” Luego comprendí. Dada la presencia de Ghaffār Sain, su consejero legal, en palabras de Saindo, lo que realmente significaba era que Bābū Gopī Nāth era un hombre de fe. En el curso de la conversación supe que en Lahore pasaba su tiempo con faquires y derviches. Advertí que se le veía perdido, por lo que le pregunté:

—¿En qué piensas, Bābū Gopī Nāth? —se sorprendió.

* Still Going Strong [nota del traductor].

—Yo, yo. En nada. No pienso en nada —sonrió y miró a Zīnat con amor—. Sólo pensaba en estas hermosas criaturas. ¿En qué otra cosa piensa la gente como nosotros?

Saindo explicó:

—Manto *sāhab*, Bābū Gopī Nāth es un gran libertino. Casi no hay prostituta o cantante de Lahore con la que Bābū *sāhab* no haya tenido “continuidad”.

—Manto *sāhab*, uno ya no tiene ese vigor en el lomo —dijo Bābū Gopī Nāth con gran modestia.

A esto siguió una larga discusión acerca de las más destacadas familias de cortesanas y cantantes de Lahore, sus árboles genealógicos, sus propiedades, la identidad de quienes las habían desflorado, cuánto había pagado Bābū Gopī Nāth por ello, etcétera. Estos intercambios permanecieron limitados a Saindo, Sardar, Ghulām Alī y Ghaffār Sain. Yo comprendía la jerga de los *khotās* de Lahore en que hablaban con excepción de algunas palabras.

Zīnat permanecía sentada en silencio. Sólo sonrió algunas veces, pero no parecía interesada en esas cosas. Bebió un vaso de whisky diluido sin darse cuenta y advertí que fumaba sin pensar en el tabaco ni el humo; sin embargo, fumó más que nadie. No pude encontrar ninguna señal de que estuviera enamorada de Bābū Gopī Nāth, pero era evidente que él lo estaba de ella, ya que disponía todo para que se encontrara a gusto. Comprendí, sin embargo, que entre ambos había una extraña atracción.

Cerca de las ocho, Sardar se marchó a visitar al doctor Majīd para conseguir su dosis de morfina. Ghaffār Sain, tres copas por delante, dormía sobre la alfombra con un rosario en la mano. Ghulām Alī fue enviado en busca de algo para comer. Cuando Saindo, cansado de hablar, se calló, Bābū Gopī Nāth, quien ya estaba bastante borracho, lanzaba a Zīnat miradas cargadas de deseo y dijo:

—Manto *sāhab*, ¿qué piensas de mi Zīnat?

No supe qué responder. La miré y ella se avergonzó.

—Es bella.

Bābū Gopī Nāth se sintió complacido.

—Manto *sāhab*, es una chica hermosa. Te juro que no le gustan las joyas ni alguna otra cosa similar. Muchas veces le he ofrecido comprarle una casa para ella y ¿sabes cuál ha sido su respuesta? “No sé para qué. ¿Qué puedo hacer yo con una casa? ¿A quién tengo en el mundo?” ¿Cuánto cuesta un coche, Manto *sāhab*? —preguntó de repente.

—No lo sé —respondí.

—¿Qué dices, Manto *sāhab*? —replicó Bābū Gopī Nāth sorprendido—. Cómo, ¿no sabes el precio de un coche? Ven mañana conmigo a comprarle uno. Estoy seguro de que lo sabes. Tienes que ayudarme a comprarle un coche a Zeno. Veo que en Bombay es necesario tenerlo.

El rostro de Zinat carecía de expresión.

Poco después la borrachera de Bābū Gopī Nāth había aumentado y se ponía más sentimental a cada minuto.

—Manto *sāhab*, tú eres un hombre educado y yo soy un asno. Hazme saber si puedo hacer algo por ti. Fue sólo por accidente que Saindo mencionó tu nombre ayer. Inmediatamente llamé un taxi y le pedí que me llevara a conocerte. No me culpes si me he mostrado descortés en algo. No soy más que un pecador, un hombre lleno de faltas. ¿Puedo servirte más whisky?

—No, no. Hemos bebido demasiado.

Se puso más sentimental.

—Bebe un poco más, Manto *sāhab* —intentó separar un billete, pero antes de que pudiera hacerlo le quitó el dinero de las manos y lo metió nuevamente en su bolsillo.

—¿No le diste antes cien rupias a Ghulām Ali? ¿Qué pasó con ellas? —le pregunté.

Empezaba a sentir cierta pena por Bābū Gopī Nāth. ¡Cuántas sanguijuelas se aferraban a él! Pensaba que Bābū Gopī Nāth era un verdadero asno; pero él adivinó mis pensamientos y sonrió.

—Manto *sāhab*, lo que quede de esas cien rupias irá a parar al bolsillo de Ghulām Ali.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando Ghulām Ali entró a la habitación anunciando que algún canalla le había robado las cien rupias en la tienda. Bābū Gopī Nāth me miró sonriendo y dio a Ghulām Ali otro billete de cien rupias.

—Trae algo de comer, rápido.

Después de cinco o seis encuentros llegué a saber mucho más de la personalidad de Bābū Gopī Nāth. Mi opinión inicial de que era un estúpido de primera categoría había resultado falsa. Era consciente de que Saindo, Ghulām Ali y Sardar, sus inseparables compañeros, eran unos oportunistas. Él oía sus burlas; pero no evidenciaba disgusto. Una vez me dijo:

—Manto *sāhab*, hasta hoy jamás he rechazado un consejo. Cuando alguien me lo ofrece, lo acepto diciendo “muy bien”. Me consideran un tonto, pero yo aprecio su sabiduría. Todos ellos tienen suficiente sentido común para ver que soy un tonto. He pasado buena parte de mi vida en compañía de faquires y cortesanas. Los amo. No podría vivir sin ellos. He decidido que cuando mi dinero se acabe me iré a algún santuario. Hay sólo dos lugares donde mi corazón encuentra paz: los *koṭhas* de las prostitutas y las tumbas de los *pīrs*. Pronto se acabarán para mí los *koṭhas* de las prostitutas, porque mi dinero se está acabando; pero hay miles de tumbas de santos en la India. Iré a vivir junto a alguna.

—¿Por qué te gustan los *koṭhas* y los santuarios? —le pregunté. Pensó un poco antes de responder.

—Porque ambos son un engaño. ¿Qué refugio mejor puede haber para un hombre que busca engañarse?

—Te gustan las cantantes. ¿Sabes de música?

—En absoluto —me respondió—. Y está bien. Puedo oír una tarde completa a una mujer con la voz más plana y, sin embargo, sentirme feliz. Manto *sāhab*, no me hacen feliz las canciones; pero disfruto al sacar un billete de diez o cien rupias frente a la cantante. Al verlo, ella se mueve lánguidamente hacia mí para tomarlo, y yo lo pongo en mi calcetín. Ella se inclina y lo toma con suavidad. Eso nos divierte. Por supuesto, ¿quién no sabe que en un *khoṭa* los padres prosti-tuyen a sus hijas?

No conocía nada sobre la familia de Bābū Gopī Nāth. Luego supe que era hijo de un prestamista muy avaro, y que a su muerte había heredado diez *lakhs* de rupias que había estado derrochando a voluntad desde entonces. Había venido a Bombay con cincuenta mil rupias y, aunque todo era barato, gastaba cien o ciento cincuenta por día.

Como había prometido, compró un coche Fiat a Zeno, creo que por tres mil rupias. Contrató un chofer, pero también era un rufián. A Bābū Gopī Nāth le gustaba esa clase de gente.

Nuestros encuentros se habían vuelto más frecuentes. Bābū Gopī Nāth me interesaba. Él me apreciaba porque, a diferencia de los otros, yo lo trataba con respeto.

Una tarde me confundió al encontrar en el departamento de Bābū Gopī Nāth a Shafik. Es posible que al pronunciar el nombre de Muhammad Shafik Tūsī sepan ya qué clase de hombre era. Algunos lo conocen como cantante, y otros como comediante. En general, una parte considerable de su vida está oculta para la gente. Son menos quienes saben que en tres años había tenido como amantes a tres hermanas, una tras otra, después de haber tenido relaciones con la madre. Y menos aún quienes saben que había descuidado completamente a su primera esposa, muerta poco después de su matrimonio, porque no le gustaban los modales de las prostitutas. Quienes conocen a Muhammad Shafik Tūsī saben que a los cuarenta años que tenía entonces, había poseído

centenares de prostitutas, vestido excelentes ropas, comido platos deliciosos y conducido coches lujosos; pero jamás había gastado un centavo en una mujer. Las mujeres, especialmente las profesionales, encontraban irresistible su temperamento divertido y sarcástico.

Cuando entré en el departamento de Bābū Gopī Nāth y lo encontré hablando y riendo con Zīnat no me sorprendió lo que hacía, sólo me pregunté cómo había llegado allí. Sabía que conocía a Saindo, pero desde hacía tiempo no estaban en buenos términos. Más tarde me enteré de que ambos se habían reconciliado.

Bābū Gopī Nāth estaba sentado en un rincón, fumando su *hukkā*. Nunca fumaba cigarrillos. Shafik Tūsī contaba historias, la mayor parte de ellas obscenas. Zīnat no parecía interesada, pero Sardar era todo oídos.

—Bienvenido, bienvenido —me dijo Shafik—. ¿También tú visitas este valle?

—Bienvenido, hombre virtuoso. *Dharan takhtā* —gritó Saindo.

Advertí que Muhammad Shafik Tūsī y Zīnat se hablaban con los ojos. Zīnat no era muy diestra en ese arte, y la habilidad de Shafik en él no resultaba evidente. Sardar, que observaba atentamente el cambio de miradas, se levantó y se marchó.

Me preocupé por Zīnat, que me llamaba “hermano”, cosa a la que yo no me oponía. Era una mujer afable y de buen temperamento, de pocas palabras, ingenua y pura.

No me gustaba el modo en que Shafik la miraba. Cuando después de algún tiempo Shafik se marchó con Saindo, le reproché a Zīnat lo que había ocurrido entre Shafik y ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas y corrió a la otra habitación. Bābū Gopī Nāth, quien estaba sentado en un rincón, fue tras ella. Sardar me dijo algo con los ojos, pero no lo comprendí.

Poco después Bābū Gopī Nāth salió de la habitación.

—Ven, Manto *sāhab*. —me dijo invitándome a entrar con él.

Zinat estaba sentada en la cama. Cuando nos vio, se cubrió la cara con ambas manos y se acostó. Bābū Gopī Nāth y yo nos sentamos a su lado. Éste comenzó a hablar con voz profunda.

—Manto *sāhab*, amo a esta mujer. Ha estado conmigo por dos años y juro por el santo Hazrat Ghaus Azam Jilānī que nunca me ha dado motivo de queja. Sus otras hermanas, quiero decir, las mujeres de su profesión, me han robado a dos manos durante años, pero ella jamás me ha pedido un centavo. A veces me marchó por semanas con alguna otra mujer, sin dejarle ningún dinero. ¿Sabes lo que hace? Empeña sus joyas para arreglarse hasta que regreso. Manto *sāhab*, como te conté una vez, pronto me marcharé de este mundo. Mi dinero casi se ha agotado. No quiero que su vida se arruine. En Lahore a menudo le he dicho: “Zeno, mira a las otras mujeres y aprende de ellas. Hoy tengo dinero, mañana seré un mendigo. Las mujeres no pueden vivir sólo con un amante rico en su vida. Si no tienes un protector, cuando me marche, tu vida estará arruinada.” Pero esta mujer no me oye, Manto *sāhab*; se pasa todo el día sentada en la casa como una mujer de hogar. Consulté a Ghaffār Sain en Lahore y me aconsejó traerla a Bombay. Yo sabía por qué: él conoce aquí dos actrices famosas que fueron cantantes en Lahore; pero de todos modos pensé que Bombay estaba bien. Llamé a Sardar desde Lahore para que le enseñe a Zeno algunos trucos. También Ghaffār Sain puede enseñarle algo. Nadie me conoce en Bombay. Ella temía ser la deshonra de Bābū Jī, pero yo le dije: “No seas tonta. Bombay es una gran ciudad llena de millonarios. Te he comprado un coche. Búscate un buen hombre.” Manto *sāhab*, te juro que deseo sinceramente que Zeno se mantenga sobre sus propios pies. Estoy dispuesto a poner hoy mismo diez mil rupias en el banco para ella; pero sé que en diez días ese Sardar, que está sentado allí afuera, le robaría hasta el último penique. Manto *sāhab*, deberías intentar convencerla de que sea inteligente. Desde

que tiene el coche, Sardar la lleva a pasear todas las tardes al Apollo Bandar, pero hasta ahora no ha tenido éxito. Hoy Saindo trajo a Muhammad Shafik Tūsi con grandes dificultades. ¿Cuál es tu opinión sobre él?

Decidí no ofrecer opinión alguna, pero el propio Bābū Gopī Nāth dijo:

—Parece rico, y es guapo. ¿Te gustó, Zeno?

Zeno no dijo nada.

Me sorprendía que Bābū Gopī Nāth hubiera traído a Zinat a Bombay para que pudiera convertirse en la amante de un hombre rico. Pero él era así. Si sólo hubiera querido librarse de ella, no hubiera sido difícil y lo habría podido hacer en un día. Pero sus intenciones no eran esas. Había tratado de convertirla en actriz, ya que Bombay era la capital de las películas en India. Por ella había recibido hombres que decían ser directores de cine, pero que no lo eran, e hizo instalar un teléfono en el departamento. No había logrado nada.

Muhammad Shafik Tūsi la visitó durante un mes o mes y medio, e incluso pasó algunas noches con Zinat, pero no era la clase de hombre que mantiene a una mujer. Bābū Gopī Nāth me dijo un día, con pena y dolor:

—Manto *sāhab*, es un poco triste. Shafik *sāhab* era todo exterior. Y además le robó a la pobre Zinat cuatro mantos, seis cobertores y doscientas rupias. He oído que ahora tiene amores con una joven llamada Almas.

Esto era cierto. Almas era la hija menor de Nazirjān de Patiala. Sus tres hermanas ya habían estado con Shafik. Sé que había gastado en ella las doscientas rupias de Zinat; pero luego, abandonada como todas sus hermanas, Almas había intentado envenenarse.

Cuando Shafik Tūsi dejó de visitarla, Zinat me telefoneó algunas veces pidiéndome que encontrara a Tūsi y se lo llevara. Lo busqué, pero nadie sabía en dónde estaba. Un día me encontré incidentalmente con él en una estación de radio.

Parecía muy preocupado. Cuando le dije que Zinat lo buscaba, dijo:

—No es la primera vez. Lo siento, hoy no es posible. Zinat es una buena chica, pero me temo que es demasiado pura. No me interesan las mujeres que se comportan como esposas.

Desilusionada con Tūsi, Zinat recomenzó sus visitas a la bahía de Apollo en compañía de Sardar. Con gran esfuerzo, tras quince días de gastar abundante gasolina, Sardar atrapó a dos hombres. Uno de ellos le dio a Zinat cuatrocientas rupias. Bābū Gopī Nāth consideró que la situación era promisoría, porque uno de ellos era dueño de una hilandería de seda, y dijo a Zinat que iba a casarse con ella; pero pasó un mes sin que volviera a verlo.

Un día, cuando por algún motivo me encontraba en Hornby Road, vi el coche de Zinat estacionado junto a la acera. En el asiento trasero estaba sentado Muhammad Yāsīn, el dueño del hotel Nagīna.

—¿Dónde conseguiste este coche? —le pregunté.

—¿Conoces a la dueña? —respondió Yāsīn.

—La conozco.

—Entonces ya sabes cómo lo conseguí. Es una buena muchacha.

Yāsīn me guiñó un ojo; yo sonreí. Un par de días más tarde, Bābū Gopī Nāth vino en taxi a mi oficina. Me contó cómo había conocido Zinat a Yāsīn. Sardar y ella habían encontrado un hombre en la playa y habían decidido ir al hotel Nagīna, donde Zinat había hecho amistad con el dueño. Bābū Gopī Nāth estaba contento, porque en quince días de amistad, Yāsīn había regalado a Zinat varios *sārīs* muy caros. En ese momento, Bābū Gopī Nāth pensaba que en unos días más la relación habría madurado bastante como para que él regresara a Lahore. Las cosas no resultaron así.

Una madre cristiana y su hija se habían mudado recientemente al hotel Nagīna. Yāsīn puso los ojos en Murial, y pronto

la pobre Zīnat comenzó a pasarse el día sentada en el hotel mientras Yāsīn y Muriel paseaban en su coche.

Al saberlo, Bābū Gopī Nāth se sintió herido.

—¿Qué clase de gente es ésta, Manto *sāhab*? —me preguntó—. Si tu corazón no está a gusto con alguien se lo dices claramente. No comprendo a Zīnat. Sabe lo que está pasando, pero no le dice con franqueza: “Si quieres seguir con esa muchacha cristiana pídele su coche. ¿Por qué usas el mío?” ¿Qué debo hacer, Manto *sāhab*? Es una chica maravillosa, pero demasiado ingenua. Tiene que ser un poco inteligente.

Cuando el romance con Yāsīn terminó, Zīnat no pareció lamentarlo. Durante algunos días no sucedió nada. Un día telefoneé al departamento y supe que Bābū Gopī Nāth había regresado a Lahore junto con Ghulām Alī y Ghaffār Sain a arreglar cuestiones de dinero. Se le habían acabado las cincuenta mil rupias. Al marcharse había dicho a Zīnat que se quedaría unos días para vender algunas propiedades.

Sardar necesitaba su morfina y Saiṇdo su mantequilla “Poulson”. Habían resuelto, por lo tanto, conseguir dos o tres hombres por día, y le habían dicho a Zīnat que Bābū Gopī Nāth no iba a regresar y que debía hacer algo. Ganaban cien o ciento cincuenta rupias al día, la mitad para Zīnat y la mitad para los otros dos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté un día.

—No lo sé, hermano Manto —respondió con toda inocencia—. Sólo hago lo que esta gente me dice.

Pensé hacerle comprender que lo que hacía no estaba bien y que Sardar y Saiṇdo no vacilarían en venderla si fuera necesario; pero no dije nada. Zīnat me irritaba. Era una mujer tonta, sin ambiciones e ingenua. No tenía idea de su propio valor o de qué se trataba la vida. Vendía su cuerpo, pero al menos podía hacerlo con alguna inteligencia. No le interesaban ni beber ni fumar ni comer, ni el sofá en que pasaba el día recostada, ni el teléfono que tanto le gustaba usar.

Un mes más tarde, Bābū Gopī Nāth regresó de Lahore. Fue al departamento, pero encontró a otra gente viviendo allí. Aconsejada por Saindo y Sardar, Zīnat había rentado la parte superior de un búngalo en el área de Bāndarā. Cuando Bābū Gopī Nāth vino a verme, le conté todo. Me preguntó por Zīnat y le conté lo que sabía, pero no dije que Saindo y Sardar la obligaban a venderse.

Esta vez Bābū Gopī Nāth había regresado con diez mil rupias que había reunido con gran dificultad. Ghaffār Sain y Ghulām Alī se habían quedado en Lahore. Había dejado un taxi en la puerta e insistió en que fuera con él.

Nos tomó casi una hora llegar a Bāndarā. Mientras íbamos por Pali Hill vimos a Saindo.

—¡Saindo, Saindo! —gritó Bābū Gopī Nāth.

—*Dharan takhtā* —exclamó Saindo cuando vio quién era.

—Sube y ven con nosotros —le pidió Bābū Gopī Nāth, pero Saindo se negó—. Dile al taxi que espere. Tengo que hablarte en privado.

Permanecí en el taxi. Bābū Gopī Nāth descendió y se alejaron un poco. Luego Bābū Gopī Nāth volvió solo y le dijo al conductor que regresara a la ciudad.

Bābū Gopī Nāth se veía feliz. Cuando llegamos a Dhādar, dijo:

—Manto *sāhab*, Zeno está por casarse.

—¿Con quién? —pregunté un poco sorprendido.

—Con un rico terrateniente de Hyderabad, Sind. Quiera Dios que sean felices. El momento es perfecto. El dinero que tengo puede servir para la dote de Zeno. ¿Qué te parece?

En ese momento yo no tenía ninguna opinión. Me preguntaba quién era ese rico terrateniente de Hyderabad. ¿No sería otro truco de Saindo y Sardar? Más tarde vimos que era verdad, que existía el rico terrateniente de Hyderabad, al que un maestro de música había llevado un día a casa de Zīnat. Éste había intentado sin éxito enseñar a cantar a Zīnat. Un día había traído a su amigo y protector Ghulām Husain —éste era

el nombre del terrateniente— y Zīnat lo había recibido con hospitalidad. Cediendo a los reclamos de Ghulām Husain le había hecho oír un *gazal* conmovedor. El maestro aprobó su actuación y Ghulām Husain quedó encantado.

Bābū Gopī Nāth estaba complacido. Había conseguido conocer a Ghulām Husain haciéndose presentar como amigo de Saindo. Tras ello, su satisfacción aumentó. Luego me contó:

—Manto *sāhab*, Ghulām Husain es un hombre guapo y muy inteligente. Antes de regresar a Bombay fui al templo de Dātā Ganj Bakhsh, en Kabul, a rezar. Quiera el bienaventurado que sean felices.

Bābū Gopī Nāth hizo todos los arreglos para la boda con gran dedicación. Gastó dos mil rupias en ropas y dos mil en joyas, y entregó a Zīnat otras cinco mil en efectivo.

Estuve en el bungalow de Bāndarā el día de la boda. Por parte de la novia fuimos invitados Muhammad Shafik Tūsi y Muhammad Yāsīn —propietario del Hotel Nāgina—, Saindo, el maestro de música, Bābū Gopī Nāth y yo. Saindo, que fue el padrino de Zīnat, sólo dijo tras la ceremonia: *Dharan takhtā*.

Ghulām Husain vestía un traje azul y recibía sonriendo las felicitaciones que se le ofrecían. Yo lo veía por primera vez. Era un joven honesto y agradable. A su lado, Bābū Gopī Nāth parecía una codorniz.

Hubo una cena de bodas, y Bābū Gopī Nāth fue el anfitrión. Cuando todos habían terminado de comer, me dijo:

—Manto *sāhab*, ve a ver a Zīnat en su vestido de boda.

Me dirigí a la habitación de al lado. Zīnat llevaba un *salwār* y un *kurtā* rojos, bordados en oro. El *dupattā* era del mismo color con dibujos en el borde. Estaba poco maquillada, pero usaba demasiado lápiz de labios. Me saludó inclinando la cabeza ligeramente y la encontré encantadora. Sin embargo, cuando miré a la otra esquina, vi una cama profusamente cubierta de flores. No puede evitar reír.

—¿Qué es esta farsa? —le pregunté.

Zinat me miró con gran inocencia.

—¿Te burlas de mí, hermano Manto? —dijo mientras las lágrimas nublaban sus ojos.

Todavía dudaba de cómo reaccionar cuando llegó Bābū Gopī Nāth. Secó cariñosamente las lágrimas de Zeno con su pañuelo y me dijo con voz desolada:

—Manto *sāhab*, siempre te he considerado un hombre sabio y sensible. Antes de burlarte de Zeno debías haberlo pensado un poco.

De repente sentí que la fe que tenía en mí había sido afectada; pero antes de que pudiera disculparme, puso su mano con afecto sobre la cabeza de Zinat y dijo:

—Que Dios te dé felicidad, Zinat.

Dejó la habitación con los ojos mojados y la desilusión en el rostro. Y se marchó.

OLOR

La estación de las lluvias había llegado otra vez. Las gotas de lluvia habían comenzado a resonar sobre las hojas del *pīpal* próximo a la ventana. Adentro se encontraba la cama de teca y el colchón de resortes en que la joven *ghāṭṇa* había dormido con Randhir, y desde la ventana, él miraba la calle. Más allá de la ventana, en la lechosa oscuridad de la noche, las hojas del *pīpal* se empapaban y agitaban como aretes.

Sobre el colchón de resortes de la cama, la joven *ghāṭṇa* se aferraba a Randhir y se agitaba con él. Después de leer durante todo el día las noticias y los avisos de un periódico inglés, al atardecer se había detenido en el balcón dejando pasar el tiempo, y entonces había visto a la muchacha *ghāṭṇa*. Probablemente trabajaba en la fábrica de cuerdas cercana, y había escapado de la lluvia guareciéndose bajo el árbol de tamarindo. Randhir se había aclarado la garganta y había tosido. Esto había atraído la atención de la joven y con una señal la había invitado a subir.

Desde hacía días se había sentido muy solo y deprimido. La guerra había puesto fuera de su alcance a esas jóvenes cristianas de Bombay que antes solían salir con él por la tarde e incluso por la noche. No eran caras. Algunas de ellas se habían alistado en el Cuerpo Auxiliar Femenino, otras se habían unido a las escuelas de danza que recientemente habían abierto en la zona del Fuerte, en donde sólo los soldados blancos eran admitidos. Randhir se había sentido frustrado. La causa de su tristeza era que sus muchachas favoritas estaban fuera de su alcance. La otra causa era que, compara-

do con los soldados blancos, Randhir sentía que era más educado, más refinado, saludable y bello; pero que con frecuencia las puertas de los burdeles del Fuerte estaban cerradas para él, porque su piel no era blanca.

Antes de la guerra, Randhir había tenido muchos encuentros físicos con muchachas cristianas en las áreas de Nagpada y del hotel Taj Mahal. Sabía más acerca de esos encuentros que los muchachos cristianos con los que ellas coqueteaban antes de casarse con algún estúpido.

Randhir había invitado con una señal a la joven *ghāṭṇa* a subir a su departamento, porque se sentía herido por la arrogancia que Hezal mostraba desde que se había alistado. Hezal vivía en un departamento debajo del suyo, y cada mañana debía verla abandonar su casa con su uniforme y su gorra caqui, caminando como si todos los transeúntes sólo estuvieran esperando su paso para extenderse ante ella como sacos sobre el pavimento para que Hezal caminara.

Con frecuencia, Randhir se había preguntado por qué se sentía atraído de esa forma por muchachas como Hezal. No dudaba que era porque les gustaba mostrar todo su cuerpo. Sin experimentar vacilación alguna, hablaban de sus irregularidades menstruales; contaban historias acerca de sus amantes anteriores, y sus pies comenzaban a golpetear automáticamente el piso en cuanto escuchaban una canción bailable. Todo eso estaba bien, pero en cualquier mujer se podían encontrar todas esas cualidades.

Cuando Randhir había hecho a esa joven *ghāṭṇa* una señal de invitación, no había tenido intención alguna de llevarla a dormir con él; pero poco después, cuando ella había subido, y advirtió que sus ropas estaban mojadas, Randhir pensó que la infortunada muchacha podía pescar una pulmonía y le dijo:

—Quítate esa ropa mojada, puedes resfriarte.

Aunque no conocía su idioma, ella lo había comprendido porque en sus ojos habían aparecido súbitamente rojas redes

de vergüenza. Cuando le alcanzó un *dhotī* blanco y fresco, ella dudó por un momento, y luego se quitó precipitadamente su áspera y manchada *kāshṭā*, que se había manchado más con la lluvia. Cuando su ropa empapada cayó en torno a sus piernas, la muchacha cubrió rápidamente sus muslos con el *dhotī* blanco. Luego había intentado quitarse su delgado *cholí* abriendo un pequeño nudo, casi incrustado en el profundo y estrecho hueco entre sus pechos.

Sus gastadas uñas habían rozado muchas veces el pequeño nudo mojado del *cholí*; pero no habían logrado desatarlo. Cansada y derrotada, había dicho a Randhir en *marāthī* algo que significaba: “¿Qué debo hacer? ¡No quiere desatarse!”

Randhir se había sentado a su lado y había intentado desatar el nudo, pero pronto había perdido la paciencia; había tomado con una mano uno de los cordones y con la otra mano el otro y había tirado con fuerza. De improviso, el nudo se había cortado y las manos de Randhir habían tocado los pechos de la joven, que, agitados, habían quedado a la vista. Por un momento, Randhir se sintió como un alfarero que usando arcilla recién amasada moldeaba dos copas sobre el pecho de la joven *ghāṭṇa*. Sus pechos tenían la flexibilidad, la húmeda aspereza y la fresca calidez de una vasija recién salida de la rueda del alfarero. Sin mancha y del color del barro, habían brillado apagadamente con un brillo raro que parecía venir de alguna extraña capa luminosa debajo de su piel opaca. En su pecho, sus elevados senos se veían como lámparas en el agua de una laguna lodosa.

Nuevamente era la estación de lluvias. Más allá de la ventana, las hojas de *pīpal* estaban mojadas por la lluvia. Las dos piezas del atuendo de la muchacha *ghāṭṇa*, mojadas por el agua, formaban una sucia pila en el suelo, y ella se abrazaba a Randhir. El calor de su sucio cuerpo desnudo le había recordado un baño cálido en invierno en un *hamām* mugriento.

Toda la noche se había abrazado a Randhir como si fueran uno. Habían cambiado poco más de una o dos pala-

bras, porque su respiración era tan elocuente como expresivos eran sus labios y sus manos. Toda la noche las manos de Randhir habían acariciado sus pechos como acaricia la brisa. Ocasionalmente, sus oscuros pechos con sus gruesas venas y sus diminutos pezones se habían endurecido, y la había recorrido un estremecimiento que se comunicaba a Randhir.

Randhir había experimentado tales estremecimientos centenares de veces, y estaba acostumbrado a la deliciosa sensación que proporcionaban. Había pasado muchas noches con muchachas, apretando sus pechos duros o suaves con el suyo. Había dormido con muchas clases de muchachas, las simples y parlanchinas que le daban informaciones acerca de sus familias que ningún extraño deseaba conocer, y las del tipo que llevaba todo el peso físico en la cama y no le permitían esforzarse. Pero la muchacha *ghāṭṇa* que había subido a su departamento desde su refugio bajo el árbol de tamarindo había sido completamente diferente.

Toda la noche Randhir había inhalado un extraño olor que emanaba de su cuerpo, un olor a la vez desagradable y agradable. Lo había buscado en sus axilas, su cabello, sus pechos, su ombligo y en cualquier otra parte de su cuerpo donde pudiera impregnar su nariz. Había pensado que nunca habría podido sentir la cercanía de la joven si no hubiera sido por su olor, que había penetrado cada estrato de su mente y se había filtrado en sus memorias nuevas y antiguas.

Por una noche, Randhir y la joven se habían fundido debido a ese olor; se habían unido uno en el otro y se habían hundido hasta insondables profundidades en las que se habían transformado en puro éxtasis, un estado que pensaron eterno a pesar de su fugacidad, inmóvil y estable aunque tuviera fluctuaciones. Habían sido como un pequeño pájaro que se hunde en el azul del cielo, más y más alto hasta no ser más que un punto inmóvil.

Randhir estaba familiarizado con el olor que exhalaba cada poro del cuerpo de la joven *ghāṭṇa*, pero no era capaz

de analizarlo. Era como el fresco olor de la tierra rociada con agua, pero no. Este olor era diferente. No era un aroma artificial como el de la lavanda o el *attar*, sino algo natural y eterno, como la relación que existe entre el hombre y la mujer desde el comienzo de los tiempos.

Randhir odiaba la transpiración. Después del baño normalmente espolvoreaba sus axilas o usaba desodorantes. Era sorprendente que hubiera besado muchas veces, sí, muchas veces, las velludas axilas de la joven *ghāṭṇa*, y no hubiera sentido aversión. De hecho, le había proporcionado una particular sensación de placer. Los cortos vellos de la axila humedecida por la transpiración exhalaban el mismo olor obvio, pero al mismo tiempo incomprensible. Randhir había sentido que conocía ese olor, que lo identificaba y lo comprendía; pero que no podría describirlo a nadie más.

Los monzones habían regresado.

Randhir miró por la ventana y vio las ondulantes hojas de *pīpal* mojadas por la lluvia y oyó su susurro y su tamborileo mezclándose en la atmósfera. La noche era oscura, no oscura como la brea sino de una oscuridad que parecía haber absorbido alguna suave luz perlada arrastrada por la lluvia desde las estrellas. Era la misma estación en que no había más que una cama en la habitación; pero ahora había otra junto a ella. En el rincón había un nuevo tocador.

Nuevamente era la estación de las lluvias, la estación de los casamientos. Las gotas de lluvia despojaban a las estrellas de su luz lechosa, pero la atmósfera estaba llena del fuerte perfume de la *henna*. Una de las camas estaba vacía. Randhir estaba acostado en la otra, mirando por la ventana la danza de las gotas de lluvia sobre las ondulantes hojas del *pīpal*. A su lado había una joven blanca como la leche que se había

dormido intentando sin éxito cubrir su desnudez. Su rojo *salwār* de seda estaba sobre la otra cama, y un extremo de su cordón rojo oscuro colgaba a su costado. Arrojadas también sobre esa cama estaban las otras ropas de que se había despojado: su camisa verde con flores rojas que hacían juego con el *salwār*, su sostén, sus calzones y su *dupattā*. Todo era de color rojo, el rojo del casamiento, y olían a *henna*.

El polvo de oro sobre el cabello negro de la joven parecía polvo. El oscuro maquillaje sobre su rostro, una mezcla de oro, polvo y *rouge*, era como una pálida máscara mortuoria. Sus pechos cremosos estaban marcados por el rojo de su sostén.

Sus pechos eran tan blancos como la leche, de una blancura con un desvanecido tinte de azul. Randhir miró muchas veces a la muchacha y pensó: "Parece como si hubiera sacado las uñas de una jaula y la hubieran arrastrado hacia afuera", porque tenía marcas en todo su cuerpo, como las señas de embalaje en libros y vajilla. Cuando Randhir había desatado la cuerda de su ajustado sostén, había sentido los nervios de la delicada carne de su espalda y su pecho, y la marca rugosa que dejara en su cintura la cuerda de su *salwār*. Un pesado collar de oro con puntas agudas y piedras preciosas había marcado su pecho como si hubiera sido arañado salvajemente con las uñas.

Era la misma estación de los monsoones.

Innumerables gotas de lluvia caían sobre las suaves, delicadas hojas de *pīpal*. Randhir oyó el tamborileo familiar toda la noche. Era una estación agradable. Soplabla una brisa fresca que arrastraba consigo un perfume de *henna*. Durante largo tiempo las manos de Randhir tocaron el pecho de la joven, blanco y fresco como la leche. Acariciaron suavemente sus pechos, como la brisa. Sus dedos, vagando por su suave cuerpo de leche sintieron apresurados temblores y agitadas pasiones ocultas. Cuando apoyó su pecho sobre el de ella, cada poro de su cuerpo oyó el sonido de las emociones ocultas de la joven, pero estaba siempre esa nota, el llamado

del olor de la muchacha *ghāṭna*, que había sido más apremiante que el grito de un niño de pecho, ese grito que había llegado más allá de los límites del sonido y que, para él, de algún modo, se había convertido en un perfume sin nombre.

Randhir miraba a través de los barrotes de la ventana. Cerca, las hojas del *pīpal* susurraban; pero él trataba de mirar más allá, mucho más allá, a las luminosas nubes grises. Tenían un extraño brillo como el que acechaba en los pechos de la joven *ghāṭna*, un brillo oculto como un objeto secreto, pero no obstante, discernible.

A su lado yacía una joven de cuerpo blanco como la harina, amasado con leche y mantequilla. Su cuerpo dormido exhalaba un perfume de *henna* que ahora se había desvanecido. Randhir sintió una súbita aversión hacia ese perfume moribundo. Tenía un gusto peculiar, como el sabor en la boca después de vomitar, desagradable e insípido.

Randhir miró a la joven a su lado. Encontró que la piel que cubría su cuerpo era como blanquecinos granos de leche agria flotando sin vida en un líquido sin color. Sus sentidos estaban llenos del olor que había exhalado sin esfuerzo el cuerpo de la muchacha *ghāṭna*. Era un olor más ligero, pero más penetrante que el perfume de *henna*, y alcanzaba los órganos olfativos sin el influjo de la respiración.

Randhir se recobró y acarició nuevamente el cuerpo lechoso de la joven. Su mano combatió el adormecimiento; no le respondía estremecimiento alguno. Su nueva novia, la hija de un magistrado, una graduada que estremecía los corazones de los jóvenes en su escuela, no lograba despertar su interés masculino. En el desvanecido perfume de *henna*, él seguía buscando el olor de la muchacha *ghāṭna*, el olor que había inhalado del cuerpo sin lavar en esos mismos días de los monsoones, cuando las hojas de *pīpal* se bañaban en la lluvia.



GLOSARIO

<i>aḍḍā:</i>	lugar de reunión; lugar de espera en terminal de autobuses o <i>tāngās</i> .
<i>anna:</i>	dieciseisava parte de una rupia.
<i>attar:</i>	agua perfumada.
<i>byore:</i>	cerveza casera.
<i>chapati:</i>	pan de trigo sin levadura en forma de disco plano.
<i>cholī:</i>	blusa corta.
<i>dhotī:</i>	pieza de tela envuelta alrededor de la cintura en las mujeres; a veces se llama así a los <i>sārīs</i> . En los hombres se envuelve alrededor de las piernas.
<i>dupattā:</i>	chal delgado o semivelo corto.
<i>ghāt:</i>	escalones de acceso a un río o lago.
<i>gazal:</i>	tipo de música cantada, semiclásica.
<i>gurmukhī:</i>	escritura usada en Punjab.
<i>hamām:</i>	lugar donde se toma el baño.
<i>henna:</i>	tintura vegetal negra o roja para el pelo y para darle brillo.
<i>hukkā:</i>	pipa de agua para fumar.
<i>jamāḍār:</i>	sargento.
<i>jānī:</i>	querido/a.
<i>kāshṭā:</i>	(ropa de) cultivador y trabajador de la tierra.
<i>khoṭā:</i>	palabra de abuso, semejante a corrupto.
<i>kirpān:</i>	daga usada por los sikhs como parte de sus obligaciones religiosas.
<i>koṭha:</i>	casa de danzarinas y cantantes.

- kuriya*: una joven.
kurtā: camisa larga y amplia.
lāssī: bebida de yogurt, agua y especias.
marvarī: comerciante de Marwar.
maulvī: hombres musulmanes educados.
Muharram: día de luto para los musulmanes lamentando la muerte de Hasan y el martirio de Husein, hijos de Fátima y Alí, y nietos de Mahoma.
"Pakistan Zindabad": "Larga vida a Paquistán."
pakora: tortita de verdura frita en mantequilla.
palang: cama, catre.
paṇḍita: brahman educado, brahman especialista en el ritual.
parāt: bandeja de latón usada en la casa, o de hierro si la llevan los trabajadores con sus herramientas.
pīpal: árbol grande tipo higuera.
pīr: maestro santo musulmán.
sāhab: señor.
salwār: pantalón amplio que se usa en el norte de India.
sārī: vestido femenino consistente en blusa y falda de 5½ a 6 metros de tela plegada y sostenida a la cintura. Usado en India, Paquistán y Bangla Desh.
sardār: líder, jefe; forma para dirigirse a los sikhs.
seṭh: banquero, prestamista, comerciante.
sīr: cabeza.
subedār: sargento, jefe de policía de una región.
tāngā: carruaje abierto tirado por caballos.
tehmad (t): semejante al *lungi*, tela envuelta alrededor de las piernas.
ṭhumrī: versión de música semiclásica del norte de India.
tolā: medida para oro.
tonga: anglicismo de tanga.
yār: amigo (en alocución), amante.

La Antología de cuentos de Saadat Hasan Manto
se terminó de imprimir en abril de 1996
en los talleres de Programas Educativos, S. A. de C. V.,
Chabacano 65-A, 06850 México, D. F.
Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.
Tipografía y formación a cargo del Programa
de Autoedición de El Colegio de México.
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones.

Centro de Estudios
de Asia y África

Este pequeño volumen constituye un significativo esfuerzo por dar a conocer por primera vez en español al gran cuentista indopakistaní Saadat Hasan Manto y su obra, escrita originalmente en urdu. Se ha querido presentar al autor y su literatura en contexto, desde el temprano 1919 hasta el tiempo denso y terrible de la división de la India en 1947, así como las marcas que estos acontecimientos dejaron en el subcontinente. Los cuentos, así como los dibujos que ilustran algunos de ellos, son en más de un sentido metáforas sobre la división y la violación de un pueblo, el de la India. Las experiencias de Manto constituyen también motivo de reflexión hoy, mirando a India y hacia afuera de ella, cuando vuelven a repetirse cruentos enfrentamientos en el presente, a finales del siglo.



EL COLEGIO DE MÉXICO

ISBN-978-968-12-0692-4



9 789681 206925